

**ENCUENTRO FORMADORES Y FORMADORAS CIDALC
FORMACIÓN PARA LA CORRESPONSABILIDAD CREATIVA
PRESUPUESTOS A NIVEL DE LA PERSONA HUMANA**

Fr. Rafael Colomé Angelats OP

- (I) MADUREZ HUMANA, MORAL Y ESPIRITUAL
- (II) APORTES PARA LA FORMACIÓN
- (III) LA ENTREVISTA FORMATIVA

TEMA I: MADUREZ HUMANA, MORAL Y ESPIRITUAL

I. DESAFÍOS A LA CORRESPONSABILIDAD

Cambio de paradigmas culturales y familiares

La realidad que nos envuelve plantea una serie de desafíos a la formación en la corresponsabilidad. Los jóvenes que hoy ingresan a la Orden son hijos e hijas de una época y cultura determinadas. Sin pretender homogeneizar, ante la diversidad cultural de América Latina y el Caribe, si que podemos señalar a modo indicativo unos cuantos ejemplos de los cambios sociales y culturales que podrían estar incidiendo hoy en la manera de asumir la corresponsabilidad dentro de la vida consagrada y dominicana:

- Secularización: Como parte de ese fenómeno que llamamos “globalización”, en países predominantemente católicos estamos asistiendo a una creciente emancipación de Dios en los ámbitos públicos. Lo laico ocupa la esfera social, política y educativa. Estamos delante de un replanteamiento de lo religioso que tiene sus aspectos positivos y negativos. Hoy la culpa y el pecado son vivenciados de otra manera por los creyentes. Se presentan ciertas “imágenes de Dios” carentes de compromiso. Encontramos un pluralismo de ofertas creyentes, desde intimistas y tradicionales, a más comprometidas y en diálogo con la modernidad. La familia va perdiendo protagonismo en la transmisión de la fe y la moral. Pobre y confusa formación cristiana. Ascesis, sacrificio, cruz... son términos en desuso, incluso en nuestros conventos. La moral y la espiritualidad como fuerzas estructurantes de la personalidad están en crisis.

- Neoliberalismo: Unido al secularismo, en el plano más social y económico, se han ido imponiendo criterios y estilos de vida “neoliberales”, un uso indiscriminado de la libertad, escasas o nulas referencias a lo social... No es fácil tener autonomía suficiente para ser lo que somos en medio de la uniformidad envolvente. El consumismo, el individualismo, el exitismo, el profesionalismo, lo provisorio sin compromisos definitivos... invaden la sociedad y la vida religiosa. No pocas veces hemos caído en la tentación de ser como “todo el mundo”. No es extraño que la misma consagración sea vista como una propuesta más de promoción humana, o incluso como búsqueda de “signos externos” de identidad que contrarresten los sentimientos de inseguridad interior.

- Individualismo: El mundo cultural contemporáneo presenta como ideal antropológico el individualismo, la autorrealización, el subjetivismo como criterio último de decisión. Se predica y se vive una libertad sin alteridad. A veces aparece como un individualismo encubierto por su contrario, por una necesidad aparente de estar juntos o por el miedo a la soledad. Quizás esto explicaría que una de las dificultades mayores de la vida consagrada sea la vida comunitaria. Padecemos el síndrome del no compartir fraterno y de la falta de comunicación espiritual. La afirmación de Timothy, sigue siendo un desafío: la fidelidad y amor a los hermanos que expresamos en la profesión “significa que nuestra misión común tiene prioridad sobre mi agenda privada. Tengo mis talentos, mis preferencias y sueños, pero me he dado yo mismo a nuestra predicación compartida de la buena nueva”_ftn1

- Eclipse del compromiso social y político: Clásicamente las ideologías y las utopías fueron los elementos centrales de una manera muy especial de entender la juventud. Los jóvenes de hoy parecería que no aceptan los grandes mitos, las grandes palabras o las utopías políticas (y religiosas). Aún así, ellas/os expresan de formas variadas y muy ligadas a lo concreto, su sensibilidad en torno a este tema. En general, se muestran sensibles a cuestiones humanas específicas, dispuestos a comprometerse y a “hacer algo” por la justicia, la paz y la ecología. Más problemático en algunos cuando el compromiso debe ser permanente e inserto entre los más pobres.

- Crisis de la heteronomía: Hemos pasado de una cultura marcada por la heteronomía a otra que propugna la autonomía. La corresponsabilidad antes se daba porque la vida en general y religiosa en particular, se manejaba desde la heteronomía. La autoridad mandaba y obligaba desde la ley. Se apelaba al “principio de autoridad”, quien imponía los deberes sin cuestionamientos. Los hijos y los súbditos obedecían y se sometían pasivamente. Pero al declinar la libertad individual, las posibilidades de realización personal dentro de la vida religiosa quedaban supeditadas a la voluntad del superior. Primero era lo institucional a lo personal. Hoy la autonomía es un valor que tiene mucho que aportar a la renovación de la vida consagrada.

- Crisis de autoridad: Vivimos una época de fuertes crisis en las figuras de autoridad, desde la autoridad de los padres, de los superiores, hasta la misma autoridad de Dios. El ser humano actual no acepta la autoridad de un Dios que no permita el pleno desarrollo de su persona y no respete su autonomía. Esta crisis de autoridad es muy patente en la familia y en la Iglesia. Definir el rol de la autoridad dentro de la vida consagrada es todo un desafío.

- Crisis de normas: Las crisis de las familias se constata en la disolución de los roles de los padres, concretamente, en la función educadora de los hijos. Hablamos de padres “ausentes”, incapaces de poner “límites” a los hijos, permisivos o sobre protectores. No podemos negar tampoco la tensión irreconciliable que se ha ido creando en la conciencia de los creyentes entorno al sometimiento al orden objetivo, a los códigos sancionados por la autoridad de la Iglesia. Las normas no han sido integradas positivamente, se vivencian como enemigas de la libertad individual. Estamos ante un “cambio de

estimativa moral". Los jóvenes ya no estiman, no quieren los mismos valores que los adultos.

- Autorrealización y autonomía: Como nunca hoy se reclama el derecho a la propia autodeterminación. Cada individuo quiere asumir el protagonismo de su vida desde su libertad y conciencia. La realización personal es un valor innegociable. Poder desplegar todo el potencial humano en la opción de vida asumida, se ve como algo irrenunciable para no quedar anulado como persona. La autonomía toma carta de ciudadanía también en la vida religiosa. ¿Cómo lograr una autonomía responsable?

Los/as jóvenes que ingresan a la Orden

Sin pretender hacer una radiografía descriptiva, simplemente señalamos algunos rasgos característicos del candidato a la vida religiosa que más incidirían en la manera de asumir la corresponsabilidad:

- Manejo de la libertad: Por un lado, encontramos jóvenes que quieren ingresar a la Orden que consideran la libertad como uno de los grandes valores de la vida; tienen una mentalidad democrática, están acostumbrados a tomar decisiones por votación; no aceptan las imposiciones y los mandatos sin que les den las motivaciones; son sensibles a los derechos humanos, al respeto y consideración de las personas; están habituados a la independencia económica, a un estilo de vida autónomo en los horarios, tiempos, decisiones... Y por otro, vemos a jóvenes más bien acostumbrados a la sumisión y pasividad, sin capacidad creativa y libertad, que han recibido una educación protectora o excesivamente rígida en la familia, con actitudes conformistas o rebeldes... La autonomía responsable sigue siendo una asignatura pendiente.

- Personalidades lábiles: Una característica de la época actual es lo que denominamos "labilidad de la identidad". Hasta hace poco tiempo, la cultura proveía esquemas identificatorios bien definidos que permitían delimitar sin margen de duda qué era ser adulta/o y qué era ser joven, qué era ser hombre y qué era ser mujer. Estas marcas no están hoy tan claras y avanzamos hacia definiciones más lábiles que atienden al proceso de constitución de las identidades más que a identidades cerradas y fijas. Al estar en proceso de cambio los modelos identificatorios, pareciera que ya no atrae tanto el modelo del "trabajador" y el "adulto responsable", sino el del "exitoso ganador", el que "vive el presente" sin preocuparse por el mañana... También la vida religiosa sufre una "crisis de identidad" y está en proceso de "refundación", de definición de su identidad². No es de extrañar que los formandos/as manifiesten inestabilidad y fragilidad, encontrando dificultades en armonizar sus necesidades, con las actitudes y los valores propios de la vida religiosa. Hay jóvenes que no toleran esa inestabilidad ni la indefinición y buscan seguridad en estilos institucionales rígidos y tradicionales.

- Madurez afectiva: La afectividad, en cuanto conjunto de la vida anímica, influye en la constitución de la personalidad, en las conductas y expresiones vitales del individuo. Recoge toda nuestra historia vital y constituye nuestro "sistema operativo" en el que se asientan los diversos programas de nuestra

vida. Alcanzar la madurez afectiva es básico para el normal funcionamiento de la persona. Algo difícil de lograr. Todos arrastramos diversos tipos de carencias, heridas y bloqueos afectivos. La irresponsabilidad encuentra una de sus raíces en el mundo afectivo, marcadamente narcisista. Concretamente en la incapacidad de renunciar, de sacrificarse por los demás, de entregarse por un ideal de vida. La persona se maneja desde sus necesidades y expectativas de realización personal. Su colaboración es interesada: desde lo que cubre sus necesidades y deseos. Marcado por el individualismo, la autorrealización, la auto gratificación. Depende mucho de que no haya conflictos en la comunidad, en la provincia o en la pastoral. De lo contrario, se inhibe, se despreocupa, se desentiende. No soporta la frustración. Ante el desencanto, la decepción o el sacrificio pierden las motivaciones, el sentido religioso de las cosas y se hunden en la crisis. Comprometerse de “por vida” es todo un reto.

Es difícil educar en la corresponsabilidad, cuando el corazón humano está dominado por los propios intereses y no puede integrar al otro y la renuncia por los valores evangélicos. Hay que ayudar al formando a integrar el conflicto como algo normal de la vida.

Atención especial merecen los “idealistas” y los “espiritualistas” que no tienen integrado el “conflicto” como contenidos básicos de la realidad. Ante la crisis de autoimagen (de desencanto de la realidad), perderán sus motivaciones excesivamente puestas sobre la realización de las propias expectativas. Su “fe” dejará de tener fuerza vinculante con la opción de vida elegida.

- Cambio en los esquemas de referencia y pertenencia: La crisis de referencia y pertenencia en la vida consagrada corre paralela a la crisis que sufre también al respecto la familia. Todos necesitamos una “red social de contención”, integrar un proyecto de vida y misión compartidos que nos den seguridad y consistencia emocional. La familia es una de las instituciones que más está en crisis: padres separados, ausentes, absorbidos por el trabajo fuera de casa, estresados, con dificultades para poner límites, sobre protectores... Hoy para los hijos la familia ha dejado de ser un referente único a la hora de integrar valores y afectos. Los padres ya no son referentes exclusivos de autoridad o de vinculación afectiva. Las bases para asumir la corresponsabilidad dentro de la familia se diluyen. Lo común ha dejado de ser un valor por el que luchar. La alteridad no está integrada. La vida comunitaria recogerá buena parte de estas dificultades.

- Madurez moral y espiritual: No hay que dar por supuesto que los jóvenes hoy ingresan a la vida religiosa con claros principios morales y espirituales. Hay confusión, ignorancia, relativismo, escrúpulos, temores, doble moral... acompañado de experiencias religiosas muy contradictorias. Los planteos moral y espiritual, a nivel de contenidos, orientación y pedagogía, con que encaren su formación como dominicos y dominicas van a ser claves, ya que ambos constituyen el pilar del proceso madurativo en el campo afectivo y sexual, de la autoafirmación, de los sentimientos de referencia y pertenencia, del compromiso por los demás y del desprendimiento, en suma, de una vida

religiosa asumida en responsabilidad, con una clara identidad como dominico/a.

La realidad comunitaria y pastoral y su repercusión en los formandos

La mudanza de la familia a la comunidad, va a suponer para el joven y la joven un fuerte desafío que va a evidenciar los puntos débiles de su personalidad y a consolidar los fuertes. El cambio que deben hacer es enorme. Las dificultades son muchas. La formación inicial, entre otros aspectos importantes, implicará:

- Pasar a un nuevo sistema de referencia: de los padres y la familia al formador, al superior, al evangelio, las constituciones, la provincia, la comunidad, los pobres...

- Y de pertenencia: Convivir con personas de distintas culturas, países, lenguas, costumbres... Integrar hermanos mayores, algunos enfermos, otros con cargos "vitalicios" que buscan imponer sus puntos de vista, reacios a innovar e integrar a los jóvenes. Enfrentarse a mentalidades cerradas, personas "amargadas", hermanos testimoniales, abiertos y acogedores.

- Entrar en un nuevo sistema de obediencia: Permisos para salir, usar Internet, manejo de lo económico, disponer de uno mismo... que se siente como restricción de la propia libertad. Relaciones con figuras de autoridad distintas y heterogéneas.

- Pasar de lo laboral a lo pastoral: Contacto con los pobres, marginados, jóvenes... que repercutirá en sus motivaciones vocacionales. Encontrarse a veces con una pastoral poco planificada a nivel comunitario y provincial, manejada desde proyectos individuales. "Figuras" que sobresalen por sus cualidades y que se vuelven referentes para todos. Competencias. Falta de participación y confianza. Un espacio de contacto con la realidad, de sentirse útil, o de crisis afectivas y sexuales.

- Adaptarse a un nuevo sistema de comunicación y relacionamiento interpersonal: Debe compartir con pares, aparecen experiencias positivas de intimidad y amistad junto con no competencias, rivalidades, envidias, celos, conflictos interpersonales, salidas de compañeros/as... Relaciones interpersonales espontáneas y otras "formales", ambiente comunitario poco "hogareño" y acogedor, edificios viejos y fríos que no ayudan a integrar el mundo afectivo. Tener que cargar con el "peso" de las instituciones. Soledad.

- Manejarse en una vida diaria donde está todo pautado: más formal, menos libre y espontáneo que en casa. Integrar estructuras: horarios, normas, tradiciones, reuniones comunitarias, rezos y eucaristía diarios... Tiene que acostumbrarse a trabajar en equipo, integrar otros modos de pensar y de hacer, moverse desde proyectos, saber planificar...

- Integrarse a un nuevo sistema económico: Dependencia, permisos, restricciones, contradicciones con lo testimonial y su nivel y estilo de vida anterior.
- Aprender a manejar su tiempo y soledad: Tiempos de “silencio”, de estar solos en la habitación, mucho o poco tiempo libre, desocupado o sobrecargado de actividades. Lectura y oración.
- Aprender a organizarse y disciplinarse. El estudio ocupa buena parte del tiempo, exige esfuerzo, ascesis, constancia, organización, capacidad...
- Incorporar un mundo nuevo de conocimientos a nivel filosófico y teológico que repercutirá en su espiritualidad, cosmovisión, sentido crítico de la vida... A veces acompañado de un cambio de status o incidiendo en la autoestima.
- Distracciones y recreaciones distintas a las acostumbradas, nuevos amigos, tipo de salidas...

No es de extrañar que se “desajusten” y las crisis sean inevitables a lo largo del proceso formativo. De hecho, gradualmente, el formando va sufriendo, en primer lugar, una “crisis de deprivación” al tener que mudar de la familia a la comunidad sus sentimientos de referencia y pertenencia que le garanticen la estabilidad emocional y le permitan consolidar su identidad como religioso/a. Más adelante, ante la realidad que les toca vivir en las comunidades, aparecerá la “crisis de desencanto”, al experimentar en carne propia la frustración de sus expectativas e ideales. Por último ante el desafío de tener que definirse le obligará a resolver la “crisis vocacional” para poder optar decididamente por la vida dominicana.

La realidad “pasa factura”. Aparecen síntomas de desorientación, confusión interior, pérdida de control emocional, aumento de los niveles de tensión, inmadureces, reclamos, críticas, rebeldías, conductas regresivas... que son tan características del proceso formativo. Acompañado todo de una mudanza y, en algunos casos, pérdida de las motivaciones religiosas que le llevaron a la Orden.

Lo que antes estaba claro ahora es confuso. La responsabilidad se muda en irresponsabilidad. Los ideales caen. Aparece el “yo real”: Infantilismos, egoísmos, doble vida, contradicciones entre lo que se dice y se hace, falta de transparencia, negación de lo evidente, evasiones y compensaciones contrarias a la opción de vida religiosa... Los “puntos débiles” o “enfermos” que acompañan los aspectos “fuertes” de la personalidad y que las exigencias del día a día fueron evidenciando, inciden ahora en forma de irresponsabilidad aguda (en ciertos casos, crónica). El influjo de la secularización y el neoliberalismo, las seducciones del “mundo”, se hacen sentir con más fuerza que nunca.

Todo ha ido desembocando en una fuerte desestructuración interior que a muchos les impide manejar la libertad en coherencia con los valores vocacionales elegidos. Se impone la necesidad impostergable de rearmarse

interiormente. Al formando le quedan dos caminos: anclarse en los “desajustes” y adherirse a una vida religiosa mediocre, sin grandes proyectos personales, asegurando la “sobrevivencia” y la auto gratificación; o por el contrario, enfrentarse con la verdad de sí mismo y emprender un camino de autoconocimiento, autenticidad y coherencia con lo que está llamado a ser por vocación.

II. LAS AREAS SENSIBLES DE LA CORRESPONSABILIDAD

La identidad como dominicos/as: Un modo de asumir la obediencia

Afirma la Iglesia que “el fin principal de la formación consiste en hacer que los candidatos a la vida religiosa y los jóvenes profesos descubran primero y asimilen y profundicen después en qué consiste la identidad del religioso”³. La compleja realidad descrita anteriormente, repercute inexorablemente en la identidad personal y religiosa que tiene que adquirir el formando.

Antes se tenía bien claro en qué consistía ser dominico/a: pertenencia a un grupo social, los “más perfectos” con su hábitat (el convento, una vivienda distinta de las demás), su modo de vestir (el hábito), sus normas de conducta (separados del mundo, austeros, castos, sumisos, dedicados a la oración y al estudio...), sus tareas específicas (culto, predicación, formación teológica, atención parroquial, misiones...).

Pero lo “externo” simplemente es expresión de algo más profundo, donde verdaderamente se arma la identidad. La identidad personal se va fortaleciendo desde la infancia a la juventud hasta llegar a la edad adulta y constituye la base de la personalidad. Si en este largo y complejo proceso de identificación personal, la persona no se hace sujeto de su historia, no podremos hablar de identidad consagrada o tendremos serios problemas en ella. La configuración de la propia identidad supone autodeterminación, poner en ejercicio la propia libertad de optar y definirse, en suma, es asumir la vida en general y la dominicana en particular, con responsabilidad. O dicho en otras palabras, un modo de vivir el voto de obediencia.

Como afirma Timothy, la obediencia constituye uno de los rasgos más característicos de la identidad dominicana. ⁴El ejercicio de la libertad define el tipo de identidad. Al optar por seguir a Jesús como dominico o dominica, el joven o la joven, deben resolver un dilema clave para su futuro vocacional: ¿La identidad la debo buscar adentro o afuera de mí mismo/a? No estamos hablando de “intimismos” y menos aún de “sensibilidades hedonistas”. Al definirse por adentro, se compromete a armar su identidad desde una obediencia activa y responsable.

Cada ser humano es único y posee una identidad propia. A cada uno Dios le llama a existir y “ser” dominico o dominica desde su identidad personal. Ésta, no viene dada, se construye, desde el instante en que se genera una nueva persona. El formando/a, no puede quedarse con lo que le “distingue” (identifica) externamente, sino que debe definirse desde lo que le vincula vocacionalmente. Debe desarrollar una verdadera identidad de adentro afuera, como persona consagrada, evangélicamente inserta en un mundo secular y plural, sin complejos y asumiendo el desafío que ello implica. Ofrecer al mundo el testimonio de una libertad vivida en obediencia responsable.

La etapa de la formación inicial a la vida consagrada coincide con la edad en la que se define la identidad personal. La madurez y la plenitud humanas se adquieren exclusivamente a través de la identificación existencial con el ser profundo de uno mismo y con la potenciación del propio destino original. En este sentido, la consagración, en cuanto integra la propia identidad humana, requiere la aceptación y el desarrollo de todas las potencialidades del propio ser y de la propia misión en el mundo. Lo cual, se convierte en base del equilibrio psicológico y de la posibilidad de entrega generosa al prójimo. Si el consagrado/a acepta gozosamente la responsabilidad del protagonismo de su vida, aumenta de forma integral sus potencialidades y realiza eficazmente su misión según el proyecto de Dios, lo que también lo perfecciona en su armonía interior y en su madurez psíquica y espiritual, dándole consistencia a su vocación.

La vida consagrada, por su parte, no viene a impedir sino a favorecer este crecimiento, tal como indicó el Vaticano II: “La profesión de los consejos evangélicos, aunque lleva consigo la renuncia de bienes que indudablemente se han de tener en mucho, sin embargo no es un impedimento para el enriquecimiento de la persona humana, sino que, por su misma naturaleza, la favorece grandemente” (LG 46).

La necesidad interior de resolver los interrogantes existenciales ¿quién soy yo? ¿Qué quiero hacer de mi vida? ¿Qué quiere Dios de mí?, obliga al joven a poner en ejercicio la propia libertad, definiendo el tipo de identidad. Para ser auténtica, la respuesta ha de surgir desde adentro. En este espacio interior de autodefinición, Dios le llama al compromiso por el Reino, al seguimiento de Jesús, a formar parte de la familia de Domingo. A poner en práctica la obediencia de la fe como ejercicio de su libertad.

Como la identidad siempre se arma a partir de modelos, que se toman de referencia, ya sea consciente o inconscientemente, en la vida religiosa Cristo, el “hombre libre”, se convierte en el modelo que se busca reproducir integralmente. Así, la identidad del consagrado/a se va conformando a lo largo de un proceso de configuración con Cristo, cuyo “alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra” (Jn 4,34).

A su vez, se realiza desde el carisma particular, dominicano, en el que la persona se siente invitado a por Dios a responder a su vocación. Nos recuerda Timothy que la Orden nace de la libertad de Domingo: “Domingo nos fascina por su libertad, la de un predicador itinerante pobre, libertad para fundar una

Orden distinta de las que existían hasta entonces. Se sintió libre para dispersar la pequeña y frágil comunidad que había reunido en torno a sí mismo y enviarla a las Universidades, libre para aceptar las decisiones de los hermanos reunidos en Capítulo, incluso cuando no estaba de acuerdo con ellas. Era la libertad de una persona compasiva, que se atrevió a ver y a reaccionar”_ftn5

Esta fascinación interior se convertirá en el fondo motivacional de nuestra obediencia dominicana que nos invita a superarnos a nosotros mismos, a ser corresponsables de los compromisos asumidos al profesar, a integrar al hermano/a y a la comunidad a la hora de tomar decisiones, a perseverar y entregarse generosamente en la misión, a ser coherentes y auténticos en nuestra vida consagrada. Al tratar, más adelante, el área espiritual lo profundizaremos.

La referencia y pertenencia de vida y misión

Otra área sensible que va a quedar afectada por la convulsión interior y exterior que sufre el formando tiene que ver con los sentimientos de referencia y pertenencia a la Orden, a la Provincia o comunidad, incluso a la misión que como dominico o dominica deberíamos emprender. Es clave que desde el ingreso a la Orden, los formandos se vinculen afectivamente con los hermanos, la “casa”, los compromisos pastorales de la comunidad y la provincia.

Con el tiempo y las crisis, estos sentimientos de pertenencia entrarán en cuestionamiento. Los referentes mismos perderán sentido y valor. No es raro que gradualmente se hagan más irresponsables. Que primen los intereses personales sobre los comunitarios. Es fundamental que durante el proceso formativo se armen las “consistencias” vocacionales apoyadas concretamente en los sentimientos de “referencia y pertenencia” a la vida y misión elegidos vocacionalmente.

“Al principio de la Orden, Santo Domingo pedía a sus frailes que le prometiesen comunidad y obediencia” (LCO 17.I). La pertenencia es la expresión de la identidad, que no se puede vivir en el aire. Hay pertenencias que nos vienen dadas, como la familiar o la étnica, y pueden ser más o menos condicionantes. Otras pertenencias son pasajeras como la afiliación temporal a un club o asociación. Y hay pertenencias, como las que derivan de la fe religiosa o el estado de vida asumido en libertad madura, que implican toda la existencia, como es el caso de la vida consagrada y dominicana.

En la persona consagrada, la identidad personal se define por el carisma; y de esta convicción se deriva también el sentido de pertenencia, que es precisamente el reflejo, en el plano relacional-social, del sentido de identidad. Cuanto más fuerte sea éste, tanto más lo será aquél. Es decir, cuanto más se reconoce uno en un carisma, tanto más natural e inevitable será la opción de entregarse a él y a los hermanos que comparten el mismo don carismático. Más se afianzará el sentido de pertenencia.

Por otra parte, la identidad y la pertenencia se dan en la entrega y donación a alguien o a algo. Si el individuo decide entregarse a lo que define su identidad, entra en un contexto de vida y de personas, de valores e ideales, en cuyo centro se encuentra lo que es decisivo para su propia persona y en donde, por eso mismo, puede llevar a cabo el proyecto de su yo.

De ahí que desde el ingreso mismo a la Orden, hay que encaminar a cada formando a que se vaya “identificando”, o dicho en otras palabras, vaya “personalizando” cada aspecto constitutivo del carisma dominicano: Sus figuras, su historia, sus comunidades, sus proyectos pastorales, sus presencias.... Que lo pueda sentir como propio, reconocerse a sí mismo en esa misma historia, figuras, comunidades y proyectos... porque van teniendo para él un sentido y significado especiales. Es así cómo la pertenencia va construyendo progresivamente el sentido de identidad dominicana y se ponen los cimientos de la corresponsabilidad.

Ahora bien, el sentido de pertenencia no puede confundirse con algo puramente sentimental, como un amor indefinido a la Orden en general o al carisma en particular, o en función únicamente de un objetivo psicológico (por ejemplo, para evitar la soledad y para sentirse a gusto en compañía); tampoco debe confundirse con la sensación sectario-localista típica de los débiles, que se reúnen para protegerse y sentirse más fuertes y que, cuando se agrupan, excluyen a otros y crean una isla; tampoco puede reducirse a algo genérico-superficial, como si fuera lo mismo pertenecer a una Orden que a otra; ni ser tan débil e insignificante que permita decidir, ante las dificultades de la vida común, cambiar de Congregación o incluso dejar la vida religiosa sin mayores problemas.

El sentido de pertenencia a la Orden es verdadero y se hace creíble sólo cuando se expresa y se vive a través de un afecto sincero a la comunidad y a la provincia tal cual son, a las personas de carne y hueso que la componen, con todas sus limitaciones y debilidades, con sus virtudes y sus defectos. Pertenecer a una familia religiosa significa decidir vivir en comunidad con unas personas concretas, que se convierten en hermanos y hermanas y con los que se comparte el compromiso de un proyecto común pensado por Dios y confiado a cada uno/a. Y sobre todo, cuando se expresa asumiendo libremente una corresponsabilidad en el plano comunitario y pastoral.

Todo esto ayudará al formando a dejar de sentir la comunidad como si fuera un hotel y empezar a involucrarse, a convertirse en constructor de la comunidad y de la provincia. Superar el reclamo infantil que proyecta afuera los conflictos internos no resueltos. A que exprese sus sentimientos de referencia y pertenencia desde la misión asumida corresponsablemente, donde lo común está por encima del interés particular, el pobre es objeto preferencial de atención, donde la vida tiene sentido en la medida que se dona a los hermanos y al Reino.

Una formación desde la libertad responsable

Al hablar de la formación de los frailes, las Constituciones afirman: “Incumbe al mismo candidato, bajo la dirección de sus maestros y demás formadores, la primera responsabilidad de su propia formación, cooperando libremente con la gracia de la vocación divina” (LCO 156).

Creemos que una formación de la autonomía responsable puede incentivar la verdadera corresponsabilidad en la vida consagrada y dominicana; que sea capaz de ofrecer una auténtica identidad dominicana que integre las dimensiones constitutivas la personalidad (afectiva, sexual, intelectual, moral y espiritual) y las potencie; y que fortalezca una vinculación comprometida con la Orden y con cada uno de los hermanos y hermanas que constituyen los ámbitos de referencia y pertenencia vocacionales. Quien no es capaz de hacerse responsable de su propia vida, difícilmente lo será de la vida de los demás.

A grandes rasgos hoy encontramos dos actitudes vitales o dos modos de encarar la vida religiosa que inciden tanto en la constitución de la identidad personal y dominicana, como en el tipo de pertenencia y misión que se aspira alcanzar dentro de la Orden:

Desde afuera hacia adentro: Es cuando todo el protagonismo y la responsabilidad se dejan en manos de los otros y de las estructuras. Es lo que denominamos una formación heterónoma. El formando lo espera todo de afuera. Se pliega y obedece. También los problemas son vivenciados como de afuera: están en la comunidad, en los formadores y superiores, en las estructuras de la vida religiosa, en la gente que no responde, en la familia que me tocó vivir, en mi pasado del que no soy responsable... Todo tiene su justificación. Algunos encuentran la solución identificándose con el rol de religioso-dominico, parapetándose en las formas externas que aparentemente son efectivas, pero que esconden una fuerte resistencia a entrar dentro de ellos mismos y trabajar la propia persona y la autenticidad de las motivaciones vocacionales.

Desde adentro hacia fuera: Otros, por el contrario, deciden tomar la vida en sus propias manos, hacerse los responsables primeros de su propia vocación. Sin negar los problemas de afuera se deciden a emprender un camino desde adentro. Asumir la responsabilidad de la propia libertad es madurez, es ser capaz de algo nuevo, propio, acorde a los valores e ideales que dan sentido a la vida y a la vocación dominicanas.

Las crisis y problemáticas que pasa el joven a lo largo de los años de formación inicial, no se evitarán porque encare su vida y su vocación desde una u otra perspectiva. Forman parte de la misma vida religiosa y ayudan a crecer y definirse. Lo que cambia es la manera de resolver las conflictivas internas y el tipo de fraile o hermana que se aspira ser. Crea una consistencia vocacional distinta.

Asumir la “primera responsabilidad de su propia formación”, no es fácil. En primer lugar exige “honestidad con lo real”. El encuentro con el “yo real” va a obligar al formando/a a iniciar un camino interior de autoconocimiento y

autenticidad, de “confronte” con su propia realidad: Para resolver los problemas postergados, aumentar la capacidad de manejar deseos e impulsos, aceptar la frustración y el dolor como aspectos inherentes al crecimiento, crear hábitos de reflexión, de entrenamiento dedicado al desarrollo de nuevas habilidades, de revisión y profundización de sus motivaciones... son aprendizajes fundamentales de este período. Aquellos/as que logren incorporar estos elementos encontrarán vías de resolución creativas.

Por el contrario, aquellos/as que busquen respuestas inmediatas e indoloras, que se guíen por “las ganas”, que eviten el dolor de la confrontación y el autoconocimiento, que pospongan la “síntesis vital” prolongarán el período de desorientación y el sufrimiento que conlleva para sí mismo y para los demás. La irresponsabilidad se irá cronificando.

En segundo lugar, en este proceso de análisis, de autoconocimiento y reflexión en orden a trabajar el “yo real”, es fundamental que el formando/a no se encierre en sí mismo/a, quedando inmerso/a en una especie de “terapia de autoperfeccionamiento”. Lo que cambia a las personas es la experiencia que nos hace salir de nosotros mismos: el encuentro con la persona de Jesús, de Domingo, del hermano, del pobre... Es adquirir una actitud de autoevaluación para fundamentar el cambio que se fundamenta en lo que nos adherimos, los valores del Reino, del carisma dominicano, de la comunidad, la provincia, la misión...

Especialmente, el formando/a debe aspirar a armar su propia “síntesis vital” entre lo que es (“yo real”) y lo que ha elegido ser (“yo ideal”). La solución no está en que logre un equilibrio entre el “ser” y el “deber-ser”, sino en que arme una síntesis personal propia y original desde la fe, la esperanza y el amor tal como se vivencian en el carisma dominicano. No es tanto un logro personal desde la autoexigencia y la autoimposición, sino que se acoge como don y gracia de Dios. Es una respuesta a la “experiencia fundante” de la fe que encuentra en la llamada de Dios al seguimiento su punto de implementación. Resultado de poner en ejercicio el diálogo teológico “libertad-gracia”.

Hay que acompañar desde las motivaciones profundas: El formando tiene que descubrir por sí mismo que las motivaciones vocacionales hunden sus raíces en la experiencia fundante, en la experiencia vocacional de la llamada a la vida dominicana. En esta experiencia se da el “encuentro” entre valor y deseo. Unifica el ser. Motiva desde adentro el actuar humano. La libertad extrae la motivación del fondo afectivo y moral.

Pero la experiencia de Dios (espiritualidad) se debe abrir tanto a los valores evangélicos, como a los valores propios del carisma dominicano. Por eso, la formación ha de ayudar al formando a integrar las necesidades afectivas, éticas y religiosas. Lo logra, cuando el formando llega a vincular su ser con los hermanos y la misión concretas, como lugar de referencia y pertenencia de sus vínculos e ideales de vida.

III. AREAS DEL PROCESO MADURATIVO EN LA CORRESPONSABILIDAD

A. AREA PSICOLÓGICA

A veces nos empeñamos en hablar del ideal de la entrega a Dios y al prójimo, cuando falta la estructura básica de la persona, el “equipamiento” desde el que poder responder a Dios en fidelidad y responsabilidad. Afirma el Libro de las Constituciones: “Para recibir una formación fructuosa, se requiere, por parte del candidato, salud física, madurez psicológica proporcionada a su edad, idoneidad para la vida social, adecuada firmeza en la vida cristiana, aptitud, recta intención y libre voluntad de consagrarse a Dios y a la Iglesia en la vida dominicana” (LCO 155).

Elementos claves: ¿Qué alimenta la libertad humana? Hay “equipamiento” para la responsabilidad cuando la libertad “extrae” su motivación para la acción del mundo afectivo y del mundo moral (valores). La experiencia vocacional permite la síntesis entre “deseo” y “valor”. Algo a trabajar y consolidar a lo largo del proceso formativo. Sólo así la corresponsabilidad se integrará dentro del proyecto dominicano de vida, como algo que “nace” interiormente y que a la vez “exige” entrega y superación de sí mismo por motivaciones evangélicas.

La formación debería dar continuidad y consistencia a los procesos de maduración humana, cristiana y dominicana, como un todo integrado. Para lograrlo, ha de estar en consonancia con los dinamismos y estructuras que forman la personalidad. De lo contrario, difícilmente se alcanzará el equilibrio que ayude a crecer en corresponsabilidad, ya que la persona no podrá autoafirmarse como tal en su opción de vida religiosa. Las inconsistencias psicoafectivas lo condicionarán.

La libertad responsable define la identidad

La personalidad es una construcción progresiva dentro del marco socio-cultural que le confiere sus determinaciones esenciales^{ftn6}. La dialéctica que la constituye (los elementos constitucionales dados, lo innato, la herencia... vs. las estructuras adquiridas, el medio, lo elegido...) nos la hace concebir “abierta”, con posibilidad de cambio y realización. Este carácter dinámico de la personalidad nos hace entender a la persona como “un libreto escrito, pero no terminado del todo”. Por eso, la personalidad aparece a nivel de identidad propia, como “proyecto” ineludible. Presenta una estructura capaz de ir más allá de los límites deterministas y posibilita una libre elección. Libertad, por otro lado, no exenta de tensiones que exige autenticidad, como quehacer propio del yo.

Cada persona tiene una identidad propia e irrepetible. La identidad es, básica y fundamentalmente, una percepción interna de la propia realidad, en la que el sujeto se vivencia como un yo integrado y pacificado o como un yo confuso o

incoherente, pero en todo caso, a no ser que exista una patología profunda, como un yo en continuidad consigo mismo._ftn7

¿Cómo se construye la identidad de una persona? La identidad es una realidad compleja en la que se entrecruzan los distintos aspectos de la personalidad, conscientes e inconscientes, formando un todo coherente que es más que la suma de sus elementos. Alcanzar su articulación es la tarea fundamental de toda la vida.

La persona, desde la infancia se encuentra enfrentado en cada etapa de su desarrollo con sucesivas crisis personales en las que se ve empujado a efectuar un doble proceso, lo que le permitirá lograr su identidad. Para ello debe integrar y armonizar dos elementos:

a) Por una parte, debe asumir críticamente lo que le viene dado, lo que ha recibido genética, cultural y familiarmente. Lo que constituye su “equipamiento” básico. Hay elementos que configuran la personalidad del individuo y que le han sido dados o ha ido adquiriendo a lo largo de su vida, y que sucesivamente ha de asumir personal y críticamente. Entre éstos se pueden señalar como más importantes:

- Desde el propio cuerpo, con su condición sexuada y el rol de género asignado.
- A la historia relacional con las figuras paternas, hermanos, amigos y compañeros... Cómo se fue armando el mundo afectivo: la consistencia emocional básica, el patrón relacional, los vínculos afectivos, los apegos, las dependencias e independencias afectivas, el proceso de “separación-individuación”...
- Desarrollo de las capacidades cognitivas: intelectuales, lenguaje, voluntad, memoria...
- El tipo de familia: con sus figuras de autoridad y obediencia, presentación y sumisión a la ley, estructura interna, tipo de comunicación y relaciones entre sus integrantes, status social, valores morales y religiosos recibidos.
- El medio étnico-cultural y social donde se crió: Proceso de socialización con sus valores, idiosincracia, relaciones, educación recibida, modelos de identificación...
- A las situaciones dolorosas y conflictivas de la vida: experiencias de abandono, falta de cariño, heridas afectivas, duelos, traumas... que fueron quedado a medida que la vida pasa.
- Y la misma existencia.

b) Y por otra, debe elegir y articular lo que realmente quiere llegar a ser. No todos los elementos que configuran la personalidad le vienen dados, otros, por el contrario, en cada ciclo o circunstancia de la vida se ve obligado interna y externamente a elegirlos, como es el caso de la profesión, el estado de vida y vocación, el credo, los ideales, la escala de valores e ideales que den sentido y direccionalidad a la vida, la autonomía respecto de los padres, el desempeño de patrones adultos de conducta, o los mismos roles... Definiéndose a sí mismo, optando, es como se logra la identidad. A medida que crece, esta escala de elección aumenta.

La integración y articulación de todo ello, formando un todo coherente y equilibrado, supondrá el logro de la identidad. Por tanto, el proceso de adquisición de identidad supone para el individuo, la asunción de las etapas anteriores de su historia personal y la orientación de su futuro mediante la articulación de un proyecto personal de vida consciente o implícitamente formulado. La adolescencia cerraría el ciclo de definición.

Ahora bien, el final cronológico de la adolescencia no supone necesariamente el logro de la identidad personal, puesto que ésta puede evitarse a causa de las implicaciones en la propia vida para lo cual el sujeto se instala en una actitud de evitación de elegir o de no integrar críticamente las etapas previas de su desarrollo, llegando a una "confusión de identidad". No es extraño en la vida consagrada encontrar conflictos no resueltos a nivel de identidad sexual, identidad profesional/apostólica, doble pertenencia...

Más aún, su complejidad, fruto de los elementos que la componen y de su forma de articularlos, hace que la identidad sea un equilibrio nunca definitivamente conseguido, sino a conseguir y mantener cada día.

Las crisis formarán parte de cada ciclo vital que obligarán a una redefinición de la identidad. Más allá de la propia coherencia de vida, no podemos eludir un hecho normal y característico de la existencia humana: La crisis de identidad. Especialmente aparecen ante los diversos cambios que suponen los grandes períodos existenciales.

Importante: En la configuración de la identidad va a ser clave la elección vocacional. En ella, la persona va a dar el primer viraje determinante de su vida que marcará su futuro. Es importante que lo haga fundamentado en motivaciones profundas, bien clarificadas y consistentes. Las motivaciones son la base de la vida humana y el impulso para la acción. Es lo que permite a la persona hacer la síntesis vital entre "deseo" y "valor", unifica el ser desde la opción de vida elegida. La vocación le va a dar los contenidos motivacionales y configurará su identidad como persona consagrada.

Ahora bien, la respuesta vocacional es dinámica y crece y se elabora continuamente. Con el paso del tiempo, puede aparecer algún factor perturbador que provoque la oscuridad de la percepción interior de la identidad y suscite un conjunto de dudas, de incertidumbres y confusión sobre la propia vocación y la propia misión. Comienza la crisis de identidad, con pérdida del sentido vocacional. Cuando realmente se trata de una crisis, afecta a toda la existencia personal, hasta perderse la visión lúcida del proyecto de vida o de la opción fundamental hecha. Afecta el fondo motivacional de la persona.

Los síntomas aparecen cuando la persona no sabe o no consigue conformar la propia conducta con las opciones subjetivas, se siente incoherente interiormente, o cuando se vuelve a preguntar a sí misma ¿quién soy? ¿qué debo hacer? ¿de qué modo consigo ser yo misma? Más allá del dolor que trae consigo, debe reconocer que la crisis es en el fondo una oportunidad, una

invitación al encuentro consigo mismo y una llamada al crecimiento humano y espiritual.

La crisis vocacional va unida siempre a una crisis de identidad personal. La persona siente que valores como la consagración, la virginidad, la pobreza, la obediencia, la comunidad, la misión..., ya no le “dicen” nada. Se siente desmotivada para todo. La corresponsabilidad pierde su sentido. La crisis obliga a una “resignificación” de las motivaciones vocacionales. Las motivaciones son dinámicas, implican un proceso de purificación y ampliación continuas.

Si los ideales que nos llevaron a la vida religiosa no se transforman en valores y los valores no se entroncan con los deseos (intereses vitales) y los potencian, terminan siendo ideología moralizante; y si los intereses vitales no tienen la motivación de los valores pueden terminar en comportamientos egoístas y deshumanizadores.

Los condicionantes internos de la libertad y la responsabilidad humanas

Nuestra experiencia nos dice que no estamos tan determinados. Al no estar determinados podemos responder o no responder a las motivaciones y a los estímulos que se nos presentan. Pero el ejercicio de la libertad humana se mueve dentro de un espacio limitado y condicionado por muchos factores, tanto externos como internos a la persona. Nuestra libertad la hemos de vivir dentro de nuestra propia realidad personal e histórica, marcada por el pecado y asistida por la gracia, con sus límites y sus posibilidades. Es don y tarea.

Al ser la personalidad resultado de un proceso de desarrollo “epigenético”⁸, en la configuración de la misma pueden aparecer irregularidades, bloqueos, retrocesos, o incluso trastornos, que condicionan parcial o totalmente la posibilidad de alcanzar la madurez y equilibrio personales. Concretamente, encontramos “tres áreas resultantes del desarrollo humano” que condicionan la capacidad de manejar la vida con libertad y responsabilidad:

1ª. En la vida de toda persona humana hay áreas libres de conflicto (puntos fuertes). Es importante detectarlas para poder apoyarse en ellas en la reconstrucción de la persona. El concepto de libertad reclama el de responsabilidad: cuanto más libre de conflictos es un sujeto, tanto más responsable será y más segura su motivación vocacional.

2ª. Pero también puede darse, el polo opuesto, que la persona sufra una desorganización del yo, más o menos patológica, que bloquee las posibilidades de libre elección o no pueda ser ni siquiera concienciada (puntos enfermos). En tal caso, no hay ni libertad, ni responsabilidad, ni posibilidad alguna de apertura a los valores trascendentes, al menos en las áreas de la persona más directamente afectadas por la patología.

3ª. Entre ambos extremos encontramos un punto intermedio, en la cual el influjo de la dialéctica de base es relativo (puntos débiles). Estamos frente al tema de las inmadureces del desarrollo. Dependen de la mayor o menor

discordancia entre las estructuras conscientes e inconscientes; no sólo entre el ideal conscientemente perseguido (yo ideal) y la conducta práctica de vida (yo actual consciente), sino también entre el yo ideal y el yo actual inconsciente. Aquí, libertad y responsabilidad son más o menos limitadas por el inconsciente, lo cual significa que ni siquiera el individuo es consciente de tal influjo. Nos encontramos con individuos débiles e inconscientes, llenos de buena voluntad, pero frágiles en la madurez general, como gigantes con pies de barro.

A su vez, estas “tres áreas”, vienen a ser tres puntos de vista, tres diferentes perspectivas a partir de las cuales cada individuo ve y juzga, consciente o inconscientemente, a sí mismo y a la realidad, discerniendo y operando en consecuencia. Normalmente, en todo individuo, prevalece una dimensión sobre las otras, pero siempre están presentes las tres. La manera en que pueden influir sobre la persona es muy variada, por ejemplo:

a) En el conocimiento de sí: Según influya una u otra área, se reduce el autoconocimiento, incluso se distorsiona, por un yo que ignora sus límites y posibilidades y entra en contradicción con su realidad. No es extraño encontrar en religiosos/as todo tipo de autojustificaciones para no asumir compromisos, tareas o proyectos comunitarios o pastorales, por considerarse poco aptos, idóneos, incapaces. Incluso, fruto de una distorsión perceptiva de la realidad se consideran víctimas, incomprendidos, no aceptados por los demás, lo que resta iniciativa y generosidad para la entrega. Proyectan en el afuera sus propias insatisfacciones y frustraciones.

b) En la capacidad de elección: Inhibición práxica. La misma está condicionada por el influjo emotivo consciente o inconsciente de las tres áreas sobre los niveles de operación del proceso motivacional que incide en la praxis diaria (recogida de datos – intuición práctica inicial – reflexión crítica – juicio de valor) (Cf. Lonergan).

Es decir, habría un influjo sobre el modo en que los valores son percibidos e interpretados, en su contenido y en su abstracción, como también en su ser considerados importantes y convenientes para su propia vida. Más aún, tal influjo puede influir y reducir la libertad electiva, al incidir afectivamente sobre la voluntad del individuo. La persona entra en una incoherencia. Justamente hoy, la crisis de los jóvenes es una “crisis de decisión” (se los califica como “hijos de la indecisión”). Cuántos proyectos quedan truncados de raíz y la persona queda sumida en una vida mediocre, sin motivaciones profundas, conformada en un vivir al día y compensar afectivamente lo más que pueda.

c) En el miedo a ser libre: A comprometerse y responsabilizarse. El sujeto entra en una contradicción interna, por un lado desea ser libre, pero por otro lo invaden fuertes temores a serlo:

- miedo de gestionar su propia vida, de correr riesgos, de intentar algo difícil y nuevo;
- miedo de la soledad, de la autonomía de juicio, de la responsabilidad personal de las opciones;

- miedo de las exigencias excesivas de los valores de la vida religiosa, de comprometerse hasta el fondo y para siempre;
- miedo del futuro, de lo imprevisto, de lo no estructurado...
- miedo a las responsabilidades, a asumir cargos, tareas...

Estos miedos tienen su raíz en el modo cómo se fue equipando la persona desde la infancia a nivel afectivo, en los procesos de “separación-individuación”. Esto hace que el sujeto se maneje en la vida desde una particular necesidad psíquica de dependencia de otras personas, de una continua necesidad de seguridad prestada del otro que le impide autonomía.

d) En la vulnerabilidad yoica: Al no madurar los procesos afectivo y pulsionales desde lo moral y espiritual, la persona queda presa de las contradictorias pulsiones interiores, cuyo origen ignora y que con frecuencia escapan a una posibilidad de control. Así se siente en una situación de inseguridad estructural que lo hace débil y vulnerable. Lo cual, le lleva a buscar refugio fuera de sí mismo, en las estructuras externas de la institución. Un yo débil no permite asumir un proyecto de vida con adultez y responsabilidad.

Por último, estas “tres áreas” constituyen el indicador de madurez o inmadurez, normalidad o patología. No podemos olvidar que estas tres áreas no están separadas: el ser humano funciona siempre según las tres condiciones anteriores. Los grados y acentuaciones diferentes con que se den cada una de ellas, marcarán la diferencia entre la normalidad y la patología, la inmadurez y la madurez... Una cuestión importante a dilucidar. Concretamente, debemos observar los mecanismos de defensa (negación, escisión, represión, idealización), los niveles y tipo de angustia que sufre, el tipo de conductas adaptativas o no que manifiesta, la forma de procesar los cambios, la separación existente entre el yo real y el yo ideal de una persona...

El equipamiento básico para poder ser libres y responsables: La niñez

De entrada es importante considerar el binomio equipamiento-libertad porque el equipamiento es el material con que la persona sale a la vida. La libertad necesita “equiparse” del mundo afectivo, además del moral y espiritual. Decimos que hasta los 18 o 20 años la persona no está equipada, porque hasta esta edad el ciclo vital prepara para la vida (algunos psicólogos afirman que la adolescencia termina a los 25 años). Con todo, lo decisivo no es lo que soy, sino lo que quisiera ser. El niño es el que se hace, el adolescente es el que se define y el adulto el que está hecho. Pero no se es adulto sin el paso del equipamiento al proyecto, de lo que he recibido y asimilado a lo que quiero ser y hago realmente.

Para el desarrollo de su identidad, la persona va recibiendo un “equipamiento”, que consiste en contenidos y experiencias: contenidos que van siendo inculcados desde la niñez, adolescencia y juventud, y que más tarde también va buscándolos y seleccionándolos ella misma; experiencias que va viendo como fruto de su interacción con la realidad en la que vive, especialmente la

familia. En la medida que la persona va creciendo y desarrolla su identidad, se va capacitando para manejar ese equipamiento y resignificarlo.

Conscientes de que dejamos sin abordar aspectos básicos de la personalidad (como el cognitivo y el sexual, ya que nos extenderíamos demasiado), nos centraremos en los procesos de maduración afectiva de la persona. Sin pretender ser exhaustivos, señalamos algunos elementos imprescindibles del equipamiento afectivo básico, que influyen directamente en la posibilidad de un mayor o menor grado de responsabilidad humana. Tenemos:

a) Los vínculos primarios y de pertenencia:

El niño/a trae al nacer unas necesidades afectivas básicas de amor, protección, cariño, cuidado, aceptación... que le permiten hacer frente a la soledad y el desamparo. Estas necesidades las satisface a través de la vinculación, la comunicación, el contacto físico y la intimidad afectiva con los papás, con el entorno familiar, con los amigos y compañeros.

Con los primeros vínculos se constituye el “apego” hijo-madre, fundamento de nuestra vida afectiva. Por “apego”_ftn9 entendemos el fuerte lazo emocional que sentimos hacia ciertas personas especiales de la vida. Cuando interactuamos con ellas nos hacen sentir aceptados/as tal como somos, de un modo incondicional y en forma permanente. Es un vínculo que nos proporciona seguridad, bienestar y felicidad, por lo que nos da placer y alegría. Nos hace sentir “satisfechos” (contrarresta el vacío y soledad). Y despierta especiales sentimientos, conductas y expectativas hacia el otro, vivenciadas como satisfactorias y logradas.

Estos vínculos primarios con las “figuras de apego”, nos proporcionan la seguridad emocional básica: Constituye la matriz afectiva que da consistencia al mundo afectivo de la persona. Lo cual, en primer lugar, posibilita que cada uno sea él mismo, auténtico, sin “caretas”. Fortalece nuestra autoestima y aceptación de la autoimagen. Y en segundo lugar, posibilita confiar en el otro, abrirse e interactuar libremente, ser transparente, honesto, intimar y mantener vínculos estables, duraderos y variables con los otros (padre, hermanos/as, amigos/as, hombres y mujeres de la pastoral, incluso con Dios).

A la vez, el niño/a necesita una red de contención afectiva que satisface a través de los vínculos de referencia y pertenencia. El primer vínculo de pertenencia lo constituye la familia, la étnia, el entorno social y cultural en el que nace. Esta pertenencia al grupo es lo que le da identidad a la persona. Todo ser humano debe pertenecer a algo o a alguien. El sentido de pertenencia es la capacidad de sentirse parte de un grupo de personas con las que se comparte la misma raíz, los mismos valores, el idéntico proyecto de vida, gracias al cual esas personas se convierten en hermanos y ese grupo en la propia familia._ftn10

La pertenencia, obliga al niño/a a abrirse a vínculos fraternos que implican relaciones más exigentes. A la vez, el proceso de socialización lo irá llevando a establecer vínculos empáticos y de amistad con compañeros/as de su entorno.

De este modo, los sentimientos de referencia y pertenencia, en primer lugar, le posibilitan consolidar su mundo afectivo dentro de una institución. Vinculan afectivamente el ser con la familia, el clan o el grupo. Y, en segundo lugar, le posibilitan aprender a convivir con la alteridad, aceptar la diversidad, descubrir la riqueza de la relación con lo distinto, integrar la diferencia sin perder la originalidad de uno mismo.

Con la consolidación de estos vínculos primarios de apego y de referencia y pertenencia, el niño/a va adquiriendo el patrón relacional básico: El modo de manejarse en las relaciones interpersonales. Se define así, tanto el estilo o tipo de vinculación con los demás (de un modo seguro, ansioso o evitativo). Como, el modo de usar y entender el código de contacto y comunicación íntimas en las relaciones interpersonales: nuestro “modo” de expresar emociones y enojos, descargar pulsiones, interactuar en la intimidad, abrazar y besar, ser espontáneos...

b) Proceso de separación-individuación.

A la vez que el niño consolida sus vínculos de apego, inicia todo un largo proceso de “separación” de la madre (de la dependencia-simbiótica) y se va “autoafirmando” en su individualidad¹¹. Es importante que este proceso se haga con el consentimiento, apoyo y estímulo de la madre. Que ésta le permita al hijo ser él mismo, que explore, busque, gane en independencia, acompañado por su cariño y aprobación. El yo del niño se va fortaleciendo. No es extraño que este proceso genere en el niño inseguridad, miedo al abandono, a la soledad, etc. Aparecen frustraciones.

c) La relación autoridad-ley:

El proceso de separación-individuación lo vive el niño/a a la vez que se relaciona con los padres como figuras de autoridad e incorpora contenidos morales y religiosos. Tema que profundizaremos más adelante. La maduración afectiva y sexual depende en gran medida del proceso de maduración moral y espiritual del niño/a. Los padres se constituyen así en sus referentes claves. El modo de educar, el tipo de pedagogía utilizada, los contenidos transmitidos y el testimonio de vida de los padres va a marcar profundamente al chico. No es lo mismo educar desde un autoritarismo que no considera la realidad del chico, que desde una actitud dialogante y comprensiva, llena de amor. El niño debe aprender a integrar sus necesidades y deseos con las pautas morales y religiosas. El conflicto deseo-deber se instala definitivamente en la estructura psíquica de la persona.

En síntesis:

Estos tres elementos repercutirán en la construcción de la personalidad del niño. Se establecen las bases antropológicas para una posterior apertura a la experiencia de Dios y una inserción activa en la vida consagrada. Concretamente le permiten alcanzar tres logros madurativos en orden a la

consolidación de su identidad personal y futuro proyecto de vida desde la responsabilidad:

- La autoafirmación: El niño logrará autoafirmar su yo (su “si-mismo”). Esto le permite tener la fuerza interior para tomar la vida en sus propias manos, asumir el protagonismo de su historia, hacerse responsable de su libertad. Este proceso es el que le hace salir del “infantilismo” y madurar hacia la “adulthood”, lo inserta de una manera “activa” y no “pasiva” en la vida y opciones que toma. La vida la menajará desde la responsabilidad de lo elegido y no desde la compensación permanente de las necesidades afectivas insatisfechas. Se podrá afirmar a sí mismo armonizando sus necesidades con las necesidades comunitarias.

- La autenticidad: El vivir de adentro para afuera y no de afuera para adentro. Si todo este proceso se da correctamente, el niño se irá permitiendo ser “auténtico”, es decir, ser él mismo. De este modo, no necesitará defenderse del medio ocultando sus verdaderos sentimientos, pensamientos o intenciones para ser aceptado o valorado. Podrá vivir en función de él y no de los otros, integrando a los demás (con sus necesidades, pensamientos, exigencias) con sus propias necesidades afectivas, modos de pensar y proyecto de vida. Esto le permitirá poder convivir con la diversidad y aportar corresponsablemente al grupo de pertenencia. Se insertará pastoralmente con una actitud vital de apertura.

- La autoestima: Logrará tener una autovaloración emocional de su autoimagen (autoconcepto) en sus límites y posibilidades, de un modo positivo y real. Clave para el equilibrio emocional y la lectura positiva de los compromisos que va asumiendo en la vida.

El ejercicio ineludible de la libertad: La adolescencia

Durante esta nueva etapa, una serie de factores influirán decisivamente en la configuración de la personalidad del adolescente, en su equipamiento último y en la definición de su identidad como persona:

- Cambios bio-fisiológicos desencadenados con la llegada de la pubertad que repercuten corporal y sexualmente, con las implicaciones psicológicas que conlleva. Es el momento de integrar la imagen corporal, definir la identidad de género, la orientación sexual y los comportamientos sexuales.

- Adquisición de la lógica formal y que supone una organización nueva y definitiva de la comprensión de la realidad. Ingresar a estudios superiores y universitarios, construir un pensamiento crítico propio.

- Se “agrandan” las figuras de apego: se incorporan amigos/as, se descubre el vínculo de pareja, la relación con los padres se reubica internamente... Aparecen nuevos vínculos de pertenencia institucional (grupo).

- Se definen ideales y valores que aportan un nuevo sentido a la vida a nivel moral y espiritual. Se profundiza el sentido de pertenencia parroquial y eclesial.

- Se incorpora al mundo laboral y social, con nuevas responsabilidades y mayor independencia económica de la familia.

Durante la infancia se estaba equipando la identidad, ahora el adolescente debe definirla. Ser él mismo. Para ello debe tomar la vida en sus manos, su identidad depende de ello. Pero no le resulta fácil. Lo vive con una fuerte tensión y radicalidad:

- La autoafirmación se hace a base de oponerse, rebelarse, enfrentarse, pasando por encima del otro, sin respetar valores. O por el contrario, oscila dentro de actitudes pasivas, sumisas, abúlicas, etc. Por momentos se muestra creativo, con iniciativa, asumiendo responsabilidades, etc.

- La autenticidad se expresa, algunas veces, con fuertes rasgos hedonistas y de irresponsabilidad. Otras, la necesidad interior de ser reconocido, valorado y querido por los otros (amigos y padres) le hará depender del “afuera”, incluso moralmente. Es el momento de las grandes preguntas existenciales ¿quién soy yo?

- La autoestima transita por ciclos de euforia narcisista y de desánimo negativista. En buena parte gira entorno a la autoexigencia de depender de una imagen a mostrar y defender para sustentar su autoestima en la aprobación de los demás.

El rol de los padres va a ser clave. El modo cómo éstos se sitúen frente al joven, le va a permitir resolver bien esta crisis. Saber acompañar con afecto, sin diluir su rol y estableciendo límites. Importante moverse dentro del binomio diálogo-escucha, y a la vez claridad-confianza.

En esta edad, la identidad se define cuando el joven toma una actitud existencial de autenticidad: Crecer y ser, cada vez más, él mismo, coherente con lo que siente, piensa y hace. A su vez, la necesidad de autoafirmación, le hace tomar conciencia de su destino personal, único. De que él es el responsable primero de su vida y vocación. Progresivamente va creando mundo propio, diferenciándose de la familia, buscando una identidad social. En todo ello, el rol del adolescente es muy activo. Actúa desde un centro personal. El cual marca y dirige su vida.

Al decidirse por un proyecto de vida concreto, define sus ideales de vida, con lo cual alcanza la madurez moral y espiritual. Al poner en ejercicio su autonomía responsable a partir de la “opción fundamental”, “deseo-deber” logran su síntesis integrativa. A partir de ahora, lo elegido empezará a marcar la identidad frente a lo dado (equipamiento). Este proceso se “iluminará” cuando Dios irrumpa en su vida con la “experiencia fundante de la fe” ^{ftn12} que se constituirá en el fondo motivacional que guiará su identidad humana y cristiana, base de la posterior identidad como consagrado/a.

Concretamente, al optar por seguir a Jesús en la vida consagrada y dominicana, el joven: Define cómo va a satisfacer sus necesidades afectivas y religiosas. Es clave en el proceso de personalización que la motivación

vocacional esté fundamentada en un “apego” a Dios, fruto de un vínculo afectivo de aceptación incondicional. De esta manera la experiencia de Dios integrará el mundo afectivo, permitiendo la autoafirmación y la autenticidad en la opción de vida elegida. El religioso/a logrará personalizar su vocación al armar “desde adentro” su identidad como consagrado. El seguimiento de Jesús se transformará así en un proceso de configuración con Cristo y su proyecto de vida (el Reino), a partir de la identificación con el carisma dominicano.

La vocación le ha obligado a definir sus vínculos afectivos (de apego, amistad, empatía) a partir de unas determinadas relaciones interpersonales (asimétricas y simétricas), propias de la vida consagrada. Es decir, a partir de unos valores evangélicos libremente elegidos. En la infancia el apego estaba centrado mayormente sobre los padres. A la vez, era muy egocéntrico y hedonista. Con el tiempo, esos vínculos los fue ampliando y manejando desde el amor, en la medida que fue integrando al otro como un valor (desarrollo moral). Los padres, los familiares, etc., fueron perdiendo la exclusividad y con la opción vocacional fue incorporando nuevas figuras de apego como los hermanos/as de congregación, la gente de la pastoral, amigos/as y, especialmente, Dios, quienes a partir de ahora jugarán un papel clave en sus motivaciones afectivas y religiosas.

Para lograr esa ampliación de su mundo de “apegos”, el joven debe de recorrer todo un proceso de “desapego” y “desidentificación” (desidealización) de los vínculos primarios para poderse descubrir y aceptar a sí mismo. A la vez, debe reubicar internamente las figuras paternas a partir de una imagen más realista y positiva de las mismas.

Al definir su estado y proyecto de vida, el joven vincula afectivamente su ser con la congregación. De esta manera los sentimientos de referencia y pertenencia encuentran un espacio de realización y concreción. La pertenencia refleja la capacidad que tiene la persona de generar y despertar vínculos con figuras de autoridad, con los pares o con aquellos con quienes uno se compromete de por vida. Manifiesta la capacidad de contraer vínculos de responsabilidad, de asumir compromisos por amor con aquellos hermanos con quienes se comparte una misma raíz vocacional, los mismos ideales de vida, un idéntico proyecto apostólico. Todo, porque me siento parte de este grupo de personas con las que convivo y porque siento como mía, tanto la comunidad como la misión.

Para trabajar a nivel personal

- ¿Cómo manejamos en la formación los problemas humanos y psicológicos (inmadureces y patologías)?
- ¿Cuál es el “clima afectivo” de nuestros conventos?
- ¿Qué problemáticas detectamos en los/las formandos/as a nivel psicoafectivo que favorecen o dificultan la corresponsabilidad?

- ¿Cómo trabajamos con los/las formandos/as sus conflictos afectivos, su historia personal y familiar, sus inhibiciones en la responsabilidad, sus frustraciones, sus necesidades de autoafirmación, su autoimagen, idealismos, etc.?
- ¿La formación que impartimos, potencia o inhibe las cualidades personales del formando/a?

B. ÁREA MORAL

A nivel de idoneidad, la madurez psico-afectiva reclama la madurez moral. La moral, va a “equipar” la persona para poder asumir la vida dominicana con responsabilidad. Además, las motivaciones morales van a ser, junto con las motivaciones espirituales, las áreas que vamos a tener que prestar especial atención a la hora de acompañar al formando para clarificar las raíces de una verdadera y auténtica vocación religiosa y dominicana. La formación de la conciencia moral va a ser el elemento clave.

Más allá de las diferentes ópticas y lecturas legítimas existentes, con los aportes innovadores del Concilio Vaticano II, se fue abriendo camino dentro del campo católico un nuevo modelo de moral que sitúa en el centro del sistema ética a la persona¹³. El hombre es el “sujeto” de la moral y el hombre es el “objeto” de las valoraciones éticas. La moral cristiana trata ahora de formular los compromisos cristianos desde la autonomía moral y desde la responsabilidad ética de la fe.

Un modelo ético será válido, no sólo cuando me exija poner en ejercicio mi libertad responsablemente acorde a unos valores objetivos, sino además cuando me permita personalizar los valores procesualmente, me ayude a integrar y sanar mi historia personal y experiencias negativas (sea liberador), parta de mis posibilidades reales y las potencie, vaya autoclarificando mis límites y cualidades, posibilite la autenticidad de ser y sentirme yo mismo/a, de expresar mi mundo afectivo y de autoafirmación, me invite a superarme a mí mismo, me lleve a elaborar existencialmente un nuevo sentido y un nuevo vínculo afectivo desde la fe-esperanza-amor con Dios, mis hermanos/as de comunidad, los hombres y mujeres de la pastoral... dentro del proyecto de vida elegido.

El paso de lo psicológico a lo ético

A nivel constitucional el ser humano es estructuralmente moral. Nuestras tendencias psico-biológicas no pueden responder directamente, en todos los casos, a los estímulos que les provocan. Precisamente porque el estímulo tiene para el sujeto humano una significación polivalente, la respuesta puede ser múltiple. Esto nos hace afirmar que el ser humano a nivel de estructura psico-biológica, nace sin “determinar” o “programar”. Esta condición “inacabada” postula una mediación capaz de cubrir el vacío que deja el “ajustamiento” estímulo-respuesta. Dicha mediación es la tarea moral que tiene el ser humano, como ser racional y libre de responder. La vida humana se nos presenta como un quehacer continuo del que no podemos escapar. Somos responsables de nuestra vida y de cómo usamos la libertad.

Todos nuestros más nobles deseos e ideales fracasarán si no tenemos en cuenta algo fundamental: Nuestras necesidades más profundas, que brotan de dicha estructura bio-psicológica, ya sean sexuales o agresivas, como afectivas de autoafirmación, reconocimiento, valoración o cariño, etc., nacen “ciegas”, sin un rumbo definido y tienden a la irresponsabilidad. Al ser humano le compete darles una orientación definitiva. Ahora bien, la responsabilidad ética no consiste tanto en reprimirlas o negarlas, amoldándose a un orden objetivo que no integre la fuerza interior del mundo de las tendencias, sino más bien en “ajustarlas” o “armonizarlas”, acorde a los valores morales y al proyecto de vida elegido libremente.

A diferencia de la conducta animal, la conducta humana está motivada subjetivamente. Es lo que permite el ajustamiento y la armonización. Las variables motivacionales son (junto con las circunstancias externas) los determinantes más importantes de la conducta humana. Por “motivación” entendemos el conjunto de factores que inician, sostienen y dirigen una conducta. En este sentido, las motivaciones son los procesos impulsores y orientadores que resultan determinantes para la elección y para la intensidad de la actualización de las tendencias de la conducta. Algunos de estos factores serán externos (cuando incentivan y estimulan desde afuera) y otros internos (cuando le encuentra sentido desde adentro). Esto último se alcanza cuando la persona ha incorporado valores en su vida.

La conducta será ética cuando la persona logre resolver el conflicto entre el deseo y el deber. Es decir, entre sus necesidades afectivas y sexuales, por ejemplo, y sus deberes morales y religiosos que entran en contradicción con aquéllas. Como la reconciliación con lo moral no siempre va a ser posible, ha de aprender a posponer, renunciar, a dejar de lado la satisfacción inmediata de las necesidades que le impone el “principio de placer” que dirige su conducta. Esto la persona lo logra (sin represiones ni negaciones) cuando encuentra un “sentido”, un “motivo” interior que justifique la renuncia a sus necesidades, en sí, positivas. Aparece entonces el aporte que la “moral como contenido” va a hacer a la “moral como estructura”.

La educación moral va a ser clave en todo el proceso de maduración en una libertad responsable. No hay posibilidad de maduración humana, si no existe una correcta conducción de nuestras necesidades. Y no es posible esta correcta conducción si no se da una maduración moral desde las normas a los valores. Estos son los que señalan la dirección de las necesidades al marcar el sentido de la vida.

Cuando la persona ha logrado incorporar el sacrificio, la soledad, el dolor, la enfermedad, la injusticia y la misma muerte como parte del “principio de realidad”, porque ha podido encontrarle un “sentido” nuevo y distinto a partir de los valores adquiridos, ya no podemos hablar de frustración del “principio de placer”, sino más bien de “ajuste”, “armonización” o equilibrio interior. Al dejar de manejarse preferentemente por el “principio de placer”, es capaz de elaborar la frustración, no se mantiene en fantasías infantiles de omnipotencia, no evita la insatisfacción, no está dominado por la necesidad de estímulos constantes...

Para lograrlo la persona ha tenido que aprender a salir de su narcisismo, de la búsqueda constante de la autogratificación, de mirarse a sí mismo como único criterio de valoración y de superar sus necesidades y deseos infantiles. Es imprescindible que haya aprendido a integrar al otro, lo distinto en el modo de ser, de pensar y de sentir. Que tenga resuelto el conflicto que la integración del otro implica para su narcisismo. A la vez que haya podido incorporar contenidos morales, desde las normas, las leyes y los valores que gradualmente se han ido convirtiendo en su fondo motivacional básico.

Etapas claves en la formación de la responsabilidad moral

No podemos olvidar que la moral es algo que se va adquiriendo conjuntamente con el proceso de maduración de las necesidades afectivas, sexuales, cognitivas y espirituales de una persona. Con el curso del tiempo, estas necesidades se van “satisfaciendo”, o por el contrario “controlando”, “inhibiendo” o “reprimiendo”, según el tipo de educación moral que recibimos en la interacción con el medio socio-cultural y familiar. La “frustración” condicionará nuestro mundo moral.

Por su parte, la conciencia moral va evolucionando desde la infancia hasta alcanzar la madurez. No en todas las personas se dará el mismo ritmo y proceso de maduración. Ni todas llegarán a alcanzar la etapa de madurez moral. Son muchos los que quedan detenidos en estadios anteriores. Los motivos y las causas son múltiples. _ftn14

Podemos señalar unos cuantos “puntos claves” del desarrollo de la conciencia moral que tienen especial importancia para la formación de la responsabilidad de la persona:

a) La heteronomía

Lo primero que se impone es que el niño salga de la “anomía” y entre en la “heteronomía”. Especialmente en los dos primeros años de vida, el comportamiento del niño/a se maneja desde los impulsos. La motivación de su obrar es: satisfacer el placer y evitar el dolor. No existen conductas morales propiamente dichas, al no existir conciencia moral. Lo único que se logra es que el niño/a renuncie a los propios caprichos en aras de la alegría y aprobación de los padres y que alcance un manejo adecuado de las funciones orgánicas. Para poder superar el egocentrismo (narcisismo), tiene que entrar en la “heteronomía”.

Un objetivo clave a partir de ahora es que el niño/a aprenda que hay límites –ley– (lo permitido y lo prohibido) y “figuras de autoridad” (padres) a las que debe obedecer. A partir del segundo año de vida, el niño/a ya puede decir no a sus deseos o postergarlos, buscar una mejor ocasión para satisfacerlos o renunciar a ellos. Aunque es escasa su capacidad de discernir el bien (puede todavía más la necesidad al valor), con el tiempo va captando concientemente la diferencia entre lo bueno y lo malo y puede entender las reglas. No entiende aún la importancia de la intencionalidad de los actos, sólo la obligación de la ley en sí y el daño objetivo. Por eso su comportamiento moral ha de estar marcado por el deber y la obligación “heterónomas”. El protagonismo moral recaerá en la responsabilidad de los padres. Unos padres a los que ama y que necesita que se constituyan para él en modelos de autoridad-obediencia: amorosos, coherentes, firmes, comprensivos y no autoritarios, inflexibles, permisivos o ausentes.

Es la etapa estructurante de la personalidad moral, porque obliga al niño/a a salir de la “mismidad” y entrar en la “alteridad”, al romper el vínculo simbiótico con la madre e integrar al “padre”, lo diferente, al otro, dentro de su estructura de personalidad. Además, el niño/a por primera vez entra en contacto con la moral de un modo mediato, a través de los mandatos o prohibiciones paternas. Las figuras de autoridad le obligan a internalizar las normas. El bien y el mal se identifican para el niño/a con lo prohibido y mandado. El obrar moral está acompañado por el miedo y el temor. Aparece la culpa. La conciencia de culpa y el arrepentimiento basados en la fuerza interna de un orden moral, no obran ahora como el motivo de las decisiones del niño, sino tan solo opera el temor al castigo o el deseo de ser querido.

Todos estos elementos son claves para lograr una personalidad madura, psicológica y moralmente hablando, capaz de manejar la vida con libertad y responsabilidad. La conciencia de estar ligado a normas externas que provienen de la autoridad de los demás, representa la condición previa y el supuesto para la sujeción a normas interiores de la propia conciencia. Así se podrá producir el pasaje de una moral heterónoma a una moral autónoma. La obediencia a los padres es el camino para el desarrollo de la conciencia moral. Sin ley no hay responsabilidad y sin responsabilidad no hay autonomía real. La ley y la autoridad le obligan y exigen salir del egocentrismo y a abrirse al bien de los otros. La ética se convierte en una exigencia y el bien del otro en una obligación.

Los formandos que no tengan bien armada dicha estructura moral, difícilmente van a poder asumir el voto de obediencia con madurez. Más aún, es la raíz de donde brotarán toda la fuente de conflictos con las figuras de autoridad, superiores y formadores, cuando ingrese a la Orden, al reactivar la vida religiosa los problemas con la ley y la autoridad no resueltos en su momento. Lo mismo podríamos decir a la hora de asumir compromisos comunitarios y pastorales. Primará el “principio del placer” (sus gustos, intereses, planes personales...) por encima del bien común, como fondo motivacional de su actuar.

b) la sociología:

Otro momento importante de la estructuración de la conciencia moral, es cuando el adolescente se encuentra ante la necesidad interior de definir su identidad. Es una edad en la que quiere ser él, manejarse libremente, encontrarse consigo mismo. Pero será más bien la expectativa social, lo que los demás esperan de él, quien va a jugar un papel importante en la configuración del yo. En esta etapa, el comportamiento moral viene marcado por la necesidad de valoración, estima, reconocimiento y aprobación de los demás, especialmente del grupo y en cierta medida también de la familia. Es bueno lo que el grupo de amigos/as aprueban y malo lo que condenan. El grupo se convertirá para el adolescente en fuente de motivación moral. La aceptación o rechazo que recibe, reforzará o debilitará su comportamiento. Poco a poco va incorporando un rol determinado (personaje), a partir de las expectativas del grupo, de la familia o de la misma sociedad, perdiendo autenticidad. Algo que deberá resolver más adelante.

A la vez que se va integrando afectivamente al grupo, el chico y la chica se van “abriendo” de la familia, ganando independencia. Goza de mayor libertad para salir y decidir. Los límites cambian. El modo de ubicarse los padres frente a él también. Sufre fuertes cambios anatómicos y fisiológicos. Los impulsos biológicos de la sexualidad toman fuerza. Los sentimientos de amor, el deseo de estar con chicos y chicas del mismo y otro sexo es imperioso, busca definirse a nivel de género y de orientación sexual. El manejo de los impulsos sexuales y agresivos no le resulta fácil. Aparece en su vida la posibilidad de relaciones sexuales. Viven confusos, con cambios constantes de humor, enamoramientos, decepciones afectivas, apegos... El conflicto entre necesidades y valores es más fuerte que nunca. La tensión interior crece.

La presión social sobre el adolescente lo “manipulará”. Permanentemente vive sometido a un bombardeo de propaganda, influencias, modas, héroes a imitar, conductas a reproducir, esquemas morales a incorporar... Muchos adolescentes harán suyos acríticamente los valores y antivalores que la sociedad le va proponiendo, sin discernimiento ni reflexión personal, dejándose arrastrar por la “masa” y siendo sus contenidos de conciencia meros reflejos de lo social, sin criterios propios. Introyecta una “pseudomoral” de la que no se podrá liberar fácilmente. La conciencia perfecta sería la que tiene en cuenta la sociedad, pero al mismo tiempo vive su proyecto existencia con responsabilidad personalizada. Integrar grupos parroquiales y juveniles, donde se le acompañe con una alternativa crítica, va a ser de gran ayuda.

Gradualmente alcanza el pensamiento lógico-formal. Aumenta su capacidad intelectual y volitiva para realizar actos humanos libres. La capacidad de darse cuenta del bien y del mal es mayor. Es la época en que aparecen los grandes ideales de la vida que empieza a vivir dentro del grupo, tales como la corresponsabilidad, la cooperación, el sentido de justicia y reciprocidad. Pero, en muchos casos, el grupo es fuente negativa de moralidad que arrastran al chico/a. La necesidad de reconocimiento y las influencias del ambiente le hacen claudicar de muchos principios aprendidos en la familia. No es extraño conductas en clara contradicción con lo aprendido de pequeño/a. Algunas de alto riesgo (alcohol, drogas, violencia, embarazos no deseados...). No le queda otra alternativa que definirse.

c) La autonomía:

El fin de la adolescencia lo marcará cuando el joven sea capaz de asumir la vida en sus propias manos y tome opciones que definan su identidad personal y su futuro existencial. Para ello ha de salir de la “socionomía” y entrar en la “autonomía”. No todos lo lograrán. Lo cronológico se separa definitivamente de lo madurativo.

Con el correr del tiempo, el joven ha ido estabilizando su mundo de vinculaciones y necesidades afectivo-sexuales, clarificando el tipo de aptitudes y habilidades personales que tiene, incorporando nuevos conocimientos... En suma, madurando gradualmente. Lo que le permite orientarse cara un proyecto de vida y futuro profesional. Pero queda todo supeditado a poner en ejercicio su libertad. Como individuos, necesitamos años para equiparnos, es decir, para poder tomar la vida en nuestras propias manos. Si bien, en este equipamiento interviene lo biopsíquico y el contexto socio-cultural, lo decisivo ocurre en la conciencia, cuando alguien inicia la búsqueda de su identidad personal intransferible, cuando descubre su unicidad y decide construir su historia. Nos hacemos personas a través de nuestros proyectos libremente asumidos.

Hoy en la sociedad y en la Iglesia se reivindica la autonomía. La autonomía se apoya en la libertad-responsable de los cristianos. El hombre es un ser libre, es decir, capaz de razonar su libertad. Cuando verdaderamente toma conciencia de sí, el sujeto moral descubre al mismo tiempo que es "autónomo", que lleva dentro de sí su propia "ley": la "libertad responsable", que es para sí

mismo norma objetiva y verdadera. Es la autoridad en que nos apoyamos para legitimar o no un imperativo o una prohibición moral en concreto. Pero la autonomía del cristiano no está cerrada sobre sí misma, sino abierta a Dios. Es una "autonomía-teónoma". Al considerar al ser humano desde la perspectiva de la creación (orden humano), es posible pensar en Dios como "Alguien" que da sentido y fundamenta su autonomía. La ética cristiana teónoma es la expresión de la relación normativa de Dios con el ser humano, relación que no contradice ni suprime la normatividad autónoma del hombre o de la mujer, sino que más bien la posibilita y le da un fundamento válido.

La estructura teónoma de la ética cristiana no es de carácter voluntarista-nominalista, es decir, "heterónoma", donde Dios es el único protagonista mandando y prescribiendo y el ser humano queda anulado en una pasividad receptiva. Si no más bien de carácter racional-relacional, basado en la autonomía del ser humano que le permite un "diálogo" con Dios, siendo ambos protagonistas y sin quedar nadie anulado. Esta fundamentación teónoma se da además porque el hombre tiene una autonomía tal que le obliga a reconocer que es criatura, creado por Dios. Solamente es verdaderamente autónomo el hombre que reconoce no poder colocarse como absoluto ni en cuanto individuo ni en cuanto sociedad; el hombre que ve y respeta sus límites inmanentes, ya que el hombre no tiene el sentido total de sí mismo.

Pero la autonomía también tiene sus peligros, está sujeta a malas interpretaciones. No podemos olvidar que la autonomía de la persona humana se ejercita, de hecho, pecadoramente, es decir, es radicalmente ambivalente:

- Si autonomía se identifica con autorrealización, el formando se responsabilizará sólo de lo que le interese. Debe salir de sí y olvidarse de sí.
- Si sólo se preocupa de su maduración personal olvidando al otro, termina en un narcisismo.
- Si cae en una autosuficiencia, en la necesidad de tener la última palabra en todo, buscará un control racional de todo.

El verdadero "test" de la autonomía es el amor: si se integró o no al otro (al prójimo y a Dios). La clave está en su capacidad de amar. Al servicio de quién pone su autonomía. La forma suprema de autonomía es la autodonación y ésta se realiza sometiéndose al otro: "Para la libertad habéis sido liberados; pero no la confundáis con el egocentrismo; antes bien, someteos los unos a los otros por amor" (Gal 5,13).

La autonomía permite la autoafirmación. Al autodeterminarse la persona se autoafirma a sí misma. Integra su mundo afectivo en el proceso de configuración de su identidad que se va afianzando a medida que se da el proceso de "separación-individuación". En la vida religiosa y dominicana nos podemos autoafirmar, a través del voto de obediencia, de tres maneras:

- Plegándonos al otro: Renunciando a mis necesidades, puntos de vista... vivir sometido, anulado, sin protagonismo propio, dependiendo de las decisiones de los otros... la obediencia es pasividad y sumisión.
- Enfrentándonos al otro: Reafirmando mis necesidades por encima de la comunidad y la provincia, exigiendo mis "derechos" sin integrar "deberes",

desechando otros puntos de vista, imponiéndome al otro, atropellando al otro, haciéndome el centro de todo... la obediencia es rebeldía.

- Integrando al otro: Armonizando mis necesidades, puntos de vista, opiniones, proyectos.. con las de los otros, la comunidad y la provincia, sabiendo poner el bien común por delante del bien particular, renunciando por amor al otro... Ha descubierto valores, incorporado los sentimientos de referencia y pertenencia a la Orden. Entra en comunión. Ha decidido encarar así su vida. La obediencia se vuelve corresponsabilidad.

Elementos para una libertad responsable

a) Tener formada la conciencia moral y religiosa:

Los contenidos de la conciencia nos indicarán si la corresponsabilidad está internalizada o no en la vida del formando. A lo largo de todo el proceso descrito anteriormente, la persona fue internalizando contenidos de conciencia (valores, normas, leyes). Su conducta se fue iluminando cada vez más desde adentro. La conciencia moral surge como la autoclarificación de la conducta en referencia a un determinado canon de perfección. Y este canon está dado por el cuadro de valores morales que posee una persona. Cuando la conciencia moral se abre a lo trascendente, en una comunión de intimidad con Dios, estamos delante de una conciencia religiosa. Las motivaciones vocacionales encontrarán, así, en los contenidos de conciencia, la raíz del comportamiento como religioso/a.

La conciencia no es una norma autónoma. La conciencia no genera la moral en cuanto que ella no crea la realidad (lo bueno y lo malo). Sin embargo ejerce una función de mediación entre la realidad (valor objetivo) y la actuación de la persona (situación personal) pues la conciencia tiene un papel manifestativo y obligante. Al ejercer una función de mediación entre el valor objetivo y la actuación de la persona, se convierte en norma interiorizada de la moralidad (Cf. Gaudium et Spes, 16). La conciencia moral es la necesaria mediación subjetiva de la moralidad. La conciencia es la norma de moralidad por donde pasan todas las valoraciones morales de las acciones humanas. Es quien juzga, se clarifica interiormente y decide en consecuencia. Si no hay conciencia (en cuanto norma próxima de moralidad) no hay moralidad en las acciones del hombre.

En orden a la formación, es importante no olvidar que nadie llega de una manera certera y automática a la posesión de una conciencia moral recta, verdadera y cierta, en la que la corresponsabilidad sea un valor internalizado. Existe un proceso de preparación y de adaptación; un proceso en que hay tentativas, adelantos y hasta retrocesos. Lo que se da es un proceso en la formación de la conciencia. Es lo que hemos intentado explicar en el apartado anterior. Se precisaría observar en cada formando dos cosas, a la hora de analizar las motivaciones de su actuar moral:

- Que tenga “asumida” y “corregida” la subconciencia moral: Los aspectos de la subconciencia son como el proceso de preparación (en el niño y

en el adolescen-te) para la posesión de una conciencia moral madura. La subconciencia moral recoge también los contenidos imperfec-tos en la génesis de la conciencia y las inmadureces o retrocesos en el desarrollo y vivencia moral de la persona (ya sea en el joven o en el adulto). Muchos de nuestros formandos, de ordinario suelen vivir en alguno de los grados de subconciencia moral. Pero cuando la persona es capaz de asumir críticamente tales influencias, entonces asume la fuerza de una moral madura. La solución está en que la subconciencia se integre armónicamente con la conciencia moral propiamente dicha, para que los dos aspectos del psiquismo humano (inconsciente y consciente) estén al servicio de la conciencia moral. Un mismo acto puede estar, al mismo tiempo, motivado consciente e inconscien-temente. Por eso es importante tener en cuenta que el formando:

* No se guíe desde el voluntarismo moral: Detrás de todo voluntarismo hay autoexigencia, fruto de buscar el perfeccionismo. Su libertad está condicionada por sus necesidades narcisistas (necesita verse a sí mismo sin defecto alguno para poderse aceptar y amar). Queda encerrado en sí mismo. La angustia es porque no es perfecto para sí mismo. En este círculo no hay apertura a la gratuidad del perdón y misericordia de Dios. No puede llegar a la “justificación por la fe”. Vive de la “justificación por las obras”. Esto le llevará a ajustarse al rol y, consecuentemente, a la observancia regular, como tabla de salvación.

* No se guíe desde instancias heterónomas de dependencia afectiva: Para quedar bien, por el qué dirán, por querer llenar las expectativas e ideales que otros han puesto en nosotros, etc. Detrás hay un vínculo inseguro que necesita la permanente confirmación del otro para sentirse valorado, querido y aceptado. Esto le impedirá una vida de autenticidad y transparencia. Por el contrario, buscará permanentemente compensaciones afectivas.

- Qué tipo de valores o antivalores tienen incorporados. De lo contrario, se manejarán por las necesidades y deseos infantiles o la pseudomoral (escrúpulos, legalismos, autoimagen...). La conciencia moral madura es la que ha ido captando valores y desde estos valores ha ido encontrando sentido a su vida, iniciando todo un proceso de personalización. Es la persona que obra desde la responsabilidad y las posibilidades reales. Que tiene criterios desde los que discierne considerando las necesidades de los demás. Tiene incorporada la ley como un valor y entiende que la misma no agota la moralidad humana (la persona está por encima de la ley). Vive de principios y se autoimpone normas. Es coherente con lo bueno, justo y verdadero aunque no agrada, no lo mande la ley o el grupo no esté de acuerdo. Jesús y el Reino se han ido convirtiendo en su modelo y proyecto de vida.

El drama interior de muchos formandos y de las conciencias en general, se resume en la dificultad de integrar conflicto y amor. Se busca sólo un amor que sea gratificante, quedando apresados por el principio infantil del placer inmediato; un amor que no acepta la ley de la diferencia, por lo que no hay posibilidad de integrar al otro; un amor de Dios sin autoridad, dejando así la experiencia religiosa a merced del narcisismo._ftn15

b) Realizar una opción fundamental:

La persona llega un momento en que tiene que definirse respecto a los ideales y valores que marcarán el futuro de su vida. Debe tomar lo que denominamos una opción fundamental. Por opción fundamental entendemos la decisión por la cual la persona determina libre y radicalmente su relación en orden al último fin, en cuanto dispone de sí mismo totalmente. Esta decisión y esta disposición de sí mismo no suele hacerse con un acto explícito y reflejamente consciente, sino de una manera implicativa en los comportamientos singularizados. Con dicha opción, la persona decide libremente poner su vida en relación con la moral objetiva (valores, normas, leyes), pero sin perder el protagonismo y la responsabilidad de la misma. Es la puesta en práctica de su autonomía. Expresa la madurez con que asume la responsabilidad de su libertad y la decisión de orientar su vida moralmente.

En una persona creyente, además, la opción fundamental la compromete cristianamente. Es la gran posibilidad (gracia) que Dios otorga al ser humano para que éste pueda encontrar su realización plena, a la vez que expresa el sentido dinámica de la existencia cristiana. Cuando Dios se ofrece al ser humano como verdadero horizonte de su realización, y cuando el ser humano libremente se decide a acogerse a ese ámbito de referencia, entonces tiene lugar la “gracia” de la opción fundamental cristiana (experiencia fundante). Naturalmente, ese ámbito de acogida y de realización del hombre no puede entenderse si no es como acogida que Dios ofrece en Cristo comunicado, a través del Espíritu, en su Iglesia. Por eso, la opción fundamental cristiana se identifica con la existencia cristiana: una existencia en la relación amorosa con Dios, una existencia en la conformación con Cristo, una existencia bajo la fuerza del Espíritu. Al convertirse la opción fundamental cristiana en una experiencia fundante, la persona encontró el “fondo motivacional” de su obrar libre y responsable. Tema que desarrollaremos más adelante, al exponer el área espiritual.

c) Crear actitudes morales:

Pero, la opción fundamental debe concretarse en los diversos campos de la existencia humana y cristiana. Debe traducirla en actitudes morales. Las actitudes morales constituyen aquel conjunto de disposiciones adquiridas que nos llevan a reaccionar positiva o negativamente ante los valores morales. El concepto de actitud moral viene a expresar lo que en la moral de Santo Tomás llamamos hábito, ya sea como virtud o como vicio.

En la formación, es fundamental crear en la persona sensibilidades para que descubra los valores morales y convicciones internas que interiorice dichos valores. La interiorización o subjetivación de los valores se identifica con la creación de actitudes. Para lograrlo, en primer lugar, la actitud cristiana supone como elemento necesario el de la “motivación”. El comportamiento ético cristiano no nace de un “imperativo” seco y frío, sino de un “indicativo” de gracia y de don. La experiencia de la llamada de Dios al seguimiento, va a ser clave en este sentido. En segundo lugar, la actitud debe concretarse en un ámbito de la vida humana. No puede quedar en pura intención ni en puro sentimiento. Por último, es propio de la moral cristiana el sentido dinámico. Una

ética legalista se circunscribe al mínimo prescrito por la ley. Una ética de responsabilidad, que se apoya sobre el indicativo de un don total, aspira a más, a la autosuperación, a entender la vida como proceso. Actuar coherentemente.

d) Saber armonizar la obligación con la autenticidad:

Sin obligaciones no hay responsabilidad. Obligación significa vinculación, estar ligado a... Lo mismo que las normas, la obligación produce una reacción espontánea de rechazo. Se percibe como imposición externa, como amenaza a la propia libertad. No es raro escuchar: "los jóvenes de ahora quieren derechos sin obligaciones". Se quiere decir que son proclives al capricho, que no tienen sentido de responsabilidad, que son inestables... Algo pasa con los vínculos primarios.

Una educación permisiva, sin leyes sancionadas por la autoridad, que se impone a la conciencia como obligaciones, no sólo debilita el sentido de responsabilidad, sino que propicia la debilidad del yo, a merced de la gratificación inmediata. Pero reducir la incondicionalidad ética al cumplimiento de unas normas hace de la conducta humana, igualmente, un sistema opresor que termina ahogando lo mejor de la persona.

En una cultura de la subjetividad, las obligaciones son sustituidas por el principio de autenticidad. Al respecto hay que aclarar que:

Una cosa es la autenticidad moral: Hace referencia a la coherencia de una conducta orientada por exigencias y valores objetivos. Uno es responsable cuando logra integrar pensamiento y acción, exigencias y formas de vida. Pero el problema surge cuando la coherencia es más importante que el corazón y cuando, inconscientemente, oculta mecanismos de defensa la persona se vuelve rígida, intransigente, autoexigente y voluntarista. Necesita verse perfecta para aceptarse. A la larga se quiebra.

Otra la autenticidad existencial: es un camino de libertad interior, en el que la persona asume la responsabilidad de llegar a ser verdaderamente fiel a sí misma. Esta fidelidad a sí mismo no se debe confundir con espontaneidad afectiva (hacer lo que me apetece), sino con la decisión de tomar la vida en las propias manos. Es la persona que maduró su conciencia y se mueve no por dependencia afectiva o por el deber por el deber. Encontró las motivaciones últimas de su actuar en la profundidad de su ser y en el amor a Dios. Prefiere la fidelidad a sus propias obligaciones aunque no siempre se lo aprueben. Ha logrado integrar las obligaciones como parte de la responsabilidad de su libertad. No depende del afuera para hacer las cosas.

Para lograr la madurez moral, la persona ha tenido que trascender sus necesidades y deseos infantiles, ser auténtica, tomar una opción fundamental, adherirse a valores éticos y religiosos que para ella tengan sentido y crear actitudes coherentes, integrándolo todo en un proyecto de vida (consagrada, sacerdotal o matrimonial). El área espiritual vendrá a cerrar el círculo, al iluminar desde la experiencia fundante de la fe, el camino del ser humano en su proceso de maduración en la libertad responsable (corresponsabilidad).

Para trabajar a nivel personal

- ¿Qué valores manejan hoy los/las formandos/as? ¿Cuáles favorecen una vida dominicana en corresponsabilidad y cuáles la dificultan?
- ¿Qué actitudes humano-cristianas favorecemos con el tipo de formación que impartimos: de transparencia, autenticidad, coherencia, compromiso, sumisión, miedo, inhibición, doblez...?
- ¿Qué problemáticas presentan hoy los/las formandos/as en la incorporación de la ley y la responsabilidad frente a las obligaciones contraídas? ¿Qué favorecería una actitud y disponibilidad más positiva al respecto? ¿Cómo lo podemos introducir en la formación?
- ¿En qué medida el “otro” y las “mediaciones” están integradas en los/as formandos/as?
- ¿Qué problemáticas detectamos mayormente en la relación con las figuras de autoridad? ¿Qué favorecería una relación madura al respecto? ¿Cómo es nuestra relación con los/as formandos/as?

C. ÁREA ESPIRITUAL

Las motivaciones: Fundamento de la libertad responsable

Las motivaciones vocacionales son las que fundamentan y dan sentido a la vida consagrada y dominicana. Decíamos en el apartado anterior, que todo comportamiento humano es un comportamiento motivado. Mientras lo psicoafectivo y lo moral nos daban el equipamiento humano básico, el área espiritual nos pone delante de las motivaciones últimas de una vida consagrada. Los valores morales internalizados, en el caso del religioso/a no son suficientes. La vocación es don y gracia de Dios. Exige personalizar los valores del Evangelio, fruto del encuentro interpersonal con Dios, desde el carisma dominicano y la vinculación afectiva a la Orden. Sólo así la corresponsabilidad se convertirá en un valor constitutivo de las motivaciones vocacionales.

Las motivaciones vocacionales hunden sus raíces en la experiencia fundante de la vocación. En la experiencia de la llamada se da el encuentro entre “deseo” y “valor”. Integra el mundo afectivo con el moral. Unifica el ser. La llamada reclama una respuesta. Dios tiñe la libertad del ser humano de una gran responsabilidad. Por dignidad humana no le permite la indiferencia moral.

Al Dios que se revela, el ser humano le debe la obediencia de la fe. Una auténtica vocación, debe llevar a la responsabilidad de la fe, en un compromiso por la propia consagración, las tareas comunitarias y la realización de la misión. Pero, a la vez, al responder a la vocación, el joven necesita sentir que no van a quedar truncados los dinamismos propios de la personalidad, como son, por ejemplo, su mundo afectivo, cognitivo y profesional.

Cuando un joven o una joven piden el ingreso a la Orden, se les exige, entre otros requisitos, madurez psicológica, aptitud, capacidad para vivir en comunidad, libre voluntad de consagrarse a Dios y "rectitud de intención" (Cf. LCO 155). Es lo mismo que autenticidad en las motivaciones e idoneidad para responder a la gracia. Ambos elementos están ínitamente trabados en el discernimiento vocacional.

La primera tarea y principal, como formadores, es verificar el hecho evidente de la llamada. La iniciativa divina es el fundamento en que se apoya todo lo demás (Jn 15,16). Esto se clarifica en el contexto de la fe vivida por el candidato. El formador realiza en este campo, en nombre de la Iglesia, un trabajo de clarificación espiritual (discernimiento espiritual) y confirma al candidato en la certeza moral de la presencia de los signos claros de la llamada. Pero al mismo tiempo, debe acompañar este discernimiento clarificando y potenciando las condiciones humanas del candidato para una vida consagrada. La gracia supone la naturaleza.

Los signos de la elección divina se manifiestan a través de una intensa vida espiritual, nutrida de oración, de un claro espíritu de servicio, de una inequívoca ansia de identificación plena con Cristo y de que se conozca su liberación... Signos de una fe responsable y adulta. Estos signos constituyen el requisito básico de una auténtica vocación. Con el formando habrá que ir trabajando gradualmente las "raíces religiosas" de su historia personal: Primeras experiencias de encuentro con Dios, formación religiosa que ha recibido en la familia, imágenes de Dios internalizadas, crisis de fe... para llegar al momento en que la experiencia fundante de la fe despertó su vocación.

En el proceso de clarificación vocacional, debemos distinguir siempre de forma cuidadosa las "mediaciones" que Dios se vale para el despertar vocacional e iniciar el interés por la vida consagrada, de las "motivaciones" que dan sentido y sobre las que hay que fundamentar la vida consagrada. Las mediaciones despiertan, concretizan y sitúan la vocación. No hay un método concreto y limitado de mediación. Sí hay unas claras mediaciones humanas. Desde las internas, como la conciencia moral y la conciencia religiosa; a las externas, como los pobres, el grupo juvenil, un retiro, un curso, un folleto... Dios se sirve de mil recursos para hacer escuchar su voz. Estas mediaciones tienen una función transitoria que termina cuando la persona tomó conciencia de su verdadera motivación.

Las motivaciones subjetivas son sin duda el punto más difícil, pero también clave, en el proceso de clarificación vocacional. Para lograrlo debemos introducir elementos humanos que nos indiquen hasta dónde es libre (madura) una persona en sus decisiones y accionar diarios. Un buen acompañamiento

requiere un trabajo integrado de la teología con las ciencias humanas. Nos indicará hasta dónde la responsabilidad está internalizada y se personalizó, es decir, si la responsabilidad brota de las motivaciones vocacionales, o por el contrario, es pura “apariencia” en función de agradar a los demás y ser bien visto, para satisfacer necesidades afectivas infantiles. Para clarificar una “auténtica motivación”, los criterios religiosos deben ser completados con criterios psicológicos.

Para comprobar la autenticidad humano-evangélica de una vocación, no basta con que el joven manifieste adhesión a valores religiosos, a ideales evangélicos y muestre una vida de oración plena, incluso tenga gestos de compromiso por los demás, sino que debemos “desenmascarar” qué hay “detrás” de sus verdaderas motivaciones vocacionales. Hay que llegar a las motivaciones últimas, a la raíz de donde brota el comportamiento humano y se toman las opciones fundamentales: las necesidades del mundo afectivo y sexual, de autorrealización, de promoción humana, etc.

Las razones que puede llegar a tener una persona para querer ser dominico o dominica, pueden ser muy diversas y variadas:

- Motivaciones insuficientes e imperfectas: Por un determinado trabajo pastoral; por un deseo de mayor santidad; para vivir una vida de mayor silencio, recogimiento y “huida” del mundo...
- Motivaciones incorrectas e inapropiadas: por que me gusta el hábito, para vivir en comunidad...; por interés, utilidad y conveniencia (poder estudiar, promocionarme, viajar, conocer mundo...); por un fracaso emocional y afectivo; por expiar un pecado propio o ajeno; por una promesa que hice en una situación difícil...
- Motivaciones correctas y auténticas: Por Dios, Jesús, el Evangelio, el Reino... Es decir, para consagrarse más plenamente a Dios, siguiendo a Jesús en pobreza, castidad y obediencia, junto con unos hermanos/as, para implantar la voluntad de Dios en el mundo: el Reino.

Detrás de toda vocación hay motivos inconscientes inaceptables que deben ser clarificados, por cuanto condicionan la recta intención y el modo de asumir responsabilidades dentro de la vida consagrada. No es raro encontrar jóvenes que presentan motivos válidos, pero esconden en el fondo otros inaceptables. Por ejemplo, se habla de servir al prójimo, pero en realidad lo que busca es que lo estimen, admiren, etc.; afirma que busca una vida independiente y de entrega, pero en realidad busca satisfacer necesidades de dependencia y protección. O se maneja desde la fuga defensiva, cuando: se anhela la seguridad de la obediencia ante las dificultades o las responsabilidades; se busca refugio en el celibato o en la comunidad ante el miedo al sexo, al matrimonio o a la soledad; o cuando se busca la opción vocacional como expiación de los propios pecados o de una persona querida, y se hace ansiosamente, con un ascetismo austero e intransigente con los demás.

Esto no significa que no tenga vocación para la vida religiosa. Simplemente indica que las motivaciones deben ser “purificadas”. Y las motivaciones se purifican cuando las contrastamos con el “yo real”. Ahora bien, el objetivo de la formación no es tanto facilitar un proceso de “autoperfeccionamiento”, sino ayudar al formando a que madure integralmente como persona para poder responder a su vocación. Al trabajar los procesos de personalización, se ponen en ejercicio los dinamismos humanos que le permitirán adquirir una identidad religioso-carismática concreta. La vocación implica crecer en los valores evangélicos de la entrega y renuncia por los hermanos y por el Reino. Una vida en corresponsabilidad.

No ignoramos que las motivaciones religiosas están supeditadas a los dinamismos humanos de la gradualidad y el cambio. Ajustadas también a los “ciclos vitales”. Es esperable que a lo largo de los años las motivaciones sufran una transformación, se prioricen unas sobre otras, aparezcan nuevas... Obliga a resignificación. Pero siempre debe permanecer como fondo vital la experiencia fundante de la llamada, la relación interpersonal con Dios que sustenta y da sentido a la vocación. Más aún, se espera que haya llegado a vincular el ser a la Orden, con la vida y misión de los hermanos/as con los que se comparte un mismo carisma y vocación.

Para una libertad responsable, las motivaciones vocacionales deberían estar arraigadas en el vínculo profundo con Dios - que se sustenta en la experiencia fundante de la fe (vocación)- y en los sentimientos de referencia y pertenencia a la vida y misión de la Orden - en los que uno siente vinculado el ser- .

La vocación como experiencia fundante

Cuando aparece en el horizonte de realización la experiencia vocacional del encuentro interpersonal del joven con Dios, la experiencia de la llamada permite al joven buscar los parámetros de su identidad en Jesús y el Reino, tal como son encarnados en el carisma dominicano. La “experiencia fundante” corresponde al primer viraje cualitativo en el planteamiento global de la vida (“opción fundamental”). No hay que confundirla con la “segunda conversión” o las experiencias místicas propias de la madurez espiritual. Es la experiencia inicial que gradualmente se convierte en “experiencia configuradora”.

La experiencia fundante es la que da la identidad creyente, si bien en el caso de los religiosos/as se identifica con la experiencia vocacional (identidad carismática), ya que normalmente se dan a la vez, por cuanto han sido vividas simultáneamente, en un proceso de búsqueda de identidad personal y de proyecto de vida. Es la que posibilita fundamentar conscientemente la vida en la fe. Fruto de haber experimentado que Dios es el fundamento y sentido de mi vida, del encuentro con el Amor Personal Absoluto, de saberse a “Quien perteneces”.

La experiencia fundante, en cuanto experiencia determinante de la personalización, pertenece al misterio inobjetivable del encuentro entre Dios y

el hombre, la gracia y la libertad. La iniciativa parte de Dios (es don y gracia) que se hace el encontradizo en un momento de crisis y desorientación en la que el joven busca definir el futuro de su vida (e identidad). Dios entra en comunicación con él, se establece una relación interpersonal de diálogo-escucha y autoclarificación, a la vez que se va gestando un vínculo afectivo profundo de amor (Alianza). La vida empieza a ser compartida en los estratos más profundos del ser. El “agraciado” se siente auténtico, él mismo, libre y corresponsable de esta experiencia. Pero a la vez “se sabe” en las manos de Dios.

La experiencia fundante desencadena la obediencia de la fe, como una forma de vivir y ejercer la libertad como dominicos y dominicas:

- Está en la base de la consagración religiosa. La experiencia fundante hace tomar conciencia al formando de que él es el primer responsable de su vida y vocación (Cf. LCO 156). Le exige una obediencia activa, dinámica, emprendedora y responsable en el seguimiento de Jesús. Le lleva a consagrarse a buscar la voluntad salvífica de Dios en su vida y a convertirla en proyecto de vida. La voluntad de Dios, manifestada en Cristo, se transforma en la fuente de sentido y poder de libertad.

- Exige una libertad vivida en corresponsabilidad con los hermanos/as de la comunidad y de la provincia. Dios no nos llama a buscar su voluntad de una manera aislada y solitaria, sino en comunión con aquellos/as que Él también llamó y que formamos una misma familia religiosa. Más que la vocación lo que existe es una “convocación”, en la que nadie puede ser indiferente a los demás y a las responsabilidades comunes. Una corresponsabilidad desde funciones y servicios distintos, pero integrados, donde las mediaciones del prior, la comunidad, los proyectos comunes... están integradas. Una auténtica experiencia fundante refuerza los vínculos de referencia y pertenencia a la Orden, la provincia, la comunidad...

- Exige un compromiso por el Reino. La obediencia que brota de la fe exige compromiso por implantar la voluntad de Dios en el mundo, el Reino. La finalidad última de la experiencia fundante, es hacernos corresponsables de la predicación de la Palabra, del anuncio de la Buena Nueva, del compromiso con los pobres, de los proyectos pastorales de la provincia. No se puede separar el momento misional del momento espiritual. Encuentro con Dios y encuentro con los hombres y mujeres, donde se revela la voluntad de Dios. Pasión por Cristo y pasión por la humanidad, mística y profecía. Una auténtica experiencia de Dios jamás puede dar la espalda a la realidad. Nos debe comprometer hasta el final.

En suma, la experiencia fundante al darnos la identidad como dominicos y dominicas, nos introduce en un proceso de configuración con Cristo, reactualizando en nosotros la misma experiencia fundante de Domingo, de la que brota su compromiso por la predicación del Evangelio. Nos conduce a vivir la radicalidad de la fe, la vinculación profunda con los hermanos/as de comunidad, la provincia y la Orden, la corresponsabilidad en la entrega

comunitaria y por el Reino. A ella habrá que recurrir en los momentos de crisis y dificultad como fondo motivacional que dinamiza la vida y vocación.

Para una espiritualidad de la corresponsabilidad

El formando debe ir logrando a lo largo de todo el proceso formativo una “síntesis integrativa”, entre las diversas dimensiones y experiencias de su vida. Para ello necesita un “eje” que se lo posibilite: la experiencia de Dios vivida como contemplación. Afirma el Capítulo General de Providence: “La contemplación de un Dios Trino y del Verbo Encarnado, tiene el efecto de integrar los diferentes y aparentes elementos dispares de nuestra vida y por lo tanto de la persona humana. La oración y el estudio, el apostolado y la comunidad, la observancia y la dispensa, forman parte de una vocación única, pluriforme y unificada” (Actas nº 353).

Dicha “síntesis integrativa”, como contemplación dominicana, supone haber personalizado un proyecto coherente de vida: obrar desde un centro personal; leer los acontecimientos tristes y positivos de la vida con los ojos interiores de la fe, encontrar una unidad de sentido a todo lo vivido, desde la infancia hasta ahora y experimentarlo como historia de salvación; tener equilibrado el corazón y la cabeza, la afectividad y la razón; haber elaborado personalmente una cosmovisión, no aprendida en los libros, sino fruto de las grandes experiencias y decisiones de la vida...

Pero la contemplación dominicana no sólo tiene una función integrativa, sino que además debe motivar todo un proceso de santificación desde la autosuperación, la entrega, la misericordia y la compasión por los demás, en síntesis, incentivar la corresponsabilidad en la esfera personal, comunitaria y pastoral.^{ftn16} Lo podríamos sintetizar en los siguientes rasgos de lo que llamamos una “espiritualidad de la corresponsabilidad”:

a) Autonomía y autenticidad: Libertad y gracia

La espiritualidad dominicana, ha ejemplo de Santo Domingo, ha sido calificada de contemplación libre, flexible y abierta^{ftn17}. Apela a una autonomía y autenticidad, como las dos actitudes humanas básicas que posibilitan, no sólo la madurez humana, sino además la relación profunda con Dios. Para que a experiencia teologal adquiriera predominio en el joven hice falta que éste haga una “desapropiación del yo” bajo la iniciativa del Amor Absoluto, revelado en Jesús y actuado por el Espíritu Santo. Es decir, la persona tiene que “trascenderse”. Ir más allá de sus necesidades y deseos. Descubrir que su verdadera realización está “más allá de sí mismo”, en Dios, pero sin olvidarse de sí mismo, de lo que uno es y siente.

Esta nueva libertad del Espíritu significa, en primer lugar, que la persona va a vivir guiada “desde adentro” por el Espíritu, y no guiada “desde afuera” por la Ley. Esta es la verdadera autonomía: la que se fundamenta en la Alianza de Amor. Es fruto de un don. Es gracia (iniciativa de Dios). Pero a la vez, es respuesta libre (responsabilidad del hombre). Es autonomía referenciada y responsable.

El religioso debe aprender a “vivir de adentro afuera”. Una persona es auténtica cuando busca vivir no de instancias de fuera (para quedar bien, el qué dirán) o proyecciones (según lo que otro desea), sino siendo fiel a sí mismo y a Dios. Descubre la fe como una experiencia liberadora.

De ahí que sea importante entender la vida como historia de salvación. Dios salva “desde dentro” de nuestros dinamismos humanos, en el respeto de las condiciones normales de la existencia finita (es el ejemplo de todos los personajes bíblicos). Hay que leer la propia historia en clave de salvación. Pero a la vez, Dios salva “desde fuera”, por eso el hombre experimenta su propia historia como si no dispusiera de ella, abierto a la Palabra de Dios que ilumina, a la promesa de Dios que desborda, al amor de Dios que transforma, al reinado de Dios que resucita a los muertos...

En síntesis, la autenticidad imprime un talante teologal al proceso de personalización cuando no renuncia a la autonomía ni al carácter trascendente de su realización. A través de todo este proceso, es la Gracia quien hace de hilo conductor y permite no confundir la personalización con la autoposesión. Por el contrario, le presenta a la persona la Vida Trinitaria y el Misterio Pascual como horizonte de realización, la voluntad de Dios.

b) Autoconocimiento e integración de lo real:

La espiritualidad no se centra en lo “espiritual”, sino en el seguimiento de Jesús como acción del Espíritu en la historia, según la voluntad del Padre, que es el Reino. Su dinámica es la de las Bienaventuranzas, eje vertebrador de la experiencia interior (ser pobres de espíritu) y exterior (optar por los pobres).

Para que la experiencia de lo trascendente sea verdadera, ha de incorporar la realidad. La contemplación no puede hacernos cerrar los ojos ante nuestra realidad personal y la del mundo que nos rodea, especialmente de los pobres y cuantos sufren. Ser hombre o mujer “espiritual” es tener capacidad para percibir la realidad misma, en sus dinamismos y procesos, tanto en el plano individual como social, como dinámica del Reino. La auténtica espiritualidad implica recuperar la verdad de mí mismo y del mundo. Un autoconocimiento real comienza cuando uno se pregunta ¿qué hay detrás? y se descubre el “yo real” para empezar todo un proceso liberador.

La espiritualidad debe llevarnos a “desenmascarar” la verdad de nosotros mismos. Tenemos que preguntarnos, no tanto acerca de nuestras ideas, sino acerca de nuestros sentimientos e intenciones más escondidas. Conocer cómo realmente somos, pensamos y sentimos y aceptarnos como somos. Debemos encontrarnos con nuestra verdad (hechos dolorosos de la infancia, impulsos que no puedo manejar, complejos que me hacen sufrir, miedos, dependencias, irresponsabilidades, egoísmos...). Más aún, debemos tomar conciencia de las expectativas de los demás sobre nosotros mismos, de nuestras propias proyecciones sobre los demás, los deseos íntimos inconscientes de lo que nos gustaría ser y creemos ser... Todo cuanto configura la autoimagen.

Es importante porque nos comportamos con los demás y nos presentamos ante ellos según el concepto que tenemos de nosotros mismos. El autoconocimiento me obliga a clarificar la autoimagen. La propia estima y la propia imagen condicionan nuestras vidas. Decía San Agustín: “Nada puede ser redimido, si primero no es asumido”. La personalización de la fe sólo se entiende cuando conlleva la transformación de la persona, a la conversión. Por eso implica asumir la condición humana y purificar aspectos personales que se infiltran en la espiritualidad:

- Romper la imagen infantil de Dios ligada a nuestros deseos imaginarios, sin conflictos (evitar espiritualismos gratificantes).
- La experiencia de que el camino del Reino no responde a nuestras expectativas y deseos (superar la crisis de autoimagen).
- El encuentro con la densidad del mal y del sufrimiento en todas sus formas.
- Las contradicciones insalvables de la condición humana que ponen al descubierto nuestra condición de pecadores.

Quien posibilita introducir la condición humana en el proceso de personalización es la crisis: La “crisis de decepción” y la “crisis de autoimagen”. Esto hace que la persona no huya de lo real y se vea obligada a enfrentarlo. Es especialmente duro para los “idealistas”. Los/as formandos/as lo vivencian especialmente cuando se sienten desbordados por la realidad de sí mismos/as, al experimentar el desfase entre lo que se imaginaron y encontraron en la vida comunitaria y religiosa, por las resistencias de la gente en el campo pastoral... Cuando se confundió proyecto personal con proyecto del Reino, voluntad personal con voluntad de Dios. Cuando la vida se armaba sobre las defensas.

La crisis invita a la persona a recuperar la auténtica experiencia de Dios. Le obliga a la maduración humana y espiritual. Ha reencontrarse con sus verdaderas motivaciones vocacionales. La humildad es la base de toda experiencia espiritual. Es aceptarme como soy, para no quedarme en lo que soy. Es hacer lectura de la realidad desde la historia de salvación. La crisis le obliga a resituar el “ideal” dentro de lo “real”. Tiene que considerar los dos polos de la existencia. Así, el ideal aparece como meta, como utopía a alcanzar. Pero obliga a la persona a realizarlo en su vida cotidiana, a confrontarlo con sus limitaciones, a respetar el tiempo, es decir, a ser humilde para no bloquear el proceso de crecimiento espiritual.

Al mismo tiempo, le obliga a fundamentar su existencia en la fe, esperanza y caridad. A ser consciente de que en el fondo toda transformación y cambio profundos, implica aceptarlos como gracia y don, como obra del Espíritu en uno. Se inicia en la experiencia de ser amado incondicionalmente por Dios. Un Dios ante el cual no necesito defenderme. A Él puedo expresarle mis fondos más oscuros, con la seguridad de que no seré censurado, juzgado, recriminado, rechazado... Experiencia de “justificación por la fe”. Redención y liberación.

c) De la experiencia de “importar” para Alguien, a amar a Dios por sí mismo:

El amor toma consistencia en nosotros cuando sentimos que “importamos” para alguien. Que alguien nos ama total e incondicionalmente. La espiritualidad debe llevarnos a establecer un vínculo afectivo-teologal con Dios, a ejemplo de Domingo que toda su vida se fundamentaba en el amor a Dios y al prójimo. Este vínculo es quien motiva interiormente el proceso de crecer en corresponsabilidad. Esto se constata cuando experimento interiormente que Dios me interesa más allá de la gratificación inmediata, cuando Dios polariza mis energías vitales en su conjunto, cuando le busco con constancia, a pesar de todo. Esta espiritualidad que “descoloca la libertad” sólo puede construirse cuando hay una historia de relación y, por tanto, cuando Dios en persona me importa como proyecto y sentido de mi vida.

El amor es regalo de Dios, porque él nos ha amado primero (1Jn 4,7-21). Y al hacerlo nos ha hecho capaces de amar, en respuesta a su amor. Lo primero no es tanto el hacer algo a partir de nosotros mismos, sino más bien el hacer espacio al amor de Dios para que se despliegue plenamente en nosotros. Experimentarnos vitalmente amados, acogidos, perdonados por Dios, es lo que hace posible nuestra respuesta de amor al otro, a no excluir a nadie del ámbito de nuestro amor, a darle un sentido a nuestra entrega, a tener el coraje para perdonar. Sólo el que ama vive de verdad.

Hay que superar encontrar a Dios como “horizonte de sentido” y llegar a “amar a Dios por sí mismo”. En el proceso teologal del amor a Dios, no basta con que Dios se constituya en “horizonte de sentido” para el formando (encontró un ideal de vida). Como si todo se limitara a integrar sus distintas dimensiones, encontrando un sentido último en lo que hace. No deja de ser utilitarista este amor, o interesado, para dar “sentido a la finitud” humana. Hay que dar un paso más y “amar a Dios por sí mismo”. La fe reclama relación interpersonal.

El autoconocimiento y la fe como “horizonte de sentido” (como ideales de vida) no son suficientes. No es raro encontrar formandos/as que se consideran adultos/as porque han logrado integrar la experiencia religiosa y su autonomía humana, la fe y la autorrealización. En realidad no están convertidos a Dios, sino a sí mismos. Alcanzaron la autorrealización porque su vida tiene un “sentido” (ideal por el que luchar). Todo está en orden racionalmente, pero falta llenar el corazón. Es altamente positivo que no se confunda la voluntad de Dios con la obligación de estar en orden con Él o el miedo a su no aprobación; pero, si no deseamos por encima de todo hacer su voluntad, si no subordinamos nuestros intereses a los suyos, no tenemos en nosotros el amor de Dios.

La experiencia teologal es la que permite que la voluntad de Dios no se confunda con el propio proyecto de vida, justificado desde la fidelidad a sí mismo y desde los valores evangélicos que la fundamentan. Lamentablemente, no todos en la vida consagrada se lanzan a la aventura del amor absoluto. La pretensión de Dios de ser amado fiel, exclusiva y totalizadamente, sigue siendo tan conflictiva como cuando el Deuteronomio formuló sus exigencias

radicales: “Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (Dt 6,4-5). Dios permanece como fondo afectivo, o como horizonte de sentido. Pero se renuncia a lo más propio del amor, a construir desde la consagración una historia de amor con Él.

Amar a Dios por sí mismo, obliga a integrar el conflicto que trae consigo el amor auténtico y sincero dentro de la relación interpersonal con Dios. El Dios revelado en Jesús nos coloca delante de una definición profunda. Ante su mirada, su exigencia, su donación, su amor... nos invita a hacer nuestro su proyecto, sus palabras, su mismo amor. Nos invita a responder, como Pedro, a la pregunta de Jesús: “¿Me quieres más que a estos?” (Jn 21,15), con todo lo que ello trae consigo, dudas, luchas y renunciaciones. No podemos eludir la dramática conflictiva que implica el encuentro interpersonal con Él.

La certeza para saber si mi relación interpersonal con Dios es auténtica y no pura proyección personal, nos lo ofrece la motivación última de mi relación con Dios. Si se busca lo religioso en función de la satisfacción de necesidades elementales, para lograr la armonía interior y superar los conflictos que genera la realidad externa, Dios se convertirá en el seno materno indiferenciado y lo religioso en una técnica de meditación trascendental de talante psicológico (como puede ser el Zen o el yoga). Si nos quedamos en el deseo de la autotranscendencia, Dios se reducirá a una proyección de nuestro mundo imaginario reprimido. La fe es encuentro con el Otro, distinto de mí. ¿Respetamos la alteridad de Dios? ¿Podemos “morir” por Él? ¿“Confiamos” en el Amigo? ¿Nos “fiamos” de su palabra? ¿Dialogamos con Él?. El amor a Dios no deja de ser un amor conflictivo y exigente, como lo es todo amor interpersonal.

d) Capaz de morir por los demás: Integra el conflicto Pascual:

El primado absoluto del amor a Dios es entendido en la Biblia y en Santo Domingo unido a la ética, al amor al prójimo. Nadie puede decir que ama a Dios si odia a su hermano (1Jn 4,20). El prójimo es el lugar ético del amor a Dios, como nos enseña Jesús en la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37). Dios es la fuente del amor teologal, pues si Dios no es amado por sí mismo y en sí mismo, no es Dios. Pero el amor al prójimo es el “test” que autentifica la verdad del amor a Dios. El amor teologal es real y perceptible, pero sólo es objetivable indirectamente, en su mediación: el prójimo.

Un fraile o una hermana que no sea capaz de sacrificarse por Dios y por los demás, está lejos de vivir su contemplación (y la misma consagración) en clave de Misterio Pascual. Si no hay una madurez afectiva y moral de base, no se podrá dar respuesta vital a la pregunta teologal: “¿Merece la pena sacrificarse por Dios?” “¿Y por los hermanos y los pobres?”. Sólo va a poder responder aquel y aquella que hayan “descubierto” a Dios desde su corazón y lo vive desde una fe capaz de amarlo hasta el extremo de “dar la vida por los amigos” (Jn 15; Jn 12; Rom 5; 2Cor 4).

La experiencia teologal no es ajena al conflicto de deseos y expectativas (Lc 24,13-35). El conflicto se genera cuando nuestros intereses más íntimos (afectivos, de autoafirmación, de éxito pastoral, etc.) chocan con el proyecto Pascual de Dios (Mt 26,36-46) manifestado a través de los hermanos, los superiores, la realidad. El conflicto se resuelve en clave de fe, cuando la persona puede encontrar un nuevo sentido y despertar una nueva vivencia, como acción del Espíritu en su interior.

Una auténtica experiencia de Dios es la que puede darle un un sentido teologal a la frustración. No se puede apoyar la fe, la vocación y los compromisos que se asumen en la realización de los deseos personales de éxito, valoración, compensación afectiva, realización del propio proyecto personal o profesional... Si las motivaciones últimas de nuestros actos y la interioridad de la relación con Dios, están configuradas por el deseo de felicidad inmediata y controlable, serán percibidas como mala cualquier frustración. Si por el contrario, la interioridad ha logrado ser teologal, el creyente percibirá el sentido de la frustración desde la fe oscura, más allá de todo saber; desde la esperanza desnuda, más allá de los resultados; desde la obediencia de amor, más allá de toda autorrealización. En síntesis, una fe que no sea capaz de incorporar la realidad finita termina alienándose en un mundo ideal o refugiándose en espiritualismos sensibles.

No podemos fundamentar la espiritualidad en una imagen de Dios amor, felicidad, gratificación inmediata... en la que está excluida cualquier relación con el sacrificio, el sufrimiento, la renuncia por los demás, la decepción y la dureza de la vida. Es una imagen de Dios sin conflicto, sin lo "desagradable". Al hacerlo desvirtuamos lo central del mensaje de Jesús: la entrega y la cruz como algo a asumir en el seguimiento de Jesús (Mc 8,34-35; Mt 10,34-39). Disociamos el amor de la realidad, donde el conflicto y el sufrimiento son normales.

Otros incluso en un afán de una moral sin conflicto, llegan a replantear el tema de la "culpa", el "juicio" y el "pecado" desde coordenadas que quitan toda responsabilidad a la persona. Lo cual, no deja de ser una mecanismo infantil para evitar el cara a cara con Dios, y evitar las consecuencias del desamor en la relación interpersonal con Él y el prójimo. La fe nos invita a reconocer como adultos la culpa, la responsabilidad en la ruptura de la alianza y asumirla como propia. Esto suscita en nosotros la necesidad de reparar el amor herido y de buscar el perdón de Dios.

Al no resolver el conflicto en clave Pascual, la obligación, la responsabilidad, la fidelidad, el morir por el hermano, el sacrificarse por la gente... dejaron de tener sentido para muchos religiosos y religiosas.

La Orden, como experiencia de referencia y pertenencia

La espiritualidad debe llevarnos a una vinculación afectiva con la Orden. El sentido de identidad y el de pertenencia representan los elementos estructurales y constitutivos del yo; como los dos polos que configuran la

fisionomía de un individuo. Toda persona se define a partir de aquello que es y en lo que se reconoce, así como por aquello a lo que pertenece y a lo que se entrega. Clave para evaluar las motivaciones vocacionales.

La identidad personal como dominicos/as se define al identificarse el formando con la persona de Jesús y con el carisma dominicano. De esta identificación se deriva el sentido de pertenencia, que es precisamente el reflejo, en el plano relacional-social, del sentido de identidad. Cuanto más fuerte sea éste, tanto más lo será aquél. Es decir, cuanto más se reconoce uno en el carisma dominicano, tanto más natural e inevitable será la opción de entregarse a él y a los hermanos que comparten el mismo don carismático. Pero sólo logrará estabilizar los sentimientos de referencia y pertenencia a la vida y misión de la Orden, siempre y cuando arme su identidad como consagrado y dominico integrando y no rechazando la realidad de la vida comunitaria y provincial tal cual es.

La pertenencia arranca del primer compromiso de vinculación jurídica a la Orden, pero no se puede quedar en el acto formal, sino que ha de vincular afectivamente el ser con la Orden. La pertenencia refleja la capacidad de generar y despertar vínculos afectivos, de responsabilidad y de compromiso a fondo con la comunidad, la provincia y la misión de la Orden. La decisión de pertenecer a la Orden, debe contar con la consiguiente fundamentación subjetiva. El formar parte de la Orden, sólo se hace plena y efectiva cuando se da una comunión real de vida que abarca todos los ámbitos de la existencia del individuo; de lo contrario, en esa pretendida pertenencia hay algo que es menos auténtico, cuando no sutilmente falso: una especie de ficción jurídica.

Definimos el “sentido de pertenencia”, como la capacidad de sentirse parte de un grupo de personas con las que se comparte la misma raíz, los mismos valores, el idéntico proyecto del Padre, gracias al cual esas personas se convierten en hermanos y ese grupo en la propia familia.

Por eso es tan importante que desde el inicio de la formación cada formando vaya “identificándose”, o dicho en otras palabras, vaya “personalizando” cada aspecto constitutivo del carisma dominicano. Que lo pueda sentir como propio, reconocerse a sí mismo en esa misma historia, figuras, comunidades y proyectos... porque van teniendo para él un sentido y significado especiales. Es así cómo la pertenencia va construyendo progresivamente el sentido de identidad dominicana:

- La historia de la Orden sentida como algo que es y refiere su propia historia vital.
- La comunidad y la Provincia sentida como su propia y nueva familia, cuyos vínculos elegidos son más temáticos y resistentes que los originales, fruto de la carne y la sangre.
- Las Constituciones como la expresión del proyecto que Dios tiene sobre su propia vida; por eso se llama “regla de vida”.
- La tradición dominicana sentida no como una mera serie de costumbres recibidas de los antiguos padres, sino garantía de fidelidad y criterio de lectura para descifrar en el presente la propia misión.

Pero además, es clave que el formando incorpore en su vida que Dios lo llama a seguir a Jesús no aisladamente de los demás, sino en comunión con otros. Lo fundamental de la pertenencia es la convocación. Todos los llamados a la vida consagrada no lo hemos sido individualmente, sino juntamente con otros, es decir, hemos sido “convocados”. Expresión de la dimensión eclesial de la vocación.

Y la consecuencia de esta convocación se traduce en una palabra fuerte: vinculación. Tenemos la tendencia a entender la fidelidad en términos de vinculación personal con el Señor, pero descuidamos la vinculación grupal que es tan esencial como la primera. Dios nos llama no sólo a vincularnos del todo y para siempre con Él, sino también, con cada uno de los hermanos/as de la Provincia y de la Orden, con sus vidas y con la misión común. Ser fieles a nuestra consagración pasa necesariamente por esta vinculación.

En síntesis, los siguientes elementos nos indicarían que el formando incorporó los sentimientos de referencia y pertenencia a la Orden, como parte de sus motivaciones vocacionales de seguir a Jesús como dominico:

- Cuando siente un compromiso afectivo que vincula su existencia con la del resto de los hermanos/as de la provincia o de la comunidad. La pertenencia va más allá del conocimiento y comprensión del carisma. Supone asumir la realidad institucional y sentirla responsablemente como propia.
- Cuando tiene la conciencia de que no se pertenece a sí mismo, sino a Dios y a los hermanos/as. “Todo lo que soy y lo que tengo me lo ha dado Dios y me invita a ponerlo al servicio del Reino en un grupo apostólico con un proyecto determinado, al que me he vinculado total y definitivamente”.
- Cuando la comunidad, la provincia y la Orden se han constituido para él en referentes de toda su actuación. Esta referencia está constituida por unas figuras de autoridad, proyectos comunitarios o pastorales, concretos.
- Por último, cuando la pertenencia le exige convertirse en constructor de la comunidad y de la misión y lo involucra cada día más. “Yo me siento corresponsable de la vida de los hermanos y del proyecto pastoral”. “Los siento como algo mío”.

Para trabajar a nivel personal

- ¿Cómo enfrentamos las crisis vocacionales en los procesos formativos? ¿Cómo repercuten en los formandos?
- ¿Qué “tipo de espiritualidad” presentan nuestros formandos?
- ¿Cómo es el “tipo de vinculación” que hacen con la provincia, la comunidad y la misión?
- ¿Cómo formamos en una libertad responsable? ¿Qué mediaciones utilizamos?

- ¿Qué logros esperamos que alcancen los/las formandos/as en cada una de las etapas formativas? ¿Buscamos una formación personalizada, adaptada a cada situación, edad, etapa y proceso personal? ¿Cómo lo armonizamos con las obligaciones y objetivos comunes?

TEMA II: APORTES PARA LA FORMACIÓN

I. PARA UBICAR EL TEMA

A modo recordatorio

De la Constitución Fundamental: “En virtud de la misma misión de la Orden, son afirmadas y promovidas de modo singular la responsabilidad y la gracia personal de los frailes. Cada uno, después de terminada la formación, es

considerado como hombre maduro, puesto que enseña a otro hombre y asume múltiples funciones en la Orden. Por igual razón la orden quiere que sus propias leyes no obliguen a culpa, para que los frailes las reciban sabiamente, “no como esclavos bajo la ley, sino como hombres libres bajo la gracia” (LCO, VI)

La obediencia: “Al principio de la Orden, Santo Domingo pedía a sus frailes que le prometiesen comunidad y obediencia. El mismo se sometía humildemente a las disposiciones y, sobre todo, a las leyes, que con plena deliberación, promulgaba el capítulo general de los frailes. Pero fuera del capítulo general exigía a todos la obediencia voluntaria, con benignidad ciertamente, pero también con firmeza en las cosas que él mismo, gobernando la Orden, ordenaba después de una conveniente deliberación. En verdad, una comunidad para permanecer fiel a su espíritu y a su misión, necesita el principio de unidad que se obtiene por la obediencia” (LCO 17.I)

Formación de los frailes: “La formación debe ir encaminada a que los alumnos sean conducidos a la plenitud de la vida y del apostolado propios de la Orden conforme a lo que se dice en nuestras leyes y también en el plan general de la formación” (LCO 154)

“Para recibir una formación fructuosa, se requiere, por parte del candidato, salud física, madurez psicológica proporcionada a su edad, idoneidad para la vida social, adecuada firmeza en la vida cristiana, aptitud, recta intención y libre voluntad de consagrarse a Dios y a la Iglesia en la vida dominicana” (LCO 155)

“Incumbe al mismo candidato, bajo la dirección de sus maestros y demás formadores, la primera responsabilidad de su propia formación, cooperando libremente con la gracia de la vocación divina” (LCO 156)

La obediencia en la vida consagrada y dominicana

La obediencia es una forma de vivir y ejercer la libertad que nace de la llamada de Dios a seguir a Jesús en la vida religiosa y dominicana^{ftn18}. La libertad me hace tomar conciencia de que yo soy el primer responsable de mi vida y vocación. A través de la obediencia consagrada, el religioso o la religiosa reproduce el diálogo teológico “libertad-gracia” en las distintas instancias de su vida (personal, comunitaria y apostólica).

La obediencia religiosa se concreta en una triple dimensión. Fruto de la llamada/vocación por parte de Dios, el dominico y la dominica:

1º Se consagra a buscar la voluntad salvífica de Dios en su vida y la convierte en proyecto de vida: La obediencia arranca del descubrimiento y aceptación de la voluntad de Dios que se revela en Cristo, como fuente de sentido y poder de libertad para el religioso/a. Así, el creyente se sitúa en la línea de Jesús: el Hijo de Dios, el primero de aquellos que obedecen, el hombre primordial que nos indica que vale la pena aceptar la voluntad del Padre. Movidos por el Espíritu, el dominico/a decide asumir como propia esta voluntad de Dios a ejemplo de Santo Domingo y la transforma en proyecto de vida.

2º No de una manera aislada y solitaria, sino en comunión con sus hermanos/as: Obediencia significa, en segundo lugar, búsqueda y cultivo común de la voluntad de Dios en un contexto de fraternidad y corresponsabilidad comunitaria. Dentro de un diálogo fraterno, animados por alguien que asume la función de superior, los religiosos/as se comprometen a mantenerse unidos/as, buscando en comunión la voluntad de Dios.

3º Con la finalidad de implantar la voluntad de Dios en el mundo: Esa obediencia se concreta, finalmente, en la misión por el Reino, para así cumplirla a favor de los hermanos más necesitados de la tierra. La “predicación y la salvación de las almas” (LCO I) definen el fin último de la consagración y de la vida común.

Un triple compromiso

De las dimensiones que caracterizan la obediencia en la vida consagrada y dominicana se deduce un triple compromiso personal:

1º Madurar en el don de la libertad responsable: Lejos queda entender la obediencia como sumisión y pasividad a la autoridad absoluta del superior y sin posibilidad de iniciativa por parte del súbdito. Por el contrario, colocándose en la debida perspectiva teológica, la obediencia es activa, dinámica, emprendedora, responsable. Es una forma de vivir y ejercer la libertad. Para el dominico/a la obediencia es corresponsabilidad en la búsqueda y ejecución común de la voluntad de Dios. Exigido por su misma forma de gobierno. Sin una adecuado madurez humana, ética y espiritual va a ser imposible vivirla dentro del binomio teológico “libertad-gracia”. La irresponsabilidad y el individualismo se constituirán en los ejes desde los que armará su consagración a Dios.

2º Integrar los sentimientos de referencia y pertenencia: La obediencia exige asumir las “mediaciones” de la voluntad de Dios que nos invita al seguimiento integrándose una familia religiosa. El sentido de pertenencia es la capacidad de sentirse parte de un grupo de personas con las que se comparte la misma raíz, los mismos valores, el idéntico proyecto del Padre, gracias al cual esas personas se convierten en hermanos/as y ese grupo en la propia familia. Es lo que dará fundamento afectivo a la corresponsabilidad dentro de la vida comunitaria y pastoral. Ello permitirá al formando sumarse corresponsablemente a los esfuerzos por el bien común de la comunidad y de

la provincia; estar abierto al diálogo sincero y a la escucha atenta con los superiores y los hermanos de comunidad, con espíritu de disponibilidad y entrega; autoimponerse lo que es correcto, verdadero y bueno aunque los demás no lo hagan o no lo mande la ley...

3º Comprometerse en una misión creativa: Nuestra identidad como consagrados/as no es algo abstracto y desencarnado de la realidad ni se encierra en un ghetto comunitario o eclesial, sino que se abre a la dimensión social históricamente situada. Lleva al compromiso por el otro, por transformar el mundo acorde al proyecto salvador de Dios. La historia y el hermano, especialmente pobre y marginado, interpelan nuestra búsqueda personal y comunitaria de la voluntad de Dios. La Orden es creativa en su misión. Invita a asumir prioridades e ir a las fronteras de la evangelización. Dentro de un trabajo planificado y eficiente. La misión no puede quedar supeditada a que el fraile o la hermana dependan para su perseverancia y presencia apostólica de las compensaciones, gratificaciones, que la gente les colabore, se lo agradezca, no implique sacrificios ni renunciaciones... Donde primen estos sentimientos el Evangelio quedará desplazado.

II. PARA ESTIMULAR LA CORRESPONSABILIDAD

Responsabilidad viene de re y spondere, y expresa la acción recíproca de “comprometerse”. Es la capacidad y la urgencia de “responder” de algo y ante alguien: ante la propia conciencia, ante los otros y, en definitiva, ante Dios. La vocación de Dios, con el don de la gracia que lleva consigo, capacita a la persona para “responder” y la urge por dentro a “responder”, es decir, la hace literalmente “responsable.

En este sentido, la corresponsabilidad es inherente a la consagración. “La obediencia no es para nosotros huír de las responsabilidades, sino estructurar los diferentes modos en los que las compartimos”_ftn19. Una vida compartida, desde una vocación y desde un carisma común a todos, debe regirse por el criterio de corresponsabilidad. Cada uno, desde su puesto y desde el cargo que ocupa, es responsable y, por lo tanto, puede y debe responder de lo encomendado, en comunión y en relación profunda con los demás hermanos, como parte de su consagración a Dios.

A modo de ejemplo, es importante considerar una serie de presupuestos humanos y religiosos que faciliten las condiciones apropiadas para crecer en corresponsabilidad:

a) No olvidar que formamos a personas adultas: Hay que tratar siempre a cada formando/a como a personas adultas, con todo el respeto que se merecen. Ciertamente, no podemos olvidar la condición humana débil y frágil que precisa

de un estímulo permanente para proseguir en el camino arduo de la perfección. Pero cuantas veces tratamos a los formandos/as como “niños/as”, desde una actitud o sobre protectora o anuladora del otro, que nos lleva a querer controlar todo y a todos. Cabe preguntarse como formadores:

- ¿En la práctica el voto de obediencia ha permitido a nuestros hermanos/as desarrollar sus potencialidades, autoafirmarse en las tareas asumidas, lograr mayor disponibilidad para los compromisos pastorales, sentirse responsables últimos de su vida y vocación? ¿O han quedado anclados en una actitud infantil, inmadura, irresponsable, pasiva, sumisa y auto anuladora de su desarrollo humano y espiritual? ¿La obediencia ha sido un medio para crecer en fe y realizarse como personas consagradas? ¿Ha sido activa o pasiva?

- No se puede confundir el sentido de responsabilidad con la “preocupación excesiva”: revela nuestra falta de equilibrio y de madurez. Ahogamos y anulamos a los demás.

b) Reconocer la libertad de cada hermano/a: Para que asuma un protagonismo activo en la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios en su vida. Y debe ser el formador el primero en favorecer esa libertad. La autoridad no debe dar libertad a nadie, sino reconocer la libertad que en cada uno hay, y acrecentarla aún más. Porque cuanto más libre sea, más hijo de Dios será. “Donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad” (2Cor 3,17). Libertad para pensar, opinar y sentir. Lejos de toda uniformidad. Hay que potenciar las cualidades de cada hermano:

- Respetar la libertad de conciencia: “por tanto, déjenles la debida libertad por lo que se refiere al sacramento de la penitencia y a la dirección de conciencia” (PC 14).

- Nadie puede creerse ni pretender ser “intérprete legítima” de la conciencia de sus hermanos, por una responsabilidad mal entendida. Cada hermano es libre en su modo de pensar y sentir y no todos coincidiremos. La conciencia se pregunta no se supone. Somos adultos no niños.

- La libertad exige que la obediencia que presta el religioso no sea fruto del miedo, de la amenaza ni de la coacción. Y no cabe duda de que un formador/a puede tener muchos modos y maneras de coaccionar la libertad, sino de todos, por lo menos de los más débiles.

c) Fomentar la participación El deber y el derecho de participar en la vida y misión de la Orden proviene del carisma común recibido por todos y cada uno. La misma Iglesia ha recordado que “la vida religiosa requiere, por su misma naturaleza -suapte natura- la coparticipación de los religiosos” y por eso “los superiores deben favorecerla” (PC 4; Cf. LCO 17.1). Todas las formas de participación: consulta, información, sugerencia, diálogo, revisión, trabajo en equipo, corresponsabilidad... arrancan de este “don común” que cada uno ha recibido para vivirlo en comunión y en relación fraterna con los demás. Nadie puede desentenderse ni inhibirse de este compromiso vocacional.

- Evidentemente, esta corresponsabilidad no se puede limitar a una participación activa en los actos litúrgicos, en las reuniones y consejos... sino que alude a una manera concreta de vivir como consagrados, es una actitud vital.

- La conciencia y la libertad exigen que la obediencia no sea meramente mecánica, sino que sea activa y responsable. El formador ha de favorecer una obediencia así, sin contentarse con que sus disposiciones vengan ejecutadas sin más.

- Respetar cada individualidad: Hay que fomentar que cada hermano desarrolle sus propias potencialidades, cualidades y talentos.

d) Preparar para la subsidiariedad: Todo gobierno, y especialmente el dominicano, es ejercicio de “responsabilidad compartida” en pro de la vida y misión de la Orden_ftn20. Para Santo Tomás la obediencia para por la subsidiariedad (De Veritate, q.17, a.5). El principio de subsidiariedad, implica y supone una jerarquización de facultades y competencias; y el reconocimiento teórico y práctico de la relativa autonomía que tiene cada persona en el desempeño de su cargo y cada comunidad en el ámbito respectivo de su vida y misión. En la práctica implica:

- Dar autonomía a los demás: Ni los formadores ni los superiores pueden “hacerlo todo” y ni siquiera pretenderlo. Deben “dejar hacer” y promover que los subalternos “hagan” y “actúen” –siempre dentro del ámbito de sus respectivas competencias– con verdadera autonomía. La autoridad que no respeta esta autonomía e interviene innecesariamente, se convierte en autoritaria: Ni “independencia”, ni “absorción”, sino “comunidad” en el gobierno.

- Delimitar bien las “competencias”: En muchas comunidades y casas de formación existe una “confusión de competencias”. No están suficientemente definidos, ni en la teoría ni en la práctica, los límites y el alcance de los diferentes cargos, con sus respectivas tareas. Así, no es extraño que los superiores o formadores invadan el campo de otro, con lo que se generan tensiones y conflictos innecesarios.

- Respetar el ámbito de otro: En principio, ningún superior debería ejercer el derecho de intervenir en el ámbito propio de un subalterno, sea o no formando, mientras éste cumpla responsablemente con su deber. De otro modo, la desautorizaría de hecho y se desautorizaría a sí misma.

e) Manejarse desde la confianza: La libertad y la corresponsabilidad se apoyan en la confianza que debemos tenernos unos a otros. Un formador que se basa en la desconfianza termina siendo un formador autoritario o sobre protector. Hay que creer en los hermanos. Esto nos invita a preguntarnos como formadores:

- ¿Hasta que punto el miedo nos impide confiar en el hermano y nos vuelve personas controladoras de los otros? ¿En las tareas comunitarias, acaparamos

o distribuimos responsabilidades?. Podemos aplicar a la formación la frase de Timothy: “El miedo destruye todo buen gobierno” (Timothy Radcliffe: Libertad y responsabilidad dominicanas. Hacia una espiritualidad del Gobierno, Roma, IDI, nº 353,1997, pág. 144).

- Queremos vocaciones, pero ¿realmente confiamos en los jóvenes, los elegimos para puestos de responsabilidad, o los consideramos siempre como “niños” inexpertos? ¿No es una auto justificación para tapar nuestro afán de control?

f) Comprometerse con el hermano: ¿No nos escudamos en la mutua confianza para desentendernos del hermano? Más allá de que yo pueda confiar en un hermano, no por eso, puede dejar que haga lo que quiera. Como formador, comparto con él la responsabilidad de su vocación, de su felicidad, de su proceso espiritual... De hecho, la vocación de un hermano nos concierne a todos, formador y formando. ¿Luchamos siempre para salvar la vocación de nuestro hermano? ¿Miramos hacia otro lado cuando un hermano está atravesando un período de crisis? ¿Pensamos que el hecho de respetar su intimidad puede justificar nuestra negligencia? ¿Nos asusta oír las dudas que puede confiarnos en un diálogo con nosotros?... (Timothy, Ibíd., pág. 145). Un hermano que no se ha sentido querido difícilmente se hará corresponsable.

g) Ni autoritarismo ni permisividad: El autoritarismo en la formación adquiere distintos rostros: control, atropello, falta de escucha, imposición... La permisividad implica abdicar de la propia responsabilidad y “dejar hacer” a cada uno lo que quiera, plegarse cobardemente a las exigencias de las personas impositivas... o con el ausentismo, porque no se está en comunidad, porque se está sobrecargado de trabajo, porque nunca tiene tiempo para escuchar un formando...

h) Saber ser exigentes: La vida religiosa que presentamos a los jóvenes debe tener “garra”, ha de ser exigente. Formar en la libertad no significa indolencia o comodidad. Un peligro es que terminemos “desclasando” a los jóvenes, muchos de ellos provenientes de hogares humildes. Hay que formarse y vivir con austeridad, lo más cercano a nuestros hermanos pobres con los que compartimos la pastoral.

III. PARA FORMAR EN LA LIBERTAD RESPONSABLE

Formar desde la libertad

Sin duda, las Constituciones reconocen la adultez de los hermanos (cf. LCO, VI) y que la obediencia no es sumisión. Pero en la práctica constatamos todo lo contrario. No faltan ejemplos entre los hermanos jóvenes y no tan jóvenes de

las irresponsabilidades con que se asumen los trabajos encomendados. Nuestras comunidades no están exentas de ciertos infantilismos e inmadureces que repercuten en la marcha general de la misma y en el cumplimiento de la misión.

En la formación no hay que dar nada por supuesto. Ante todo hay que asegurar que los jóvenes formandos tengan un cierto grado de madurez humana, de equilibrio, de capacidad de vivir en libertad (Cf. LCO 155). Sin esa base humana sería inútil todo lo demás. La formación en la libertad supone una mayor selección de candidatos, no poniendo tanto el criterio decisivo en la capacidad intelectual o de estudios, sino más bien en la base humana y cristiana como punto de partida de una educación liberadora.

El gran dilema entre la autonomía y la heteronimia que se debate en el campo social y eclesial, se ha trasladado también a la vida religiosa. Son dos formas de encarar la vida y la fe, y consiguientemente, la formación.

Formar desde la autonomía: Si en el ser humano existe una tensión conflictiva que llega a minar y reducir su libertad, un proyecto formativo a la medida de la persona, y de la persona redimida por Cristo, tendrá que tender a reducir la tensión misma para un crecimiento en libertad. No una libertad cualquiera, sin objetivos ni valores, o incluso contradictoria e ilusoria, sino una libertad que lleve al individuo a trascenderse y ser capaz de asumir responsabilidades en su vida. Que encuentre un fondo motivacional que le invite interiormente a superarse a sí mismo. Se reducirá la tensión y se posibilitará el proceso madurativo acorde a la opción de vida dominicana elegida.

Formar la libertad exige un clima de discernimiento, responsabilidad, creatividad y confianza. Hay que acompañar a los jóvenes para ayudarles a adquirir actitudes y convicciones interiores de acuerdo con los criterios del Evangelio, que aseguren la respuesta voluntaria a los requerimientos del Espíritu. Se busca que asuma el protagonismo de su vida y vocación. El término de la formación se dará cuando haya conseguido el joven espontáneamente, libremente, por convicción personal, por decisión voluntaria la actitud habitual de buscar en todo agrandar al Señor viviendo y trabajando sólo por los intereses del Reino.

El formador se convierte en acompañante, consejero, que ayuda al crecimiento personal del formando. Es sobre todo, un guía espiritual. Se busca es una formación personalizada, que respete los procesos y potencie las cualidades de cada formando.

En la formación en la libertad, el esfuerzo no se pone en la sumisión a las normas y leyes, sino en formar criterios, convicciones y actitudes personales, que den una garantía de fidelidad en situaciones abiertas. Para ello se requiere dar a los formandos la posibilidad de opción, de asumir responsabilidades, de buscar y crear caminos. No se trata de fomentar el libertinaje, sino de ayudar al desarrollo integral de las personas. Y esto exige la integración de la libertad con la responsabilidad.

Formar desde la heteronomía, por el contrario, supone poner todo el empeño en la observancia rigurosa de lo “establecido”. Se confía que las normas rígidas producirán religiosos perfectos, disciplinados, voluntariosos, fieles. Se busca la uniformidad en el modo de vivir. El único espacio de libertad es aceptar voluntariamente lo que prescriben las normas. Se privilegia una vida ordenada y tranquila. Aparentemente es más exitosa, pero a la larga infantiliza. Se les prepara para vivir en “invernadero”, pero no para vivir a la intemperie.

El formador pone toda su confianza en las estructuras, no tanto en las personas, en la sujeción a una organización minuciosa. Se maneja la formación desde “fórmulas prefabricadas” y se “forma en serie”. Pero hoy, este tipo de religioso/a no resistiría el impacto de la realidad en la que tiene que vivir y trabajar. El joven no ha de ser “objeto” de la formación, sino “sujeto” activo, protagonista de la misma.

Al centrar la formación sobre lo externo, se busca el sometimiento a normas y reglas, costumbres y hábitos para liberarse de la inseguridad y soledad producida por el uso de la libertad. Las cosas de formación y las comunidades fortalecen la inmadurez de las personas cuando establecen una estructura rígida y el formando no tiene necesidad de pensar ni de decidir por sí mismo, ni tiene el riesgo de desviarse del recto camino. El camino de la libertad se ha restringido a decir “sí” a lo que se le manda. Se ha suprimido la posibilidad de elegir y de equivocarse y de ser creativo y de asumir la responsabilidad sobre la determinación tomada. Es el camino más cómodo; pero nos se desarrollan las propias capacidades que se van atrofiando por falta de uso. Falta el Espíritu. Y si falta el Espíritu, falta la vida y la libertad (2Cor 3,3-6.17)

El formando: sujeto del proceso formativo

Tenemos que tener en cuenta que hoy en la vida consagrada hemos pasado de un modelo reduccionista de entender la formación, como un simple:

- Aprender contenidos doctrinales: Lo importante es estudiar. Incorporar ideas y conceptos. Lo que se evalúa es el rendimiento intelectual y la idoneidad académica y profesional. Se exige capacidad intelectual.
- Adquirir un rol determinado: Lo importante es asimilar un rol y actuar (reproducir) unas conductas propias del estado religioso. El acento se pone en cumplir estrictamente normas, horarios, leyes: lo establecido. Se exige voluntad y docilidad a la observancia regular.
- Vivir unas prácticas de piedad: Lo importante es que la persona sea piadosa y rece. Se acentúan las prácticas de piedad: Oficio, rosario, novenas, retiros, lecturas espirituales, eucaristía, confesión... Se exige religiosidad.

- Entregarse y comprometerse con la gente: Lo importante es la pastoral, dedicar todo el tiempo, esfuerzos y capacidades a los demás, a la misión, los pobres, los jóvenes, la catequesis... Se exige entrega y generosidad.

A un modelo personalista de acompañar un proceso de configuración con Cristo: Ayudar a que el formando adquiera una identidad religioso-carismática concreta_ftn21. Se trata de que llegue a configurar su identidad personal tomando como modelo de identificación la persona de Cristo y de Santo Domingo, según lo entiende y lo vive el carisma dominicano.

Los aspectos anteriores no quedan anulados, por el contrario, deben integrarse como parte indispensable de las “mediaciones formativas”. Pero el centro de la formación lo debe ocupar la persona del formando, no sólo en cuanto responsable primero de su vocación (Cf. LCO 156), sino además en cuanto sujeto de atención y promoción de todas las cualidades y gracias que Dios le ha dado (Cf. LCO VI, 154 y 155).

La integración a la vida comunitaria y apostólica le ofrecerán la posibilidad de experimentar la vida dominicana y se convertirán para él en “instancias de formación”. Por nuestra parte, como formadores/as, debemos facilitarle, en primer lugar, una dinámica de personalización humana, cristiana y dominicana:

- Que acoja y “descubra” unos valores humanos, religiosos y dominicanos. Acorde al proyecto de vida elegido. Hay que presentárselos y experimentarlos.
- Que los incorpore o “internalice”: Encontrarles un “sentido”, “hacerlos suyos”. Que logre identificarse con ellos y se constituyan en el fondo motivacional.
- Que los concrete en actitudes evangélicas y dominicanas. Ponerse normas de vida que reflejen la “síntesis vital” lograda.

Es la parte constructiva de la formación: Los valores a integrar, el estilo de vida a vivir, los contenidos doctrinales... En síntesis, la identidad religiosa y dominicana a adquirir: “La formación debería realmente darnos un fuerte sentido de identidad dominicana, y enseñarnos nuestra historia y nuestra tradición”_ftn22. Lo elegido vocacionalmente. Ahí el formador y la comunidad tienen mucho que aportar al joven. Los mismos estudios le ayudarán, la pastoral que realiza, las experiencias que descubre... Pero todo quedará en la nada si el formando no pone en ejercicio su “fuerza yoica” y espiritual. Nadie le puede reemplazar en esta tarea. “Ser hermano es mucho más que pertenecer a una comunidad y llevar un hábito. Implica una profunda transformación de mi ser”_ftn23.

Y en segundo lugar, debemos “trabajar la persona” del formando. La formación hoy no puede limitarse a esta parte constructiva. Debe incluir imprescindiblemente una acción educativa. En el sentido de “e-ducere”, de “extraer” del joven lo que tiene dentro, lo que es su verdad, para que se realice al máximo de su capacidad y se libere de todo cuanto se opone a la realización de lo que está llamado a ser. Es un trabajo centrado especialmente en el “yo real”. Va a ser de gran ayuda las ciencias humanas. A ejemplo del icono de Dios-Padre-Creador, que saca del caos de la nada una creación hermosa y ordenada.

Hay que ayudar al joven a que descubra lo que tiene en su corazón, las raíces de determinado modo de sentir y de hacer, las motivaciones de ciertos estados de ánimo, el verdadero significado de algunos deseos, sueños y expectativas. La causa última de sus irresponsabilidades. No basta con decir, por ejemplo, “hoy estoy nervioso, dejadme en paz”. Es preciso esforzarse en comprender de dónde viene este nerviosismo, qué lo ha causado, porqué todo me fastidia... Y descubrir que tal vez estoy nervioso porque no he conseguido una determinada gratificación afectiva o porque no me he sentido centro de atención, etc. Más aún, es importante poder contrastar con él las incoherencias entre los deseos e intenciones que proclama (yo ideal) y cómo se muestra en lo concreto de su vida (yo real). Hasta que no termine la tarea educativa de “desenmascarar” la verdad del “yo real”, no surgirá efecto la tarea formativa propiamente dicha. Tampoco podrá entender lo distante que está del ideal que dice querer realizar. Es un trabajo sobre las “consistencias-inconsistencias” vocacionales a nivel de equipamiento.

Acompañamiento personal: Esta operación de “desenmascaramiento” de la verdad personal sólo puede y debe ser conducida dentro de una relación absolutamente individual entre el formador y el o la joven, no en grupo, porque el grupo no puede garantizar las condiciones de secreto y confidencialidad que son indispensables para este tipo de trabajo. El encuentro interpersonal maestro-formando es la condición indispensable, el instrumento irrenunciable para una auténtica educación. Sólo si contamos con él, puede ser útil la animación en grupo, que por sí misma no puede sustituir al acompañamiento personal. Hay que educar y formar para la vida en grupo, qué duda cabe, pero trabajando con cada uno y no sólo con el grupo.

Criterios para fundamentar la libertad en la corresponsabilidad

El formando al poner en ejercicio su libertad se hace corresponsable de su vocación, asume un rol activo y dinámico, acepta el discipulado con disponibilidad, transparencia y veracidad... Todo en orden a ir logrando una “síntesis vital integrativa” entre lo que uno es y lo que elige ser. Síntesis que tiene como centro la experiencia de Dios que se va convirtiendo progresivamente en el fondo motivacional de toda su vida y accionar.

Se trata de que el proceso formativo se vaya orientando en orden a:

a) Autoconocimiento y no “negación de sí mismo”: Los deseos y aspiraciones que recogen los ideales evangélicos del seguimiento de Jesús, invitan a “aceptarse a sí mismo” y no tanto a “negarse a sí mismo”. Todo carisma y vocación deben llevar a un autoconocimiento, a un descubrimiento del yo escondido con Cristo en Dios que hay en cada uno de nosotros (Cf. Col 3,3). El formando se “superará a sí mismo” en la medida que parta de lo que él es, no negando su realidad por dolorosa y limitada que sea. La gracia supone la naturaleza. Hay que llevarlo a que redescubra progresivamente su propia identidad y lo que está llamado a ser, sintiéndose cada vez más unido a una familia religiosa y a una comunidad de personas con las cuales comparte no

sólo algunos intereses y convicciones, sino sobre todo un proyecto de vida pensado por Dios para el bien de muchos.

b) Autenticidad y no “perfeccionismo”: Clásicamente se entendía la vida consagrada como un camino de “perfección”. La búsqueda de la perfección máxima absorbía todo el itinerario formativo. El formando se debía “amoldar” a un proyecto elaborado racionalmente a base de normas concretas de comportamiento. En el cual, no entraban en consideración las necesidades básicas del individuo que debía por encima de todo dominar y controlar (“morir a sí mismo”). En esto consistía el ideal cristiano y religioso de perfección. Pero no por ello, las fuerzas pulsionales y afectivas dejaban de actuar y conflictuar al religioso que no encontraba el modo de encauzarlas. En ningún momento se le invitaba a tomar el protagonismo de su vida y formación en orden a conocerse y aceptarse, para integrar sus necesidades en el valor trascendente de la experiencia de Dios, lo que le hacía poco libre consigo mismo y con los demás, sobre quienes tendía a proyectar todo lo problemático no resuelto de sí mismo. La dialéctica de base: la contradicción entre su yo ideal y su yo real no se abordaba.

c) Síntesis personal y no “espiritualismos”: El formando debe ir logrando a lo largo de todo el proceso formativo una “síntesis integrativa”. ¿Cómo articular e integrar armoniosamente las diversas dimensiones de su vida: oración, estudio, comunidad, apostolado con su mundo afectivo, de autoafirmación, de compromiso ético y espiritual? Tiene que vérselas con la reorganización de su identidad personal y vocacional. Es necesario que logre armonizar lo dado (estudiar, participar en la comunidad, asumir determinado destino, trabajo, etc.) con lo elegido libremente (amigos, actividades pastorales, empleo del tiempo libre, ciertas opciones, etc.). Para lograrlo es básico:

* Una implicación mayor en la vida y misión diarias: Hay que buscar una implicación cada vez mayor en la vida cotidiana. Vivir con intensidad no es “picotear en muchas cosas”, sino “tirarse de lleno en la piscina”, comprometerse de lleno en la vida comunitaria y en la misión. La implicación con lo real desmonta ilusiones y fantasías sobre mí, los demás y Dios. Y si las cosas no se hacen muy mal, descubro progresivamente al otro, sus límites y sus valores.

* Honestidad con la verdad y proceso: Lograr detectar la crisis, percibirla y, una vez descubierta, dejarla estar sin pretender solucionarla de inmediato. Hay que dar tiempo a la persona, no presionarla, ni sobreprotegerla, ni relativizarle lo que está viviendo (¡Ya le pasará, como a todas nos pasó!). Dejarle vivir sus luchas, incoherencias, retrocesos y avances hasta que se estabilice. Pero hay que abordar las “cuentas pendientes de la historia pasada”, ya sea en el terreno sexual, afectivo, moral, familiar... Resolver espiritual y humanamente los conflictos y dramas. No se pueden postergar los problemas indefinidamente.

* Recuperar la fuerza del ideal purificado: La dificultad estriba en que tal recuperación ha de hacerse, inevitablemente, en otras claves a las aprendidas en el noviciado. El joven debe aprender que el ideal sólo puede vivirse en la

realidad y con lo que ésta da de sí. Será preciso estudiar la realidad explorando sus posibilidades de encarnar el ideal, que llevará consigo, inevitablemente, desmontar unas cosas y purificar otras.

* Fomentar la evolución de las motivación a la vida religiosa: Las motivaciones son dinámicas. Las que fundamentaban el ingreso y la primera profesión, hoy son insuficientes, hay que reencontrar nuevas motivaciones. No hay maduración sin alejamiento de los orígenes (dejando lo "infantil") y sin el contacto contaminante con la realidad, sin la experiencia de los límites y de las decisiones a las que ha conducido la libertad. Sin esta evolución de las motivaciones no se consolida ni define la vocación.

* Impulsar la experiencia fundante: La experiencia que brota de la fe y que tiene en la llamada / vocación su momento fuerte debe convertirse en el motor de toda la vida consagrada. La interiorización es más que reflexionar, es abrir las puertas de la propia interioridad al otro y a Dios, en un espacio de diálogo confiado, profundo y sincero. El conocimiento de Jesús no se consigue sólo con un conocimiento intelectual y teológico, sino que exige mirarlo a Él en su persona y en su modo de relación con la vida. Hay que potenciar un seguimiento al Jesús real, muerto y resucitado. Dejarse guiar por el maestro interior, Cristo, por el misterio de la Pascua. Esto le permitirá al formando procesar el conflicto de las frustraciones que acompañan la vida, descubrir valores, cambiar actitudes... Todo en orden a una síntesis integrativa, en la que se logre la identidad consagrada desde la configuración con Cristo y Domingo.

TEMA III: LA ENTREVISTA PERSONAL

Naturaleza de la entrevista

Es un encuentro interpersonal entre el acompañante y el acompañado en orden a dar y recibir ayuda espiritual. La entrevista es la mediación más importante del acompañamiento personal. Podríamos describirla con las siguientes características:

- Un encuentro interpersonal: Encuentro humano y cordial. Encuentro de comunicación y diálogo. Lo que se comunica y revela, no son cosas, sino el misterio de las personas. Como toda relación humana debe darse en un clima de respeto, libertad y amor.

- Un encuentro interpersonal de ayuda: Donde una persona se confía a otra para ser ayudada en su camino de maduración y crecimiento personal cristiano. Y se confía por su madurez y experiencia para que le brinde ayuda. La relación tiene una base: la madurez e idoneidad del acompañante. Y una finalidad: recibir ayuda en el camino del crecimiento personal.

- Encuentro de ayuda espiritual cristiana: La perspectiva y el enfoque que da sentido a la ayuda es su orientación espiritual cristiana. La relación es vista desde el Espíritu de Dios, que es quien guía y orienta el sentido de la ayuda. En la relación interpersonal se da la presencia de un tercero: El Espíritu Santo. Ambos formador y formando son guiados y orientados por Él. Y ambos caminan a su luz.

No estamos frente a un “encuentro” improvisado. Por el contrario, exige por parte del formador/a:

Preparación: Experiencia, formación espiritual, teológica, moral y psicológica, además de habilidades pedagógicas.

Cierta idoneidad humana y espiritual: Haber alcanzado cierta autonomía afectiva, libertad interior, amplitud de corazón, transparencia y confiabilidad... Estar apasionados por Cristo, abiertos al Misterio, comprometidos con el Reino...

Cómo manejar el “encuadre” en la entrevista

Actualmente el principio donde gira la entrevista de acompañamiento formativo es el “autoproceso”. El centro de interés lo debe ocupar el formando. No podemos anular su protagonismo, sino incentivarlo. De ahí que va a ser fundamental cómo manejamos el “encuadre” en nuestras entrevistas con los formandos.

Podríamos señalar, los siguientes criterios:

1º Ubicarse en el “lugar” del otro, sin “confundirse” con el otro: Supone:

- No manejar la relación desde el “rol de autoridad”: La relación se convertiría en “unidireccional” y “externa”. Hay que evitar anular al otro con nuestras actitudes autoritarias, dirigistas, censuradoras, enjuiciadoras, impositivas y esperar, en consecuencia, un acatamiento y sumisión pasivas por parte del formando/a. Se imponen los propios criterios y voluntad aprovechando el rol de formador/a. Genera personas dependientes e infantiles, o por el contrario, rebeldes e incomprendidas (amargadas). Manejarse desde lo “jurídico” o lo “moral”, termina relegando la caridad en las relaciones interpersonales y anteponiendo la ley a la consideración de las personas.

- No manejarse desde “paternalismos”, acepción de personas o “permisivismos”: Serían actitudes tan negativas como las anteriores, que tampoco facilitan el proceso por parte del formador. Más bien, invita a un autoanálisis por parte del formador/a, trabajar aspectos de su mundo afectivo no integrado del todo. De lo contrario, nuestra fragilidad afectiva romperá permanentemente el “encuadre”.

- Manejarse como un “hermano entre hermanos”: No estamos hablando de confundir la relación y convertirla en una amistad simétrica; menos aún poner distancia afectiva evitando implicarse en la problemática (evitar temas para no complicarse) y no enfrentarlas. Un “encuadre” adecuado significa manejar la relación en la entrevista desde una “vinculación empática”. Por empatía se entiende la capacidad de ponerse en el lugar del otro, sin confundirse con el otro. Sentir lo mismo que el otro, sin identificarse con la carga emocional del otro. La empatía permite “comprender” al otro, a la vez que crea un clima de confianza y seguridad en la relación.

2º La relación debe ser asimétrica. No confundir los roles ni funciones, es básico para no generar falsas expectativas y compromisos mutuos. Esto permite mantener una distancia afectiva adecuada y no dañar al otro. Una relación asimétrica implica:

- Ofrecer una atención personalizada: El formador/a debe dedicar tiempo a cada hermano/a en formación. No basta con tener encuentros comunitarios con los formandos/as, dar clases y atender en “los pasillos” una consulta. Debe estar atento a cómo está cada formador/a y encontrarse regularmente con él, de una forma flexible, pero agendado para que pueda exponer su realidad personal, compartir la vida y la búsqueda de la voluntad de Dios, seguro/a de que será escuchado/a con tiempo y sin prisas. Vincularse es “comprometerse” con el otro.

- No confundir el sujeto de interés: Lo primero que debe evitar el acompañante es hablar de él, convirtiéndose en el centro de los diálogos e intereses. Quien viene a hablar y a ser escuchado es el formador/a que acompañamos.

- Establecer límites, una relación clara y diferenciada en la que ninguna de las dos partes –acompañante y acompañado- viva con la expectativa de que el otro va a cubrir necesidades tuyas encubiertas. Lo cual implica, por parte del acompañado, no generar expectativas y pedir, implícita o explícitamente, al acompañante que asuma roles que no le pertenecen. O la inversa, buscar en el acompañado satisfacer necesidades afectivas no integradas.

- Transparencia y confiabilidad: El formador/a debe ser una persona en quien poder confiar, abrirse y creer. Que sea auténtica, no perfecta. Cuando pedimos a los hermanos/as que acompañamos sinceridad, transparencia, veracidad, comunicación..., los dejamos a la “intemperie”, muy expuestos en su vida personal más íntima. Desvelan su conciencia. No situarnos bien, lo dañaremos. Por eso la persona se cierra en “corazas”, se bloquea y vive protegiéndose tras “máscaras”. Los hermanos no nos quieren perfectos, sino auténticos. No

tenemos por qué saberlo todo. No hay que tener miedo a mostrar nuestra fragilidad e ignorancia, como tampoco a reconocer nuestros errores. Lo que los hermanos esperan de nosotros es que lo acogamos y acompañemos desde “el corazón” y no desde la “ley” o el “deber ser”.

- Tener “ordenada” la propia vida: Para poder intervenir en el vida del otro, sin caer en manipulaciones ni dañarlo, hace falta cierta autonomía afectiva, haber entrado previamente en uno mismo y tener clara conciencia de los propios límites y habilidades. Tener ordenados los afectos, los miedos, las rabias, las impulsividades... Tener integrada la historia vital, la corporeidad, las necesidades y deseos.

3º Con una actitud llena de “respeto”: Considerar la “dignidad” de cada hermano/a que acompañamos. Con una actitud interior donde cuente la persona en sí misma, más allá de todo juicio de valor. No hay condenas ni ironías. Sí “honestidad con la verdad”. No significar justificarle, por el contrario, el acompañante expresa lo que siente y piensa. No le oculta la verdad, pero le deja ser ella misma. Se maneja desde el diálogo y la escucha, es clara y sincera en lo que comparten, marca límites y objetivos. Una actitud llena de “respeto” hacia nuestros hermanos/as en formación implica:

- Que el formando/a tome el protagonismo activo de su propia vida y proceso. Un buen acompañamiento requiere tolerar la libertad del otro. El principio determinante de la conversación es que el hermano/a descubra lo latente por sí misma (tome conciencia), aunque ayudada, y no acepte pasivamente el juicio que viene de la “autoridad”. El respeto implica “confiar” en el otro, permitirle que tome la vida en sus propias manos y sea dueña de sus propias decisiones. Busca incentivar al hermano/a para que se haga responsable de su propia vida y vocación, ilumina, genera confianza e invita a la revisión y al cambio.

- Cuidar los “modos”: cómo se dicen las cosas, con respeto y educación. Nunca humillando. Evitar que los otros paguen nuestro mal humor y cansancio. Cuidando la “calidad de la relación”. Considerando la parte humana que podemos herir. Que la persona se sienta valorada y aceptada.

- Cada formando/a tiene sus tiempos y ritmos: Los procesos humanos son complejos. Para intervenir hay que buscar el momento psicológico más oportuno. Mantener en los diálogos una actitud de apertura para escuchar al hermano/a, ofrecer preguntas abiertas que ayuden a expresarse, reflejos oportunos que ayuden a profundizar. La mediación, además, pide lucidez para descubrir el momento de ofrecer tareas y pautas para la vida y la oración, siempre con finalidad de ayuda, según el momento en el que el formando/a esté. Evitar corregir con exceso o desentenderse. Ambos son negativos.

Cómo manejar los “vínculos” en la entrevista

La vinculación se hace presente a lo largo de todo el acompañamiento formativo, pero toma especial fuerza en la intimidad de la entrevista formativa.

No podemos confundir la vinculación con la relación afectiva dependiente. Para ello, no debemos olvidar que están presentes y actúan en la entrevista de acompañamiento formativo todos los fenómenos que se dan en una relación interpersonal: Con todos los mecanismos conscientes e inconscientes que se juegan entre dos personas, la presencia de los mecanismos de defensa, las resistencias, la transferencia y contratransferencia, etc.. En todo acompañamiento hay que contar de forma lúcida con que aparecerán todos estos fenómenos y que debo manejarlos conscientemente, so peligro de fomentar una relación ambigua o inmadura.

Algunos criterios a considerar:

1º No actuar la transferencia: El acompañamiento implica saber manejar la transferencia. En toda relación de ayuda pueden hacerse presentes vivencias y sentimientos pertenecientes a etapas y relaciones vividas anteriormente por la persona. Se reactiva la “dramática familiar”:

- Para el formado/a el formador/a (autoridad) actúa como una “figura paterna”, lo cual hace que se convierta para él en el objeto ideal: De la identificación (idealización); de la transferencia (rivalidades, rebeldías, dependencias); de los sentimientos de sumisión (obediencia). De ahí que genere también culpa si se le desobedece. Como también ambivalencia en los afectos (amor y odio).

- Emergen demandas infantiles: Detrás de la búsqueda de ayuda en una entrevista puede existir una tendencia a buscar sus soluciones fuera de sí mismo, a depender de alguien que le de seguridad o que le entienda, a esperar que el acompañante le diga qué debe hacer o le quite el dolor y el esfuerzo propio. Especialmente en esta etapa de la vida aparece el deseo de “ser tomada en cuidado por otro”, en este caso por el acompañante, satisfaciendo así la necesidad de cuidados infantiles. Este sentimiento de dependencia se expresa pasando al acompañante la responsabilidad de tomar él las decisiones, que se “encargue” de la dirección del ayudado, o también transfiriendo sentimientos de “interés amistoso” o de “amor erótico”. La emergencia de estas demandas surgen desde una vivencia más consciente del pasado, de una actitud de inseguridad y baja autoestima, desde experiencias de decepción afectiva, desde experiencias frecuentes de pérdidas, desde una posible sensación de soledad... muy frecuentes en estos años de formación.

2º Escuchar la contratransferencia: Estar atento a todos los sentimientos y actitudes que se despiertan en uno, fruto de acompañar a una persona. Analizar qué sentimientos despierta de nuestra propia historia, qué puntos fuertes, débiles, madures e inmadures, saca a relucir la relación. Estar en contacto con los propios sentimientos. Lo que siento y lo que experimento mientras acompaño o fuera de la sesión, es una señal, apunta a algo que merece ser descifrado. Esto quiere decir que no se llega lejos ayudando solamente con la cabeza y no desde la hondura de uno mismo. Los formados/as sacan a relucir nuestras madures e inmadures.

3º Tolerar la frustración con espíritu de gratuidad: Quien acompaña está invitado a desarrollar una tolerancia a la frustración y a estar preparado a experimentar alguna vez miedo, inseguridad, envidia, celos, pena, desconcierto, gozo, satisfacción... ante reacciones de la persona acompañada; esto durante la misma entrevista o fuera de ella, lo cual pide gratuidad en la ayuda, una actitud que evita crear dependencias y reaccionar a la defensiva.

4º Acoger desde lo hondo: Acoger desde lo hondo a la persona acompañada y de tal forma que esta lo note. Se trata de acoger incondicionalmente, sin enjuiciar ni moralizar. Tener amplitud de corazón. La acogida mediatizada permite a la otra persona ser ella misma delante de mí y en mi compañía, lo que resulta ser para ella una experiencia liberadora. El acompañamiento formativo se realiza por la calidad de la relación, por el tipo de vínculo empático y maduro, más que por las palabras que se puedan decir.

5º Ofrecer a la otra persona vínculos consistentes que estimulen a continuar el proceso, especialmente en momentos de especial dificultad. Esta experiencia vincular se logra con la mera presencia atenta y consistente. Lo propio del acompañamiento es la comunicación de lo sentido y vivido por el formando/a. Por eso, las emociones y sentimientos son muy importantes en la entrevista, tanto para ver lo que pasa realmente, como para entender el lenguaje con el que Dios habla y para detectar las resistencias al cambio.

6º Ser uno mismo: Desempeñar roles en el acompañamiento formativo no resulta. Esconderse detrás de un rol aleja a la persona acompañada. Lo que acerca y ayuda es el testimonio honesto. Ser auténtico y coherente – esforzándose conscientemente y con humilde fe- es la tarea.

7º Confiar en las intuiciones y tomarlas en serio: Más que recetas hechas, frases aprendidas o argumentos de autoridad, enriquecerá mucho el trabajo de acompañamiento el dejarse llevar por las propias intuiciones. La intuición surge como don del ser. Hay que tomarlas en serio con sentido común, discernimiento y sentido de fe.

8º Tantear la forma oportuna cómo autorregularse al lado del acompañado. Cuándo aparecer, cuándo desaparecer; empujar o frenar; animar, apretar, acercarse, retirarse. La experiencia es quien enseña este “arte” que ha de ejercerse con sobriedad, serenidad y discreción. Se trata de ser uno mismo al lado del otro.

9º Ofrecer nexos que den coherencia, unidad, significación y perspectiva a todo el proceso. Ayudar a releer el proceso. Así se construye y sana la memoria. Así la mera cotidianidad se descubre como realidad habitada por el Espíritu.

10º Estar abierto: Alimentar la capacidad de asombro y la mirada contemplativa. Banalizar lo que la persona acompañada comparte, daña la relación y oscurece el camino a seguir. Tener la capacidad de autocorregirse uno mismo, no etiquetar la persona, confiar en la capacidad de cambio, en la fuerza del Espíritu.

11º No apropiarse nunca de la experiencia de acompañar: No hay que caer en la trampa de querer (conscientemente o no) apropiarse ni de la persona del formando/a, ni del proceso mismo de acompañamiento. Esto supone un acompañamiento libre, desinteresado, capaz de tomar o soltar opciones, solamente buscando el bien del otro.

12º No olvidar que las personas sólo maduran en libertad: Hay que formar y acompañar a los hermanos en libertad. Ayudar al hermano a adquirir actitudes y convicciones interiores de acuerdo con los criterios del Evangelio, que asuma el protagonismo de su vida y vocación con responsabilidad. Es saber exigir desde la firmeza y la comprensión para que desarrolle todo su potencial dado por Dios y lo ponga al servicio de la misión de la Orden y la vida de la comunidad.

Cómo trabajar la entrevista

En síntesis se trata de un quehacer clarificador. Clarificar tiene mucho que ver con el “ayudar a nacer”, poner palabra y dejar que la palabra –con minúscula y con mayúscula– sea pronunciada y escuchada. Se hace ayudando a los formandos/as a hacerse las preguntas adecuadas, a conectar los sentimientos con la razón, a simbolizar con la palabra la experiencia, aproximándonos, casi sin darnos cuenta, a lo que es la interioridad.

Recursos que ayudan en este quehacer clarificador:

1º Centrarse en un tema: de entre el mucho material que presenta mediante la escucha activa en espejo y el subrayado adecuado y oportuno de ese tema. La clarificación pide de los acompañantes aprender a centrar en cada conversación aquello que verdaderamente afecta, impresiona, inquieta, entristece, alegra, interesa. Se puede hablar de muchas cosas, pero cada encuentro tiene su tema específico. No es sencillo acertar en el núcleo que hacerse material de conversación. Ayuda cuando aprendemos a escuchar con empatía inteligible y comprensiva.

2º Abordar las motivaciones profundas: Las motivaciones son la base de la vida humana y el impulso para la acción. Es decisivo que cada persona conozca lo que realmente le mueve en la vida para poder ver qué hay que purificar e integrar adecuadamente en el conjunto de la personalidad.

Si los valores no se entroncan con los deseos y los potencian, terminan siendo ideología moralizante; y si los intereses vitales no tienen la motivación de los valores pueden terminar en comportamientos egoístas y deshumanizadores. Para lograrlo, la persona habrá de armonizar polaridades (“contrarios”) que al principio parecen irreconciliables.

3º Corregir los “esquemas mentales”: Cada persona a lo largo de su vida ha ido construyendo un esquema mental o un marco de referencia que colorea su

existencia en los diversos niveles de su existencia. Estos marcos de referencia hunden sus raíces en el fenómeno de la cultura e implican muchas afirmaciones, valoraciones, prejuicios, ideas irracionales, etc., que pocas veces tenemos ocasión de examinar. La importancia de estos esquemas en la vida se traduce en su capacidad de facilitar el crecimiento o de dificultarlo. Estos esquemas mentales terminan convirtiéndose en “guiones” que las personas “siguen” durante su vida. Estos guiones pueden ser de carácter triunfador, perdedor, etc. Evangelizar estos escondidos guiones e ideas, estos marcos de referencia, requiere adquirir una clara conciencia de cómo ellos están instalados en nuestra existencia y cómo determinan nuestros comportamientos. El acompañante debe ayudar a desenmascarar responsablemente las distorsiones, discrepancias, juegos y cortinas de humo que la persona usa para esconderse tanto de la “autocomprensión dinámica”, como de los necesarios cambios conductuales que su seguimiento del Señor parecen indicar.

4º Acrecentar el contacto con las “zonas profundas”: El ser humano posee la maravillosa capacidad de imaginar, de re-hacer o hacer el mundo “dentro de sí”. Estas imágenes son la puerta a nuestra realidad interior, son el lenguaje de la interioridad. El trabajo a través de las imágenes es una buena forma de “tomar contacto” con nuestra interioridad, y específicamente con aspectos menos conscientes o con nuestras “sombras”, que pueden convertirse en un medio decisivo para introducir cambios en nuestra vida.

5º No apartarse en todo momento de nuestro papel de “mediación”. Por lo tanto, en la clarificación no cabe interpretar como si lo nuestro fuera la última palabra, tampoco “sermonear”, hablar y hablar con intención de “convencer”, “hacerle ver que...”. Estas son trampas frecuentes que debemos superar. Lejos de clarificar contribuyen a confundir. Lo nuestro es identificar aquello que se le está señalando para contemplar y profundizar.

6º Hacer lectura y contemplación creyente de experiencias vividas suele ser un sencillo recurso que también ayuda mucho a clarificar e interiorizar hasta descubrir la bondad interna y externa que encierra cada realidad. Preguntarse: ¿Qué he vivido en esta situación? ¿Qué he sentido a partir de lo que vivía? ¿Qué significado tiene para mí? ¿Qué descubro como bueno en eso que he vivido? ¿Cómo se me muestra el Señor en esta situación? ¿A qué me empuja y anima? Estas preguntas propician un progresivo cambio de actitud ante la vida.

7º La toma de decisiones: La clarificación también se realiza cuando ayudamos al acompañado a tomar decisiones. La clarificación será más auténticamente espiritual si ponemos al acompañado en situación de decidir a la luz de Dios. No hacerlo por él. Ayudarlo a que defina bien la situación a decidir; a partir de ahí ahondar en las ventajas e inconvenientes que se derivan de decidir una cosa u otra, así como identificar y profundizar en todos los sentimientos que acompañan. El formando/a deberá procesarlo a la luz de la oración. Caer en la cuenta de los sentimientos que se producen en la presencia de Dios.

8º Aporte de información oportuna o sugerencias de contraste del formador/a con alguna otra persona (por ejemplo, el Consejo Local de Formación), según

la situación que el formando/a viva. Hay situaciones que precisan la ayuda de un tercero. Poderlo contrastar con alguien permite ganar objetividad y clarificar la problemática y encontrar vías de solución más acertadas. No formamos aisladamente del resto de los hermanos/as de comunidad o provincia. Recoger sus puntos de vista son importantes.

Cómo preguntar

Forma parte de la técnica de conversación. Se inspira en las teorías de K. Rogers. Se busca ser “espejo” del otro a través de:

1. Preguntas abiertas: Facilitan una relación de confianza. Facilita que el acompañado lleve la iniciativa y se convierta en el centro de la relación. Evita las suspicacias o enjuiciamiento que puede sentir detrás de una pregunta cerrada y directiva. Se pueden hacer preguntas abiertas para que clarifique lo confuso.

2. Alargarle la comunicación (hacer paráfrasis): A partir de lo que nos dice, repetírselo pero prolongando la comunicación, yendo más lejos. Por ejemplo, “esto que me dices que te pasaba con tu padre, quizás te ha ocurrido lo mismo con personas que han significado autoridad”.

3. Carga frontal: Cuando la persona está con mucha ansiedad, se le facilita el desahogo (descarga o catarsis), pero una vez se serenó, se le invita a analizar el sentimiento: “¿Te das cuenta que este tema siempre te pone mal?”. Incluso se le invita a que viva más fuertemente el estado emocional: “Déjate sentir tu propio odio”.

4. Confrontarle: Consiste en hacer ver la disociación entre lo que el acompañado dice y la realidad. Evitar juzgar: “No es verdad, lo que me dices es mentira, buscas engañarme”. Evita que el joven caiga en el autoengaño.

5. Anticiparse: Anticiparle un pensamiento, un hecho, narrado o descubierto anteriormente: “¿No te das cuenta cómo aparece el mismo problema?”. Ayuda a la integración del pasado con el presente, de lo humano con lo espiritual. Por ejemplo, al hablar de sus conflictos con el padre se le puede hacer notar su repercusión en la relación con Dios.

6. Resumirle: Significa que después de una conversación en la que han salido distintos datos, recuerdos, experiencias, se intenta captar el núcleo de la cuestión. Ayuda a la integración y al discernimiento.

Proceso en la entrevista

Sintéticamente podríamos describir el proceso que se sigue en una entrevista, con los siguientes pasos que nos presenta el P. Evelio J. Ferreras:_ftn24

1º Recibir y acoger a la persona:

Este primer momento es muy importante. La persona se va a situar y reaccionar con relación a como se sienta recibida y acogida. La actitud del acompañante ante ella, condiciona su actitud ante el acompañante.

En la acogida intervienen factores externos: lugar, ambientación etc. y factores internos: saludo, interés, gestos de recibimiento, etc.

2º Ver: escuchar-entender-comprender:

Es el primer objetivo. Se trata de escuchar a la persona para poder comprenderla en su situación a fin de que se pueda comprender y aceptar ella misma.

- Escuchar en orden a comprender: Comprender a alguien no es fácil. No se trata solo de entender lo que la persona dice, sino también de comprender la situación que la persona vive a nivel emocional y afectivo

Llegar a esta comprensión implica un largo proceso:

oír--escuchar--entender--comprender empáticamente aceptar en orden a devolver a la persona nuestra comprensión y aceptación personal Este proceso no es posible sino se dan ciertas condiciones:

- Escuchar con interés y sin emitir juicios.
- No interrumpir ni intervenir, mientras el otro tenga algo que decir.
- No tratar de adivinar ni adelantarse a lo que la otra persona pensamos que quiere decir.

La persona no podrá escucharnos hasta que no haya podido expresarse en plenitud. La expresión le va a permitir distensionarse para mejor entenderse y escucharnos.

La interrupción del acompañante no debe darse a no ser que:

- La persona no pueda continuar por confusión mental o emocional.
- La persona necesita una pausa y escucharnos en orden a reestructurar su exposición para seguir hablando.
- La persona necesita ayuda para profundizar y clarificar aspectos de lo expuesto.
- Cuando no hemos entendido bien su exposición.
- Ante preguntas que hace.

- Responder a la persona: En orden a proseguir en la exploración de su situación o a una mayor profundización de la misma. Se trata de no salirse de este primer objetivo o momento, para no crear confusiones con otros planos o niveles. Esta exploración es aconsejable, cuando hay situaciones confusas o no suficientemente profundizadas.

La respuesta puede ser también en orden a brindar a la persona nuestra comprensión de su situación y realidad personal, a fin de ser

confirmados en nuestra visión y llegar a una conformidad en la visión común de su realidad. Las modalidades de respuesta pueden ser diversas:

- De Orden: Decirle lo que debe hacer.
- De Consejo: Se sugiere lo que convendría que hiciera.
- De Evaluación: Se emite un juicio de valor.
- De Apoyo: Se dan ánimos y consuelos.
- De Interpretación: se ofrece la propia visión.
- De Exploración: Se busca más información.
- De Reflejo: Se reformula de otra manera lo expuesto.

3º Responsabilizar, concientizar moralmente:

Es el segundo objetivo, o el segundo momento importante. Una vez que estamos de acuerdo en la comprensión de su realidad se trata de tomar conciencia moral de su situación. Es decir, cual es su responsabilidad personal en la realidad que vive. Cual es la parte que le corresponde a él, cual al Señor, y cual a otras personas. Responsabilidad tanto del pasado como del presente y del futuro.

No se trata de juzgar, ni de acusar ni menos de culpar. Sino de ayudar a que tome conciencia de su ubicación moral-responsable en la situación. De que pueda discernir y juzgar bien de cual es su tarea, función o responsabilidad.

Se trata de una tarea y función importante como es la de formar su conciencia moral, corrigiendo posibles deformaciones que hayan ido adquiriendo a lo largo de su vida:

- Buscando descargar su fustigación o amargura sobre un culpable, que puede ser él y otra persona.
- Aplicar mal, los criterios de valoración moral creando falsos sentimientos de culpabilidad cuando no hay culpa moral.
- Ayudar a distinguir entre limite, debilidad, imperfección, pecado y culpa.
- Confrontarlo con sus posibles incoherencias sin humillarlo, ni ridiculizarlo, ni menos culparlo.
- Ayudarlo a tomar conciencia de donde están las verdaderas causas morales, o no de su situación.
- La educación moral es fundamental en el proceso de acompañamiento. En ella no se trata de ofrecer explicaciones teóricas, sino de ayudar a tomar conciencia donde se dan los fallos de discernimiento moral que ha ido incorporando a lo largo de su vida, y que en él se ha convertido ya una manera de ser y juzgar moralmente. Se han estructurado en su personalidad moral. Y ver la formar de subsanarlos.
- Se trata de ayudarlo a tomar conciencia de la necesidad de cambio en el orden personal y moral. Sin cambio se vuelven a cometer los mismos errores y fallas. Sin revisión y cambio no hay proceso de maduración personal cristiana.
- Es muy importante que la persona pueda llegar a poder situarse bien moralmente, a manejar bien su sentido de responsabilidad y culpa.
- La maduración moral pide también el buen uso de la libertad. Y por otra parte debe también asumir las consecuencias de su mal uso.

4º Cambios y compromisos de futuros:

Es el tercer objetivo y momento de la entrevista. Si no se llega a tomar conciencia de la necesidad de cambio y en consecuencia de la necesidad de asumir nuevas opciones y compromisos consecuencias de estos cambios, no hay proceso de crecimiento. Se seguirá repitiendo la misma historia y dando vueltas alrededor de la misma situación enredado en ella.

En este compromiso de cambio es necesario:

- Ver la parte que corresponde a él, y la que ha de pedir a Dios o a los demás que colaboran con él,
- Asumir un nuevo plan o proyecto de vida o revisar el que ya tiene asumido.
- Señalar los objetivos, criterios tareas y pasos concretos que implica la nueva situación que va a originar las nuevas consecuencias.
- Los obstáculos que conviene remover para que los nuevos propósitos y proyectos sean realistas y eficaces.

La función del acompañante es proponer, sugerir, indicar, o confirmar. La función del acompañante es buscar, encontrar y asumir. Pero por convicción personal y no por otros motivos o intereses. Si él no está convencido de los nuevos planes o propósitos servirán de poco.

5º Finalización de la entrevista:

Antes de concluir la entrevista, conviene una breve evaluación de la misma, sobre todo desde su vivencia personal y afectiva. Es importante que podamos evaluar tres puntos:

- ¿En qué situación afectiva venía y qué expectativas tenía al venir?
- ¿Cómo se ha sentido en y a lo largo de la entrevista, especialmente a nivel afectivo?
- ¿Qué ha significado para él/ella y cómo se va de la entrevista?

La despedida, debe ser cordial y fraterna.

6º Dificultades posibles en la entrevista:

- Por parte del acompañante:
 - Autoritarismo o dirigismo. No asumir el rol de acompañante, sino el de autoridad y protagonista.
 - Impaciencia, no aceptar el ritmo del acompañado.
 - Moralismo: centrarse en la dimensión moral.
 - Quemar etapas en el proceso de la entrevista, y crear confusión y desorientación.
 - Actuar en forma inmadura, no controlando su mundo emocional o su sentido de la responsabilidad y culpabilidad.

- Por parte del acompañado:
 - Miedos, temores, a ser juzgado y no aceptado.
 - Timidez, inseguridad, desvalorización personal.
 - Dificultad en la expresión y comunicación de su situación personal, por no conocerse bien o por no saber expresarse.
 - Rol pasivo y no protagonista en su vida y en la entrevista.
 - Dificultad de relación y encuentro personal con el acompañante.

Fr. Rafael Colomé Angelats OP

BIBLIOGRAFÍA TEMA I

- Timothy Radcliffe. Carta a nuestros frailes y hermanos en formación inicial, Roma, IDI, nº 373, 1999;
- Timothy Radcliffe. La identidad del religioso hoy, en “El manantial de la esperanza”, Edi. San Esteban, 1998, págs. 47-68
- Timothy Radcliffe. Entregados a la misión, Roma, 1994;
- Amedeo Cencini. Los sentimientos del hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada, Edi. Sígueme, Salamanca, 2000;
- Amedeo Cencini. Fraternidad en camino. Hacia la alteridad, Edi. Sal Terrae, Santander, 2000;
- Jesune Arregui. Identidad consagrada en una sociedad laical, en “Frontera Hegian, Vitoria/Gasteiz (29) 2000;
- Benito Goya. Psicología y vida consagrada, Edi. San Pablo, Madrid, 1997, pág. 59-75;
- Felicísimo Martínez Díez. Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética, Edi. San Pablo, Madrid, 1994;
- Me sedujiste, Señor ... Mística y Profecía, en “Testimonio”, Santiago de Chile, (204) Julio-Agosto 2004.
- Unión de Superiores y Superioras Generales. Congreso Internacional sobre Vida Consagrada: Pasión por Cristo, pasión por la humanidad, Roma, noviembre, 2004.
- Javier Garrido. Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Edi. Sal Terrae, Santander, 1996, págs. 19-623;
- Javier Garrido. El conflicto con Dios hoy. Reflexiones pastorales, Edi. Sal Terrae, Santander, 2000, págs. 9-277;
- Eduardo López Azpitarte. El nuevo rostro de la moral, Edi. San Benito, Buenos Aires, 2003, págs. 7-60 y ss.;
- Marciano Vidal. Moral de Actitudes. Tomo I: Moral Fundamental, Edi. Perpetuo Socorro, Madrid, 19906;
- Lawrence Kohlberg. Psicología del desarrollo moral, Edi. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1992 (Una síntesis de la obra nos la ofrece Tony Mifsud. Los diversos estadios del desarrollo moral, en “Desarrollo moral y educación afectiva”, Edi. San Benito, Buenos Aires, 2002, págs. 43-104).
- Jean-Claude Filloux. La personalidad. 25ª Ed., Buenos Aires, Eudeba, 1994;
- Erik H. Erikson. Identidad, juventud y crisis, Edi. Taurus, Madrid, 1980 (E.H. Erikson. Identity. Youth and crisis, W.W. Norton, New York, 1968);

- Erik H. Erikson. Infancia y sociedad, Edi. Lumen-Hormé, Buenos Aires, 1993, págs. 222-247
- León Grinberg y Rebeca Grinberg. Identidad y cambio, Edi. Paidós, Buenos Aires, 1980;
- Laura E. Berk. Desarrollo del niño y del adolescente. Cuarta Edición, Prentice Hall, Madrid, 1999 (L.E.Berk. Child Development. Fourth Edition, Allyn Bacon, 1997);
- J. Bowlby. Attachment and loss: Vol. 1. Attachment, Basic Books, New York, 1969;
- Margaret Mahler. Estudios 2. Separación-individuación, Edi. Paidós, Buenos Aires, 1990 (The Selected Papers of Margaret S. Mahler. Vo. 2. Separation-Individuation, Jason Aronson, New York-London)

BIBLIOGRAFÍA TEMA II

- Timothy Radcliffe. Entregados a la misión, Roma, 1994;
- Timothy Radcliffe. Carta a nuestros frailes y hermanos en formación inicial, Roma, IDI, nº 373, 1999;
- Timothy Radcliffe. Libertad y responsabilidad dominicanas. Hacia una espiritualidad del Gobierno, Roma, IDI, nº 353, 1997;
- Carlos A. Azpiroz Costa. Dominicos, un paisaje interior para tiempos democráticos, Asamblea CIDALC, Santiago de Chile, 2 febrero 2004 (Manuscrito);
- Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Orientaciones sobre la Formación en los Institutos Religiosos, Roma, 1990;
- Amedeo Cencini. Vida consagrada. Itinerario formativo, Edi. San Pablo, Madrid, 1994, págs. 11-54 y 115-156;
- Xavier Pikaza. Tratado de Vida Religiosa. Consagración, Comunión, Misión, Edi. Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990, págs. 223-309;
- Javier Garrido. Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Edi. Sal Terrae, Santander, 1996.
- Felicísimo Martínez OP. Situación actual y desafíos de la vida religiosa, en "Frontera Hegian", Gasteiz/Vitoria, (44) 2004, págs. 7-99.
- Carlos Palmes. Formación en libertad para la libertad, en "Testimonio", Santiago de Chile, (105-106) Enero-Abril 1998, págs. 62-76;
- AA.VV. Se les unió en el camino. Acompañamiento espiritual, en "Testimonio", Santiago de Chile, (Número extraordinario 197-198) Mayo-Agosto 2003;
- Consuelo Junquera. Niveles de madurez en la obediencia consagrada, en "Vida Religiosa", Madrid, Cuaderno 6/vol. 94 (noviembre-diciembre 2003), págs. 11-21;

BIBLIOGRAFÍA TEMA III

- P. Evelio José Ferreras, OP. El acompañamiento personal, Editado por el Centro de Estudios Santo Tomás de Aquino, Buenos Aires, 2002,
- AA VV: Se les unió en el camino. Acompañamiento espiritual, en "Testimonio", Santiago de Chile, (Número extraordinario 197-198), Mayo-Agosto 2003. Especialmente: Lola Arrieta. Acompañar en la vida cotidiana. Cómo entender y realizar el acompañamiento desde una perspectiva integral, págs. 51-64; Eddi Mercieca. Relación acompañante-acompañado: Actitudes de ambos como auténticos sujetos de la relación, págs. 65-74; Mercedes Navarro Puerto. Acompañamiento adulto compartido. Una perspectiva psicológica y bíblica, págs. 81-86.
- Javier Garrido. Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Edi. Sal Terrae, Santander, 1996, págs. 486-564;
- Javier Garrido. Discernimiento y Acompañamiento, Apuntes del Instituto Teológico de Vida Religiosa Vitoria-Gasteiz.

ENCUENTRO FORMADORES Y FORMADORAS CIDALC

LIMA (PERÚ)
20-30 JULIO 2005

FORMACIÓN PARA LA CORRESPONSABILIDAD CREATIVA

PRESUPUESTOS A NIVEL DE LA PERSONA HUMANA

- (I) MADUREZ HUMANA, MORAL Y ESPIRITUAL
- (II) APORTES PARA LA FORMACIÓN
- (III) LA ENTREVISTA FORMATIVA

Fr. Rafael Colomé Angelats OP

Convento San José
Avda. Directorio, 440
C1424CIR Buenos Aires

(Argentina)

TEMA I: MADUREZ HUMANA, MORAL Y ESPIRITUAL

I. DESAFÍOS A LA CORRESPONSABILIDAD

Cambio de paradigmas culturales y familiares

La realidad que nos envuelve plantea una serie de desafíos a la formación en la corresponsabilidad. Los jóvenes que hoy ingresan a la Orden son hijos e hijas de una época y cultura determinadas. Sin pretender homogeneizar, ante la diversidad cultural de América Latina y el Caribe, si que podemos señalar a modo indicativo unos cuantos ejemplos de los cambios sociales y culturales que podrían estar incidiendo hoy en la manera de asumir la corresponsabilidad dentro de la vida consagrada y dominicana:

- Secularización: Como parte de ese fenómeno que llamamos “globalización”, en países predominantemente católicos estamos asistiendo a una creciente emancipación de Dios en los ámbitos públicos. Lo laico ocupa la esfera social, política y educativa. Estamos delante de un replanteamiento de lo religioso que tiene sus aspectos positivos y negativos. Hoy la culpa y el pecado son vivenciados de otra manera por los creyentes. Se presentan ciertas “imágenes de Dios” carentes de compromiso. Encontramos un pluralismo de ofertas creyentes, desde intimistas y tradicionales, a más comprometidas y en diálogo con la modernidad. La familia va perdiendo protagonismo en la transmisión de la fe y la moral. Pobre y confusa formación cristiana. Ascesis, sacrificio, cruz... son términos en desuso, incluso en nuestros conventos. La moral y la espiritualidad como fuerzas estructurantes de la personalidad están en crisis.

- Neoliberalismo: Unido al secularismo, en el plano más social y económico, se han ido imponiendo criterios y estilos de vida “neoliberales”, un uso indiscriminado de la libertad, escasas o nulas referencias a lo social... No es fácil tener autonomía suficiente para ser lo que somos en medio de la uniformidad envolvente. El consumismo, el individualismo, el exitismo, el profesionalismo, lo provisorio sin compromisos definitivos... invaden la sociedad y la vida religiosa. No pocas veces hemos caído en la tentación de ser como “todo el mundo”. No es extraño que la misma consagración sea vista como una propuesta más de promoción humana, o incluso como búsqueda de “signos externos” de identidad que contrarresten los sentimientos de inseguridad interior.

- Individualismo: El mundo cultural contemporáneo presenta como ideal antropológico el individualismo, la autorrealización, el subjetivismo como criterio último de decisión. Se predica y se vive una libertad sin alteridad. A veces aparece como un individualismo encubierto por su contrario, por una necesidad

aparente de estar juntos o por el miedo a la soledad. Quizás esto explicaría que una de las dificultades mayores de la vida consagrada sea la vida comunitaria. Padecemos el síndrome del no compartir fraterno y de la falta de comunicación espiritual. La afirmación de Timothy, sigue siendo un desafío: la fidelidad y amor a los hermanos que expresamos en la profesión “significa que nuestra misión común tiene prioridad sobre mi agenda privada. Tengo mis talentos, mis preferencias y sueños, pero me he dado yo mismo a nuestra predicación compartida de la buena nueva”_ftn1

- Eclipse del compromiso social y político: Clásicamente las ideologías y las utopías fueron los elementos centrales de una manera muy especial de entender la juventud. Los jóvenes de hoy parecería que no aceptan los grandes mitos, las grandes palabras o las utopías políticas (y religiosas). Aún así, ellas/os expresan de formas variadas y muy ligadas a lo concreto, su sensibilidad en torno a este tema. En general, se muestran sensibles a cuestiones humanas específicas, dispuestos a comprometerse y a “hacer algo” por la justicia, la paz y la ecología. Más problemático en algunos cuando el compromiso debe ser permanente e inserto entre los más pobres.

- Crisis de la heteronomía: Hemos pasado de una cultura marcada por la heteronomía a otra que propugna la autonomía. La corresponsabilidad antes se daba porque la vida en general y religiosa en particular, se manejaba desde la heteronomía. La autoridad mandaba y obligaba desde la ley. Se apelaba al “principio de autoridad”, quien imponía los deberes sin cuestionamientos. Los hijos y los súbditos obedecían y se sometían pasivamente. Pero al declinar la libertad individual, las posibilidades de realización personal dentro de la vida religiosa quedaban supeditadas a la voluntad del superior. Primero era lo institucional a lo personal. Hoy la autonomía es un valor que tiene mucho que aportar a la renovación de la vida consagrada.

- Crisis de autoridad: Vivimos una época de fuertes crisis en las figuras de autoridad, desde la autoridad de los padres, de los superiores, hasta la misma autoridad de Dios. El ser humano actual no acepta la autoridad de un Dios que no permita el pleno desarrollo de su persona y no respete su autonomía. Esta crisis de autoridad es muy patente en la familia y en la Iglesia. Definir el rol de la autoridad dentro de la vida consagrada es todo un desafío.

- Crisis de normas: Las crisis de las familias se constata en la disolución de los roles de los padres, concretamente, en la función educadora de los hijos. Hablamos de padres “ausentes”, incapaces de poner “límites” a los hijos, permisivos o sobre protectores. No podemos negar tampoco la tensión irreconciliable que se ha ido creando en la conciencia de los creyentes entorno al sometimiento al orden objetivo, a los códigos sancionados por la autoridad de la Iglesia. Las normas no han sido integradas positivamente, se vivencian como enemigas de la libertad individual. Estamos ante un “cambio de estimativa moral”. Los jóvenes ya no estiman, no quieren los mismos valores que los adultos.

- Autorrealización y autonomía: Como nunca hoy se reclama el derecho a la propia autodeterminación. Cada individuo quiere asumir el protagonismo de su

vida desde su libertad y conciencia. La realización personal es un valor innegociable. Poder desplegar todo el potencial humano en la opción de vida asumida, se ve como algo irrenunciable para no quedar anulado como persona. La autonomía toma carta de ciudadanía también en la vida religiosa. ¿Cómo lograr una autonomía responsable?

Los/as jóvenes que ingresan a la Orden

Sin pretender hacer una radiografía descriptiva, simplemente señalamos algunos rasgos característicos del candidato a la vida religiosa que más incidirían en la manera de asumir la corresponsabilidad:

- Manejo de la libertad: Por un lado, encontramos jóvenes que quieren ingresar a la Orden que consideran la libertad como uno de los grandes valores de la vida; tienen una mentalidad democrática, están acostumbrados a tomar decisiones por votación; no aceptan las imposiciones y los mandatos sin que les den las motivaciones; son sensibles a los derechos humanos, al respeto y consideración de las personas; están habituados a la independencia económica, a un estilo de vida autónomo en los horarios, tiempos, decisiones... Y por otro, vemos a jóvenes más bien acostumbrados a la sumisión y pasividad, sin capacidad creativa y libertad, que han recibido una educación protectora o excesivamente rígida en la familia, con actitudes conformistas o rebeldes... La autonomía responsable sigue siendo una asignatura pendiente.

- Personalidades lábiles: Una característica de la época actual es lo que denominamos "labilidad de la identidad". Hasta hace poco tiempo, la cultura proveía esquemas identificatorios bien definidos que permitían delimitar sin margen de duda qué era ser adulta/o y qué era ser joven, qué era ser hombre y qué era ser mujer. Estas marcas no están hoy tan claras y avanzamos hacia definiciones más lábiles que atienden al proceso de constitución de las identidades más que a identidades cerradas y fijas. Al estar en proceso de cambio los modelos identificatorios, pareciera que ya no atrae tanto el modelo del "trabajador" y el "adulto responsable", sino el del "exitoso ganador", el que "vive el presente" sin preocuparse por el mañana... También la vida religiosa sufre una "crisis de identidad" y está en proceso de "refundación", de definición de su identidad². No es de extrañar que los formandos/as manifiesten inestabilidad y fragilidad, encontrando dificultades en armonizar sus necesidades, con las actitudes y los valores propios de la vida religiosa. Hay jóvenes que no toleran esa inestabilidad ni la indefinición y buscan seguridad en estilos institucionales rígidos y tradicionales.

- Madurez afectiva: La afectividad, en cuanto conjunto de la vida anímica, influye en la constitución de la personalidad, en las conductas y expresiones vitales del individuo. Recoge toda nuestra historia vital y constituye nuestro "sistema operativo" en el que se asientan los diversos programas de nuestra vida. Alcanzar la madurez afectiva es básico para el normal funcionamiento de la persona. Algo difícil de lograr. Todos arrastramos diversos tipos de carencias, heridas y bloqueos afectivos. La irresponsabilidad encuentra una de sus raíces en el mundo afectivo, marcadamente narcisista. Concretamente en la incapacidad de renunciar, de sacrificarse por los demás, de entregarse por

un ideal de vida. La persona se maneja desde sus necesidades y expectativas de realización personal. Su colaboración es interesada: desde lo que cubre sus necesidades y deseos. Marcado por el individualismo, la autorrealización, la auto gratificación. Depende mucho de que no haya conflictos en la comunidad, en la provincia o en la pastoral. De lo contrario, se inhibe, se despreocupa, se desentiende. No soporta la frustración. Ante el desencanto, la decepción o el sacrificio pierden las motivaciones, el sentido religioso de las cosas y se hunden en la crisis. Comprometerse de “por vida” es todo un reto.

Es difícil educar en la corresponsabilidad, cuando el corazón humano está dominado por los propios intereses y no puede integrar al otro y la renuncia por los valores evangélicos. Hay que ayudar al formando a integrar el conflicto como algo normal de la vida.

Atención especial merecen los “idealistas” y los “espiritualistas” que no tienen integrado el “conflicto” como contenidos básicos de la realidad. Ante la crisis de autoimagen (de desencanto de la realidad), perderán sus motivaciones excesivamente puestas sobre la realización de las propias expectativas. Su “fe” dejará de tener fuerza vinculante con la opción de vida elegida.

- Cambio en los esquemas de referencia y pertenencia: La crisis de referencia y pertenencia en la vida consagrada corre paralela a la crisis que sufre también al respecto la familia. Todos necesitamos una “red social de contención”, integrar un proyecto de vida y misión compartidos que nos den seguridad y consistencia emocional. La familia es una de las instituciones que más está en crisis: padres separados, ausentes, absorbidos por el trabajo fuera de casa, estresados, con dificultades para poner límites, sobre protectores... Hoy para los hijos la familia ha dejado de ser un referente único a la hora de integrar valores y afectos. Los padres ya no son referentes exclusivos de autoridad o de vinculación afectiva. Las bases para asumir la corresponsabilidad dentro de la familia se diluyen. Lo común ha dejado de ser un valor por el que luchar. La alteridad no está integrada. La vida comunitaria recogerá buena parte de estas dificultades.

- Madurez moral y espiritual: No hay que dar por supuesto que los jóvenes hoy ingresan a la vida religiosa con claros principios morales y espirituales. Hay confusión, ignorancia, relativismo, escrúpulos, temores, doble moral... acompañado de experiencias religiosas muy contradictorias. Los planteos moral y espiritual, a nivel de contenidos, orientación y pedagogía, con que encaren su formación como dominicos y dominicas van a ser claves, ya que ambos constituyen el pilar del proceso madurativo en el campo afectivo y sexual, de la autoafirmación, de los sentimientos de referencia y pertenencia, del compromiso por los demás y del desprendimiento, en suma, de una vida religiosa asumida en responsabilidad, con una clara identidad como dominico/a.

La realidad comunitaria y pastoral y su repercusión en los formandos

La mudanza de la familia a la comunidad, va a suponer para el joven y la joven un fuerte desafío que va a evidenciar los puntos débiles de su personalidad y a consolidar los fuertes. El cambio que deben hacer es enorme. Las dificultades son muchas. La formación inicial, entre otros aspectos importantes, implicará:

- Pasar a un nuevo sistema de referencia: de los padres y la familia al formador, al superior, al evangelio, las constituciones, la provincia, la comunidad, los pobres...

- Y de pertenencia: Convivir con personas de distintas culturas, países, lenguas, costumbres... Integrar hermanos mayores, algunos enfermos, otros con cargos "vitalicios" que buscan imponer sus puntos de vista, reacios a innovar e integrar a los jóvenes. Enfrentarse a mentalidades cerradas, personas "amargadas", hermanos testimoniales, abiertos y acogedores.

- Entrar en un nuevo sistema de obediencia: Permisos para salir, usar Internet, manejo de lo económico, disponer de uno mismo... que se siente como restricción de la propia libertad. Relaciones con figuras de autoridad distintas y heterogéneas.

- Pasar de lo laboral a lo pastoral: Contacto con los pobres, marginados, jóvenes... que repercutirá en sus motivaciones vocacionales. Encontrarse a veces con una pastoral poco planificada a nivel comunitario y provincial, manejada desde proyectos individuales. "Figuras" que sobresalen por sus cualidades y que se vuelven referentes para todos. Competencias. Falta de participación y confianza. Un espacio de contacto con la realidad, de sentirse útil, o de crisis afectivas y sexuales.

- Adaptarse a un nuevo sistema de comunicación y relacionamiento interpersonal: Debe compartir con pares, aparecen experiencias positivas de intimidad y amistad junto con no competencias, rivalidades, envidias, celos, conflictos interpersonales, salidas de compañeros/as... Relaciones interpersonales espontáneas y otras "formales", ambiente comunitario poco "hogareño" y acogedor, edificios viejos y fríos que no ayudan a integrar el mundo afectivo. Tener que cargar con el "peso" de las instituciones. Soledad.

- Manejarse en una vida diaria donde está todo pautado: más formal, menos libre y espontáneo que en casa. Integrar estructuras: horarios, normas, tradiciones, reuniones comunitarias, rezos y eucaristía diarios... Tiene que acostumbrarse a trabajar en equipo, integrar otros modos de pensar y de hacer, moverse desde proyectos, saber planificar...

- Integrarse a un nuevo sistema económico: Dependencia, permisos, restricciones, contradicciones con lo testimonial y su nivel y estilo de vida anterior.

- Aprender a manejar su tiempo y soledad: Tiempos de "silencio", de estar solos en la habitación, mucho o poco tiempo libre, desocupado o sobrecargado de actividades. Lectura y oración.

- Aprender a organizarse y disciplinarse. El estudio ocupa buena parte del tiempo, exige esfuerzo, ascesis, constancia, organización, capacidad...
- Incorporar un mundo nuevo de conocimientos a nivel filosófico y teológico que repercutirá en su espiritualidad, cosmovisión, sentido crítico de la vida... A veces acompañado de un cambio de status o incidiendo en la autoestima.
- Distracciones y recreaciones distintas a las acostumbradas, nuevos amigos, tipo de salidas...

No es de extrañar que se “desajusten” y las crisis sean inevitables a lo largo del proceso formativo. De hecho, gradualmente, el formando va sufriendo, en primer lugar, una “crisis de privación” al tener que mudar de la familia a la comunidad sus sentimientos de referencia y pertenencia que le garanticen la estabilidad emocional y le permitan consolidar su identidad como religioso/a. Más adelante, ante la realidad que les toca vivir en las comunidades, aparecerá la “crisis de desencanto”, al experimentar en carne propia la frustración de sus expectativas e ideales. Por último ante el desafío de tener que definirse le obligará a resolver la “crisis vocacional” para poder optar decididamente por la vida dominicana.

La realidad “pasa factura”. Aparecen síntomas de desorientación, confusión interior, pérdida de control emocional, aumento de los niveles de tensión, inmadureces, reclamos, críticas, rebeldías, conductas regresivas... que son tan características del proceso formativo. Acompañado todo de una mudanza y, en algunos casos, pérdida de las motivaciones religiosas que le llevaron a la Orden.

Lo que antes estaba claro ahora es confuso. La responsabilidad se muda en irresponsabilidad. Los ideales caen. Aparece el “yo real”: Infantilismos, egoísmos, doble vida, contradicciones entre lo que se dice y se hace, falta de transparencia, negación de lo evidente, evasiones y compensaciones contrarias a la opción de vida religiosa... Los “puntos débiles” o “enfermos” que acompañan los aspectos “fuertes” de la personalidad y que las exigencias del día a día fueron evidenciando, inciden ahora en forma de irresponsabilidad aguda (en ciertos casos, crónica). El influjo de la secularización y el neoliberalismo, las seducciones del “mundo”, se hacen sentir con más fuerza que nunca.

Todo ha ido desembocando en una fuerte desestructuración interior que a muchos les impide manejar la libertad en coherencia con los valores vocacionales elegidos. Se impone la necesidad impostergable de rearmarse interiormente. Al formando le quedan dos caminos: anclarse en los “desajustes” y adherirse a una vida religiosa mediocre, sin grandes proyectos personales, asegurando la “sobrevivencia” y la auto gratificación; o por el contrario, enfrentarse con la verdad de sí mismo y emprender un camino de autoconocimiento, autenticidad y coherencia con lo que está llamado a ser por vocación.

II. LAS AREAS SENSIBLES DE LA CORRESPONSABILIDAD

La identidad como dominicos/as: Un modo de asumir la obediencia

Afirma la Iglesia que “el fin principal de la formación consiste en hacer que los candidatos a la vida religiosa y los jóvenes profesos descubran primero y asimilen y profundicen después en qué consiste la identidad del religioso”^{_ftn3}. La compleja realidad descrita anteriormente, repercute inexorablemente en la identidad personal y religiosa que tiene que adquirir el formando.

Antes se tenía bien claro en qué consistía ser dominico/a: pertenencia a un grupo social, los “más perfectos” con su hábitat (el convento, una vivienda distinta de las demás), su modo de vestir (el hábito), sus normas de conducta (separados del mundo, austeros, castos, sumisos, dedicados a la oración y al estudio...), sus tareas específicas (culto, predicación, formación teológica, atención parroquial, misiones...).

Pero lo “externo” simplemente es expresión de algo más profundo, donde verdaderamente se arma la identidad. La identidad personal se va fortaleciendo desde la infancia a la juventud hasta llegar a la edad adulta y constituye la base de la personalidad. Si en este largo y complejo proceso de identificación personal, la persona no se hace sujeto de su historia, no podremos hablar de identidad consagrada o tendremos serios problemas en ella. La configuración de la propia identidad supone autodeterminación, poner en ejercicio la propia libertad de optar y definirse, en suma, es asumir la vida en general y la dominicana en particular, con responsabilidad. O dicho en otras palabras, un modo de vivir el voto de obediencia.

Como afirma Timothy, la obediencia constituye uno de los rasgos más característicos de la identidad dominicana. ^{_ftn4}El ejercicio de la libertad define el tipo de identidad. Al optar por seguir a Jesús como dominico o dominica, el joven o la joven, deben resolver un dilema clave para su futuro vocacional: ¿La identidad la debo buscar adentro o afuera de mí mismo/a? No estamos hablando de “intimismos” y menos aún de “sensibilidades hedonistas”. Al definirse por adentro, se compromete a armar su identidad desde una obediencia activa y responsable.

Cada ser humano es único y posee una identidad propia. A cada uno Dios le llama a existir y “ser” dominico o dominica desde su identidad personal. Ésta, no viene dada, se construye, desde el instante en que se genera una nueva persona. El formando/a, no puede quedarse con lo que le “distingue” (identifica) externamente, sino que debe definirse desde lo que le vincula vocacionalmente. Debe desarrollar una verdadera identidad de adentro afuera, como persona consagrada, evangélicamente inserta en un mundo secular y

plural, sin complejos y asumiendo el desafío que ello implica. Ofrecer al mundo el testimonio de una libertad vivida en obediencia responsable.

La etapa de la formación inicial a la vida consagrada coincide con la edad en la que se define la identidad personal. La madurez y la plenitud humanas se adquieren exclusivamente a través de la identificación existencial con el ser profundo de uno mismo y con la potenciación del propio destino original. En este sentido, la consagración, en cuanto integra la propia identidad humana, requiere la aceptación y el desarrollo de todas las potencialidades del propio ser y de la propia misión en el mundo. Lo cual, se convierte en base del equilibrio psicológico y de la posibilidad de entrega generosa al prójimo. Si el consagrado/a acepta gozosamente la responsabilidad del protagonismo de su vida, aumenta de forma integral sus potencialidades y realiza eficazmente su misión según el proyecto de Dios, lo que también lo perfecciona en su armonía interior y en su madurez psíquica y espiritual, dándole consistencia a su vocación.

La vida consagrada, por su parte, no viene a impedir sino a favorecer este crecimiento, tal como indicó el Vaticano II: “La profesión de los consejos evangélicos, aunque lleva consigo la renuncia de bienes que indudablemente se han de tener en mucho, sin embargo no es un impedimento para el enriquecimiento de la persona humana, sino que, por su misma naturaleza, la favorece grandemente” (LG 46).

La necesidad interior de resolver los interrogantes existenciales ¿quién soy yo? ¿Qué quiero hacer de mi vida? ¿Qué quiere Dios de mí?, obliga al joven a poner en ejercicio la propia libertad, definiendo el tipo de identidad. Para ser auténtica, la respuesta ha de surgir desde adentro. En este espacio interior de autodefinición, Dios le llama al compromiso por el Reino, al seguimiento de Jesús, a formar parte de la familia de Domingo. A poner en práctica la obediencia de la fe como ejercicio de su libertad.

Como la identidad siempre se arma a partir de modelos, que se toman de referencia, ya sea consciente o inconscientemente, en la vida religiosa Cristo, el “hombre libre”, se convierte en el modelo que se busca reproducir integralmente. Así, la identidad del consagrado/a se va conformando a lo largo de un proceso de configuración con Cristo, cuyo “alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra” (Jn 4,34).

A su vez, se realiza desde el carisma particular, dominicano, en el que la persona se siente invitado a por Dios a responder a su vocación. Nos recuerda Timothy que la Orden nace de la libertad de Domingo: “Domingo nos fascina por su libertad, la de un predicador itinerante pobre, libertad para fundar una Orden distinta de las que existían hasta entonces. Se sintió libre para dispersar la pequeña y frágil comunidad que había reunido en torno a sí mismo y enviarla a las Universidades, libre para aceptar las decisiones de los hermanos reunidos en Capítulo, incluso cuando no estaba de acuerdo con ellas. Era la libertad de una persona compasiva, que se atrevió a ver y a reaccionar”_ftn5

Esta fascinación interior se convertirá en el fondo motivacional de nuestra obediencia dominicana que nos invita a superarnos a nosotros mismos, a ser corresponsables de los compromisos asumidos al profesar, a integrar al hermano/a y a la comunidad a la hora de tomar decisiones, a perseverar y entregarse generosamente en la misión, a ser coherentes y auténticos en nuestra vida consagrada. Al tratar, más adelante, el área espiritual lo profundizaremos.

La referencia y pertenencia de vida y misión

Otra área sensible que va a quedar afectada por la convulsión interior y exterior que sufre el formando tiene que ver con los sentimientos de referencia y pertenencia a la Orden, a la Provincia o comunidad, incluso a la misión que como dominico o dominica deberíamos emprender. Es clave que desde el ingreso a la Orden, los formandos se vinculen afectivamente con los hermanos, la “casa”, los compromisos pastorales de la comunidad y la provincia.

Con el tiempo y las crisis, estos sentimientos de pertenencia entrarán en cuestionamiento. Los referentes mismos perderán sentido y valor. No es raro que gradualmente se hagan más irresponsables. Que primen los intereses personales sobre los comunitarios. Es fundamental que durante el proceso formativo se armen las “consistencias” vocacionales apoyadas concretamente en los sentimientos de “referencia y pertenencia” a la vida y misión elegidos vocacionalmente.

“Al principio de la Orden, Santo Domingo pedía a sus frailes que le prometiesen comunidad y obediencia” (LCO 17.I). La pertenencia es la expresión de la identidad, que no se puede vivir en el aire. Hay pertenencias que nos vienen dadas, como la familiar o la étnica, y pueden ser más o menos condicionantes. Otras pertenencias son pasajeras como la afiliación temporal a un club o asociación. Y hay pertenencias, como las que derivan de la fe religiosa o el estado de vida asumido en libertad madura, que implican toda la existencia, como es el caso de la vida consagrada y dominicana.

En la persona consagrada, la identidad personal se define por el carisma; y de esta convicción se deriva también el sentido de pertenencia, que es precisamente el reflejo, en el plano relacional-social, del sentido de identidad. Cuanto más fuerte sea éste, tanto más lo será aquél. Es decir, cuanto más se reconoce uno en un carisma, tanto más natural e inevitable será la opción de entregarse a él y a los hermanos que comparten el mismo don carismático. Más se afianzará el sentido de pertenencia.

Por otra parte, la identidad y la pertenencia se dan en la entrega y donación a alguien o a algo. Si el individuo decide entregarse a lo que define su identidad, entra en un contexto de vida y de personas, de valores e ideales, en cuyo centro se encuentra lo que es decisivo para su propia persona y en donde, por eso mismo, puede llevar a cabo el proyecto de su yo.

De ahí que desde el ingreso mismo a la Orden, hay que encaminar a cada formando a que se vaya “identificando”, o dicho en otras palabras, vaya “personalizando” cada aspecto constitutivo del carisma dominicano: Sus figuras, su historia, sus comunidades, sus proyectos pastorales, sus presencias.... Que lo pueda sentir como propio, reconocerse a sí mismo en esa misma historia, figuras, comunidades y proyectos... porque van teniendo para él un sentido y significado especiales. Es así cómo la pertenencia va construyendo progresivamente el sentido de identidad dominicana y se ponen los cimientos de la corresponsabilidad.

Ahora bien, el sentido de pertenencia no puede confundirse con algo puramente sentimental, como un amor indefinido a la Orden en general o al carisma en particular, o en función únicamente de un objetivo psicológico (por ejemplo, para evitar la soledad y para sentirse a gusto en compañía); tampoco debe confundirse con la sensación sectario-localista típica de los débiles, que se reúnen para protegerse y sentirse más fuertes y que, cuando se agrupan, excluyen a otros y crean una isla; tampoco puede reducirse a algo genérico-superficial, como si fuera lo mismo pertenecer a una Orden que a otra; ni ser tan débil e insignificante que permita decidir, ante las dificultades de la vida común, cambiar de Congregación o incluso dejar la vida religiosa sin mayores problemas.

El sentido de pertenencia a la Orden es verdadero y se hace creíble sólo cuando se expresa y se vive a través de un afecto sincero a la comunidad y a la provincia tal cual son, a las personas de carne y hueso que la componen, con todas sus limitaciones y debilidades, con sus virtudes y sus defectos. Pertenecer a una familia religiosa significa decidir vivir en comunidad con unas personas concretas, que se convierten en hermanos y hermanas y con los que se comparte el compromiso de un proyecto común pensado por Dios y confiado a cada uno/a. Y sobre todo, cuando se expresa asumiendo libremente una corresponsabilidad en el plano comunitario y pastoral.

Todo esto ayudará al formando a dejar de sentir la comunidad como si fuera un hotel y empezar a involucrarse, a convertirse en constructor de la comunidad y de la provincia. Superar el reclamo infantil que proyecta afuera los conflictos internos no resueltos. A que exprese sus sentimientos de referencia y pertenencia desde la misión asumida corresponsablemente, donde lo común está por encima del interés particular, el pobre es objeto preferencial de atención, donde la vida tiene sentido en la medida que se dona a los hermanos y al Reino.

Una formación desde la libertad responsable

Al hablar de la formación de los frailes, las Constituciones afirman: “Incumbe al mismo candidato, bajo la dirección de sus maestros y demás formadores, la primera responsabilidad de su propia formación, cooperando libremente con la gracia de la vocación divina” (LCO 156).

Creemos que una formación de la autonomía responsable puede incentivar la verdadera corresponsabilidad en la vida consagrada y dominicana; que sea capaz de ofrecer una auténtica identidad dominicana que integre las dimensiones constitutivas la personalidad (afectiva, sexual, intelectual, moral y espiritual) y las potencie; y que fortalezca una vinculación comprometida con la Orden y con cada uno de los hermanos y hermanas que constituyen los ámbitos de referencia y pertenencia vocacionales. Quien no es capaz de hacerse responsable de su propia vida, difícilmente lo será de la vida de los demás.

A grandes rasgos hoy encontramos dos actitudes vitales o dos modos de encarar la vida religiosa que inciden tanto en la constitución de la identidad personal y dominicana, como en el tipo de pertenencia y misión que se aspira alcanzar dentro de la Orden:

Desde afuera hacia adentro: Es cuando todo el protagonismo y la responsabilidad se dejan en manos de los otros y de las estructuras. Es lo que denominamos una formación heterónoma. El formando lo espera todo de afuera. Se pliega y obedece. También los problemas son vivenciados como de afuera: están en la comunidad, en los formadores y superiores, en las estructuras de la vida religiosa, en la gente que no responde, en la familia que me tocó vivir, en mi pasado del que no soy responsable... Todo tiene su justificación. Algunos encuentran la solución identificándose con el rol de religioso-dominico, parapetándose en las formas externas que aparentemente son efectivas, pero que esconden una fuerte resistencia a entrar dentro de ellos mismos y trabajar la propia persona y la autenticidad de las motivaciones vocacionales.

Desde adentro hacia fuera: Otros, por el contrario, deciden tomar la vida en sus propias manos, hacerse los responsables primeros de su propia vocación. Sin negar los problemas de afuera se deciden a emprender un camino desde adentro. Asumir la responsabilidad de la propia libertad es madurez, es ser capaz de algo nuevo, propio, acorde a los valores e ideales que dan sentido a la vida y a la vocación dominicanas.

Las crisis y problemáticas que pasa el joven a lo largo de los años de formación inicial, no se evitarán porque encare su vida y su vocación desde una u otra perspectiva. Forman parte de la misma vida religiosa y ayudan a crecer y definirse. Lo que cambia es la manera de resolver las conflictivas internas y el tipo de fraile o hermana que se aspira ser. Crea una consistencia vocacional distinta.

Asumir la “primera responsabilidad de su propia formación”, no es fácil. En primer lugar exige “honestidad con lo real”. El encuentro con el “yo real” va a obligar al formando/a a iniciar un camino interior de autoconocimiento y autenticidad, de “confronte” con su propia realidad: Para resolver los problemas postergados, aumentar la capacidad de manejar deseos e impulsos, aceptar la frustración y el dolor como aspectos inherentes al crecimiento, crear hábitos de reflexión, de entrenamiento dedicado al desarrollo de nuevas habilidades, de revisión y profundización de sus motivaciones... son aprendizajes

fundamentales de este período. Aquellos/as que logren incorporar estos elementos encontrarán vías de resolución creativas.

Por el contrario, aquellos/as que busquen respuestas inmediatas e indoloras, que se guíen por “las ganas”, que eviten el dolor de la confrontación y el autoconocimiento, que pospongan la “síntesis vital” prolongarán el período de desorientación y el sufrimiento que conlleva para sí mismo y para los demás. La irresponsabilidad se irá cronificando.

En segundo lugar, en este proceso de análisis, de autoconocimiento y reflexión en orden a trabajar el “yo real”, es fundamental que el formando/a no se encierre en sí mismo/a, quedando inmerso/a en una especie de “terapia de autoperfeccionamiento”. Lo que cambia a las personas es la experiencia que nos hace salir de nosotros mismos: el encuentro con la persona de Jesús, de Domingo, del hermano, del pobre... Es adquirir una actitud de autoevaluación para fundamentar el cambio que se fundamenta en lo que nos adherimos, los valores del Reino, del carisma dominicano, de la comunidad, la provincia, la misión...

Especialmente, el formando/a debe aspirar a armar su propia “síntesis vital” entre lo que es (“yo real”) y lo que ha elegido ser (“yo ideal). La solución no está en que logre un equilibrio entre el “ser” y el “deber-ser”, sino en que arme una síntesis personal propia y original desde la fe, la esperanza y el amor tal como se vivencian en el carisma dominicano. No es tanto un logro personal desde la autoexigencia y la autoimposición, sino que se acoge como don y gracia de Dios. Es una respuesta a la “experiencia fundante” de la fe que encuentra en la llamada de Dios al seguimiento su punto de implementación. Resultado de poner en ejercicio el diálogo teológico “libertad-gracia”.

Hay que acompañar desde las motivaciones profundas: El formando tiene que descubrir por sí mismo que las motivaciones vocacionales hunden sus raíces en la experiencia fundante, en la experiencia vocacional de la llamada a la vida dominicana. En esta experiencia se da el “encuentro” entre valor y deseo. Unifica el ser. Motiva desde adentro el actuar humano. La libertad extrae la motivación del fondo afectivo y moral.

Pero la experiencia de Dios (espiritualidad) se debe abrir tanto a los valores evangélicos, como a los valores propios del carisma dominicano. Por eso, la formación ha de ayudar al formando a integrar las necesidades afectivas, éticas y religiosas. Lo logra, cuando el formando llega a vincular su ser con los hermanos y la misión concretas, como lugar de referencia y pertenencia de sus vínculos e ideales de vida.

III. AREAS DEL PROCESO MADURATIVO EN LA CORRESPONSABILIDAD

A. AREA PSICOLÓGICA

A veces nos empeñamos en hablar del ideal de la entrega a Dios y al prójimo, cuando falta la estructura básica de la persona, el “equipamiento” desde el que poder responder a Dios en fidelidad y responsabilidad. Afirma el Libro de las Constituciones: “Para recibir una formación fructuosa, se requiere, por parte del candidato, salud física, madurez psicológica proporcionada a su edad, idoneidad para la vida social, adecuada firmeza en la vida cristiana, aptitud, recta intención y libre voluntad de consagrarse a Dios y a la Iglesia en la vida dominicana” (LCO 155).

Elementos claves: ¿Qué alimenta la libertad humana? Hay “equipamiento” para la responsabilidad cuando la libertad “extrae” su motivación para la acción del mundo afectivo y del mundo moral (valores). La experiencia vocacional permite la síntesis entre “deseo” y “valor”. Algo a trabajar y consolidar a lo largo del proceso formativo. Sólo así la corresponsabilidad se integrará dentro del proyecto dominicano de vida, como algo que “nace” interiormente y que a la vez “exige” entrega y superación de sí mismo por motivaciones evangélicas.

La formación debería dar continuidad y consistencia a los procesos de maduración humana, cristiana y dominicana, como un todo integrado. Para lograrlo, ha de estar en consonancia con los dinamismos y estructuras que forman la personalidad. De lo contrario, difícilmente se alcanzará el equilibrio que ayude a crecer en corresponsabilidad, ya que la persona no podrá autoafirmarse como tal en su opción de vida religiosa. Las inconsistencias psicoafectivas lo condicionarán.

La libertad responsable define la identidad

La personalidad es una construcción progresiva dentro del marco socio-cultural que le confiere sus determinaciones esenciales^{ftn6}. La dialéctica que la constituye (los elementos constitucionales dados, lo innato, la herencia... vs. las estructuras adquiridas, el medio, lo elegido...) nos la hace concebir “abierta”, con posibilidad de cambio y realización. Este carácter dinámico de la personalidad nos hace entender a la persona como “un libreto escrito, pero no terminado del todo”. Por eso, la personalidad aparece a nivel de identidad propia, como “proyecto” ineludible. Presenta una estructura capaz de ir más allá de los límites deterministas y posibilita una libre elección. Libertad, por otro lado, no exenta de tensiones que exige autenticidad, como quehacer propio del yo.

Cada persona tiene una identidad propia e irrepetible. La identidad es, básica y fundamentalmente, una percepción interna de la propia realidad, en la que el sujeto se vivencia como un yo integrado y pacificado o como un yo confuso o incoherente, pero en todo caso, a no ser que exista una patología profunda, como un yo en continuidad consigo mismo.^{ftn7}

¿Cómo se construye la identidad de una persona? La identidad es una realidad compleja en la que se entrecruzan los distintos aspectos de la personalidad, conscientes e inconscientes, formando un todo coherente que es más que la

suma de sus elementos. Alcanzar su articulación es la tarea fundamental de toda la vida.

La persona, desde la infancia se encuentra enfrentado en cada etapa de su desarrollo con sucesivas crisis personales en las que se ve empujado a efectuar un doble proceso, lo que le permitirá lograr su identidad. Para ello debe integrar y armonizar dos elementos:

a) Por una parte, debe asumir críticamente lo que le viene dado, lo que ha recibido genética, cultural y familiarmente. Lo que constituye su “equipamiento” básico. Hay elementos que configuran la personalidad del individuo y que le han sido dados o ha ido adquiriendo a lo largo de su vida, y que sucesivamente ha de asumir personal y críticamente. Entre éstos se pueden señalar como más importantes:

- Desde el propio cuerpo, con su condición sexuada y el rol de género asignado.
- A la historia relacional con las figuras paternas, hermanos, amigos y compañeros... Cómo se fue armando el mundo afectivo: la consistencia emocional básica, el patrón relacional, los vínculos afectivos, los apegos, las dependencias e independencias afectivas, el proceso de “separación-individuación”...
- Desarrollo de las capacidades cognitivas: intelectuales, lenguaje, voluntad, memoria...
- El tipo de familia: con sus figuras de autoridad y obediencia, presentación y sumisión a la ley, estructura interna, tipo de comunicación y relaciones entre sus integrantes, status social, valores morales y religiosos recibidos.
- El medio étnico-cultural y social donde se crió: Proceso de socialización con sus valores, idiosincracia, relaciones, educación recibida, modelos de identificación...
- A las situaciones dolorosas y conflictivas de la vida: experiencias de abandono, falta de cariño, heridas afectivas, duelos, traumas... que fueron quedado a medida que la vida pasa.
- Y la misma existencia.

b) Y por otra, debe elegir y articular lo que realmente quiere llegar a ser. No todos los elementos que configuran la personalidad le vienen dados, otros, por el contrario, en cada ciclo o circunstancia de la vida se ve obligado interna y externamente a elegirlos, como es el caso de la profesión, el estado de vida y vocación, el credo, los ideales, la escala de valores e ideales que den sentido y direccionalidad a la vida, la autonomía respecto de los padres, el desempeño de patrones adultos de conducta, o los mismos roles... Definiéndose a sí mismo, optando, es como se logra la identidad. A medida que crece, esta escala de elección aumenta.

La integración y articulación de todo ello, formando un todo coherente y equilibrado, supondrá el logro de la identidad. Por tanto, el proceso de adquisición de identidad supone para el individuo, la asunción de las etapas anteriores de su historia personal y la orientación de su futuro mediante la

articulación de un proyecto personal de vida consciente o implícitamente formulado. La adolescencia cerraría el ciclo de definición.

Ahora bien, el final cronológico de la adolescencia no supone necesariamente el logro de la identidad personal, puesto que ésta puede evitarse a causa de las implicaciones en la propia vida para lo cual el sujeto se instala en una actitud de evitación de elegir o de no integrar críticamente las etapas previas de su desarrollo, llegando a una “confusión de identidad”. No es extraño en la vida consagrada encontrar conflictos no resueltos a nivel de identidad sexual, identidad profesional/apostólica, doble pertenencia...

Más aún, su complejidad, fruto de los elementos que la componen y de su forma de articularlos, hace que la identidad sea un equilibrio nunca definitivamente conseguido, sino a conseguir y mantener cada día.

Las crisis formarán parte de cada ciclo vital que obligarán a una redefinición de la identidad. Más allá de la propia coherencia de vida, no podemos eludir un hecho normal y característico de la existencia humana: La crisis de identidad. Especialmente aparecen ante los diversos cambios que suponen los grandes períodos existenciales.

Importante: En la configuración de la identidad va a ser clave la elección vocacional. En ella, la persona va a dar el primer viraje determinante de su vida que marcará su futuro. Es importante que lo haga fundamentado en motivaciones profundas, bien clarificadas y consistentes. Las motivaciones son la base de la vida humana y el impulso para la acción. Es lo que permite a la persona hacer la síntesis vital entre “deseo” y “valor”, unifica el ser desde la opción de vida elegida. La vocación le va a dar los contenidos motivacionales y configurará su identidad como persona consagrada.

Ahora bien, la respuesta vocacional es dinámica y crece y se elabora continuamente. Con el paso del tiempo, puede aparecer algún factor perturbador que provoque la oscuridad de la percepción interior de la identidad y suscite un conjunto de dudas, de incertidumbres y confusión sobre la propia vocación y la propia misión. Comienza la crisis de identidad, con pérdida del sentido vocacional. Cuando realmente se trata de una crisis, afecta a toda la existencia personal, hasta perderse la visión lúcida del proyecto de vida o de la opción fundamental hecha. Afecta el fondo motivacional de la persona.

Los síntomas aparecen cuando la persona no sabe o no consigue conformar la propia conducta con las opciones subjetivas, se siente incoherente interiormente, o cuando se vuelve a preguntar a sí misma ¿quién soy? ¿qué debo hacer? ¿de qué modo consigo ser yo misma? Más allá del dolor que trae consigo, debe reconocer que la crisis es en el fondo una oportunidad, una invitación al encuentro consigo mismo y una llamada al crecimiento humano y espiritual.

La crisis vocacional va unida siempre a una crisis de identidad personal. La persona siente que valores como la consagración, la virginidad, la pobreza, la obediencia, la comunidad, la misión..., ya no le “dicen” nada. Se siente

desmotivada para todo. La corresponsabilidad pierde su sentido. La crisis obliga a una “resignificación” de las motivaciones vocacionales. Las motivaciones son dinámicas, implican un proceso de purificación y ampliación continuas.

Si los ideales que nos llevaron a la vida religiosa no se transforman en valores y los valores no se entroncan con los deseos (intereses vitales) y los potencian, terminan siendo ideología moralizante; y si los intereses vitales no tienen la motivación de los valores pueden terminar en comportamientos egoístas y deshumanizadores.

Los condicionantes internos de la libertad y la responsabilidad humanas

Nuestra experiencia nos dice que no estamos tan determinados. Al no estar determinados podemos responder o no responder a las motivaciones y a los estímulos que se nos presentan. Pero el ejercicio de la libertad humana se mueve dentro de un espacio limitado y condicionado por muchos factores, tanto externos como internos a la persona. Nuestra libertad la hemos de vivir dentro de nuestra propia realidad personal e histórica, marcada por el pecado y asistida por la gracia, con sus límites y sus posibilidades. Es don y tarea.

Al ser la personalidad resultado de un proceso de desarrollo “epigenético”⁸, en la configuración de la misma pueden aparecer irregularidades, bloqueos, retrocesos, o incluso trastornos, que condicionan parcial o totalmente la posibilidad de alcanzar la madurez y equilibrio personales. Concretamente, encontramos “tres áreas resultantes del desarrollo humano” que condicionan la capacidad de manejar la vida con libertad y responsabilidad:

1ª. En la vida de toda persona humana hay áreas libres de conflicto (puntos fuertes). Es importante detectarlas para poder apoyarse en ellas en la reconstrucción de la persona. El concepto de libertad reclama el de responsabilidad: cuanto más libre de conflictos es un sujeto, tanto más responsable será y más segura su motivación vocacional.

2ª. Pero también puede darse, el polo opuesto, que la persona sufra una desorganización del yo, más o menos patológica, que bloquee las posibilidades de libre elección o no pueda ser ni siquiera concienciada (puntos enfermos). En tal caso, no hay ni libertad, ni responsabilidad, ni posibilidad alguna de apertura a los valores trascendentes, al menos en las áreas de la persona más directamente afectadas por la patología.

3ª. Entre ambos extremos encontramos un punto intermedio, en la cual el influjo de la dialéctica de base es relativo (puntos débiles). Estamos frente al tema de las inmadureces del desarrollo. Dependen de la mayor o menor discordancia entre las estructuras conscientes e inconscientes; no sólo entre el ideal conscientemente perseguido (yo ideal) y la conducta práctica de vida (yo actual consciente), sino también entre el yo ideal y el yo actual inconsciente. Aquí, libertad y responsabilidad son más o menos limitadas por el inconsciente, lo cual significa que ni siquiera el individuo es consciente de tal influjo. Nos

encontramos con individuos débiles e inconscientes, llenos de buena voluntad, pero frágiles en la madurez general, como gigantes con pies de barro.

A su vez, estas “tres áreas”, vienen a ser tres puntos de vista, tres diferentes perspectivas a partir de las cuales cada individuo ve y juzga, consciente o inconscientemente, a sí mismo y a la realidad, discerniendo y operando en consecuencia. Normalmente, en todo individuo, prevalece una dimensión sobre las otras, pero siempre están presentes las tres. La manera en que pueden influir sobre la persona es muy variada, por ejemplo:

a) En el conocimiento de sí: Según influya una u otra área, se reduce el autoconocimiento, incluso se distorsiona, por un yo que ignora sus límites y posibilidades y entra en contradicción con su realidad. No es extraño encontrar en religiosos/as todo tipo de autojustificaciones para no asumir compromisos, tareas o proyectos comunitarios o pastorales, por considerarse poco aptos, idóneos, incapaces. Incluso, fruto de una distorsión perceptiva de la realidad se consideran víctimas, incomprendidos, no aceptados por los demás, lo que resta iniciativa y generosidad para la entrega. Proyectan en el afuera sus propias insatisfacciones y frustraciones.

b) En la capacidad de elección: Inhibición práxica. La misma está condicionada por el influjo emotivo consciente o inconsciente de las tres áreas sobre los niveles de operación del proceso motivacional que incide en la praxis diaria (recogida de datos – intuición práctica inicial – reflexión crítica – juicio de valor) (Cf. Lonergan).

Es decir, habría un influjo sobre el modo en que los valores son percibidos e interpretados, en su contenido y en su abstracción, como también en su ser considerados importantes y convenientes para su propia vida. Más aún, tal influjo puede influir y reducir la libertad electiva, al incidir afectivamente sobre la voluntad del individuo. La persona entra en una incoherencia. Justamente hoy, la crisis de los jóvenes es una “crisis de decisión” (se los califica como “hijos de la indecisión”). Cuántos proyectos quedan truncados de raíz y la persona queda sumida en una vida mediocre, sin motivaciones profundas, conformada en un vivir al día y compensar afectivamente lo más que pueda.

c) En el miedo a ser libre: A comprometerse y responsabilizarse. El sujeto entra en una contradicción interna, por un lado desea ser libre, pero por otro lo invaden fuertes temores a serlo:

- miedo de gestionar su propia vida, de correr riesgos, de intentar algo difícil y nuevo;
- miedo de la soledad, de la autonomía de juicio, de la responsabilidad personal de las opciones;
- miedo de las exigencias excesivas de los valores de la vida religiosa, de comprometerse hasta el fondo y para siempre;
- miedo del futuro, de lo imprevisto, de lo no estructurado...
- miedo a las responsabilidades, a asumir cargos, tareas...

Estos miedos tienen su raíz en el modo cómo se fue equipando la persona desde la infancia a nivel afectivo, en los procesos de “separación-individuación”. Esto hace que el sujeto se maneje en la vida desde una particular necesidad psíquica de dependencia de otras personas, de una continua necesidad de seguridad prestada del otro que le impide autonomía.

d) En la vulnerabilidad yoica: Al no madurar los procesos afectivo y pulsionales desde lo moral y espiritual, la persona queda presa de las contradictorias pulsiones interiores, cuyo origen ignora y que con frecuencia escapan a una posibilidad de control. Así se siente en una situación de inseguridad estructural que lo hace débil y vulnerable. Lo cual, le lleva a buscar refugio fuera de sí mismo, en las estructuras externas de la institución. Un yo débil no permite asumir un proyecto de vida con adultez y responsabilidad.

Por último, estas “tres áreas” constituyen el indicador de madurez o inmadurez, normalidad o patología. No podemos olvidar que estas tres áreas no están separadas: el ser humano funciona siempre según las tres condiciones anteriores. Los grados y acentuaciones diferentes con que se den cada una de ellas, marcarán la diferencia entre la normalidad y la patología, la inmadurez y la madurez... Una cuestión importante a dilucidar. Concretamente, debemos observar los mecanismos de defensa (negación, escisión, represión, idealización), los niveles y tipo de angustia que sufre, el tipo de conductas adaptativas o no que manifiesta, la forma de procesar los cambios, la separación existente entre el yo real y el yo ideal de una persona...

El equipamiento básico para poder ser libres y responsables: La niñez

De entrada es importante considerar el binomio equipamiento-libertad porque el equipamiento es el material con que la persona sale a la vida. La libertad necesita “equiparse” del mundo afectivo, además del moral y espiritual. Decimos que hasta los 18 o 20 años la persona no está equipada, porque hasta esta edad el ciclo vital prepara para la vida (algunos psicólogos afirman que la adolescencia termina a los 25 años). Con todo, lo decisivo no es lo que soy, sino lo que quisiera ser. El niño es el que se hace, el adolescente es el que se define y el adulto el que está hecho. Pero no se es adulto sin el paso del equipamiento al proyecto, de lo que he recibido y asimilado a lo que quiero ser y hago realmente.

Para el desarrollo de su identidad, la persona va recibiendo un “equipamiento”, que consiste en contenidos y experiencias: contenidos que van siendo inculcados desde la niñez, adolescencia y juventud, y que más tarde también va buscándolos y seleccionándolos ella misma; experiencias que va viendo como fruto de su interacción con la realidad en la que vive, especialmente la familia. En la medida que la persona va creciendo y desarrolla su identidad, se va capacitando para manejar ese equipamiento y resignificarlo.

Conscientes de que dejamos sin abordar aspectos básicos de la personalidad (como el cognitivo y el sexual, ya que nos extenderíamos demasiado), nos centraremos en los procesos de maduración afectiva de la persona. Sin

pretender ser exhaustivos, señalamos algunos elementos imprescindibles del equipamiento afectivo básico, que influyen directamente en la posibilidad de un mayor o menor grado de responsabilidad humana. Tenemos:

a) Los vínculos primarios y de pertenencia:

El niño/a trae al nacer unas necesidades afectivas básicas de amor, protección, cariño, cuidado, aceptación... que le permiten hacer frente a la soledad y el desamparo. Estas necesidades las satisface a través de la vinculación, la comunicación, el contacto físico y la intimidad afectiva con los papás, con el entorno familiar, con los amigos y compañeros.

Con los primeros vínculos se constituye el “apego” hijo-madre, fundamento de nuestra vida afectiva. Por “apego”⁹ entendemos el fuerte lazo emocional que sentimos hacia ciertas personas especiales de la vida. Cuando interactuamos con ellas nos hacen sentir aceptados/as tal como somos, de un modo incondicional y en forma permanente. Es un vínculo que nos proporciona seguridad, bienestar y felicidad, por lo que nos da placer y alegría. Nos hace sentir “satisfechos” (contrarresta el vacío y soledad). Y despierta especiales sentimientos, conductas y expectativas hacia el otro, vivenciadas como satisfactorias y logradas.

Estos vínculos primarios con las “figuras de apego”, nos proporcionan la seguridad emocional básica: Constituye la matriz afectiva que da consistencia al mundo afectivo de la persona. Lo cual, en primer lugar, posibilita que cada uno sea él mismo, auténtico, sin “caretas”. Fortalece nuestra autoestima y aceptación de la autoimagen. Y en segundo lugar, posibilita confiar en el otro, abrirse e interactuar libremente, ser transparente, honesto, intimar y mantener vínculos estables, duraderos y variables con los otros (padre, hermanos/as, amigos/as, hombres y mujeres de la pastoral, incluso con Dios).

A la vez, el niño/a necesita una red de contención afectiva que satisface a través de los vínculos de referencia y pertenencia. El primer vínculo de pertenencia lo constituye la familia, la étnia, el entorno social y cultural en el que nace. Esta pertenencia al grupo es lo que le da identidad a la persona. Todo ser humano debe pertenecer a algo o a alguien. El sentido de pertenencia es la capacidad de sentirse parte de un grupo de personas con las que se comparte la misma raíz, los mismos valores, el idéntico proyecto de vida, gracias al cual esas personas se convierten en hermanos y ese grupo en la propia familia.¹⁰

La pertenencia, obliga al niño/a a abrirse a vínculos fraternos que implican relaciones más exigentes. A la vez, el proceso de socialización lo irá llevando a establecer vínculos empáticos y de amistad con compañeros/as de su entorno. De este modo, los sentimientos de referencia y pertenencia, en primer lugar, le posibilitan consolidar su mundo afectivo dentro de una institución. Vinculan afectivamente el ser con la familia, el clan o el grupo. Y, en segundo lugar, le posibilitan aprender a convivir con la alteridad, aceptar la diversidad, descubrir la riqueza de la relación con lo distinto, integrar la diferencia sin perder la originalidad de uno mismo.

Con la consolidación de estos vínculos primarios de apego y de referencia y pertenencia, el niño/a va adquiriendo el patrón relacional básico: El modo de manejarse en las relaciones interpersonales. Se define así, tanto el estilo o tipo de vinculación con los demás (de un modo seguro, ansioso o evitativo). Como, el modo de usar y entender el código de contacto y comunicación íntimas en las relaciones interpersonales: nuestro “modo” de expresar emociones y enojos, descargar pulsiones, interactuar en la intimidad, abrazar y besar, ser espontáneos...

b) Proceso de separación-individuación.

A la vez que el niño consolida sus vínculos de apego, inicia todo un largo proceso de “separación” de la madre (de la dependencia-simbiótica) y se va “autoafirmando” en su individualidad¹¹. Es importante que este proceso se haga con el consentimiento, apoyo y estímulo de la madre. Que ésta le permita al hijo ser él mismo, que explore, busque, gane en independencia, acompañado por su cariño y aprobación. El yo del niño se va fortaleciendo. No es extraño que este proceso genere en el niño inseguridad, miedo al abandono, a la soledad, etc. Aparecen frustraciones.

c) La relación autoridad-ley:

El proceso de separación-individuación lo vive el niño/a a la vez que se relaciona con los padres como figuras de autoridad e incorpora contenidos morales y religiosos. Tema que profundizaremos más adelante. La maduración afectiva y sexual depende en gran medida del proceso de maduración moral y espiritual del niño/a. Los padres se constituyen así en sus referentes claves. El modo de educar, el tipo de pedagogía utilizada, los contenidos transmitidos y el testimonio de vida de los padres va a marcar profundamente al chico. No es lo mismo educar desde un autoritarismo que no considera la realidad del chico, que desde una actitud dialogante y comprensiva, llena de amor. El niño debe aprender a integrar sus necesidades y deseos con las pautas morales y religiosas. El conflicto deseo-deber se instala definitivamente en la estructura psíquica de la persona.

En síntesis:

Estos tres elementos repercutirán en la construcción de la personalidad del niño. Se establecen las bases antropológicas para una posterior apertura a la experiencia de Dios y una inserción activa en la vida consagrada. Concretamente le permiten alcanzar tres logros madurativos en orden a la consolidación de su identidad personal y futuro proyecto de vida desde la responsabilidad:

- La autoafirmación: El niño logrará autoafirmar su yo (su “si-mismo”). Esto le permite tener la fuerza interior para tomar la vida en sus propias manos, asumir el protagonismo de su historia, hacerse responsable de su libertad. Este

proceso es el que le hace salir del “infantilismo” y madurar hacia la “adulthood”, lo inserta de una manera “activa” y no “pasiva” en la vida y opciones que toma. La vida la menajará desde la responsabilidad de lo elegido y no desde la compensación permanente de las necesidades afectivas insatisfechas. Se podrá afirmar a sí mismo armonizando sus necesidades con las necesidades comunitarias.

- La autenticidad: El vivir de adentro para afuera y no de afuera para adentro. Si todo este proceso se da correctamente, el niño se irá permitiendo ser “auténtico”, es decir, ser él mismo. De este modo, no necesitará defenderse del medio ocultando sus verdaderos sentimientos, pensamientos o intenciones para ser aceptado o valorado. Podrá vivir en función de él y no de los otros, integrando a los demás (con sus necesidades, pensamientos, exigencias) con sus propias necesidades afectivas, modos de pensar y proyecto de vida. Esto le permitirá poder convivir con la diversidad y aportar corresponsablemente al grupo de pertenencia. Se insertará pastoralmente con una actitud vital de apertura.

- La autoestima: Logrará tener una autovaloración emocional de su autoimagen (autoconcepto) en sus límites y posibilidades, de un modo positivo y real. Clave para el equilibrio emocional y la lectura positiva de los compromisos que va asumiendo en la vida.

El ejercicio ineludible de la libertad: La adolescencia

Durante esta nueva etapa, una serie de factores influirán decisivamente en la configuración de la personalidad del adolescente, en su equipamiento último y en la definición de su identidad como persona:

- Cambios bio-fisiológicos desencadenados con la llegada de la pubertad que repercuten corporal y sexualmente, con las implicaciones psicológicas que conlleva. Es el momento de integrar la imagen corporal, definir la identidad de género, la orientación sexual y los comportamientos sexuales.
- Adquisición de la lógica formal y que supone una organización nueva y definitiva de la comprensión de la realidad. Ingresar a estudios superiores y universitarios, construir un pensamiento crítico propio.
- Se “agrandan” las figuras de apego: se incorporan amigos/as, se descubre el vínculo de pareja, la relación con los padres se reubica internamente... Aparecen nuevos vínculos de pertenencia institucional (grupo).
- Se definen ideales y valores que aportan un nuevo sentido a la vida a nivel moral y espiritual. Se profundiza el sentido de pertenencia parroquial y eclesial.
- Se incorpora al mundo laboral y social, con nuevas responsabilidades y mayor independencia económica de la familia.

Durante la infancia se estaba equipando la identidad, ahora el adolescente debe definirla. Ser él mismo. Para ello debe tomar la vida en sus manos, su identidad depende de ello. Pero no le resulta fácil. Lo vive con una fuerte tensión y radicalidad:

- La autoafirmación se hace a base de oponerse, rebelarse, enfrentarse, pasando por encima del otro, sin respetar valores. O por el contrario, oscila dentro de actitudes pasivas, sumisas, abúlicas, etc. Por momentos se muestra creativo, con iniciativa, asumiendo responsabilidades, etc.

- La autenticidad se expresa, algunas veces, con fuertes rasgos hedonistas y de irresponsabilidad. Otras, la necesidad interior de ser reconocido, valorado y querido por los otros (amigos y padres) le hará depender del “afuera”, incluso moralmente. Es el momento de las grandes preguntas existenciales ¿quién soy yo?

- La autoestima transita por ciclos de euforia narcisista y de desánimo negativista. En buena parte gira entorno a la autoexigencia de depender de una imagen a mostrar y defender para sustentar su autoestima en la aprobación de los demás.

El rol de los padres va a ser clave. El modo cómo éstos se sitúen frente al joven, le va a permitir resolver bien esta crisis. Saber acompañar con afecto, sin diluir su rol y estableciendo límites. Importante moverse dentro del binomio diálogo-escucha, y a la vez claridad-confianza.

En esta edad, la identidad se define cuando el joven toma una actitud existencial de autenticidad: Crecer y ser, cada vez más, él mismo, coherente con lo que siente, piensa y hace. A su vez, la necesidad de autoafirmación, le hace tomar conciencia de su destino personal, único. De que él es el responsable primero de su vida y vocación. Progresivamente va creando mundo propio, diferenciándose de la familia, buscando una identidad social. En todo ello, el rol del adolescente es muy activo. Actúa desde un centro personal. El cual marca y dirige su vida.

Al decidirse por un proyecto de vida concreto, define sus ideales de vida, con lo cual alcanza la madurez moral y espiritual. Al poner en ejercicio su autonomía responsable a partir de la “opción fundamental”, “deseo-deber” logran su síntesis integrativa. A partir de ahora, lo elegido empezará a marcar la identidad frente a lo dado (equipamiento). Este proceso se “iluminará” cuando Dios irrumpa en su vida con la “experiencia fundante de la fe” ^{ftn12} que se constituirá en el fondo motivacional que guiará su identidad humana y cristiana, base de la posterior identidad como consagrado/a.

Concretamente, al optar por seguir a Jesús en la vida consagrada y dominicana, el joven: Define cómo va a satisfacer sus necesidades afectivas y religiosas. Es clave en el proceso de personalización que la motivación vocacional esté fundamentada en un “apego” a Dios, fruto de un vínculo afectivo de aceptación incondicional. De esta manera la experiencia de Dios integrará el mundo afectivo, permitiendo la autoafirmación y la autenticidad en la opción de vida elegida. El religioso/a logrará personalizar su vocación al armar “desde adentro” su identidad como consagrado. El seguimiento de Jesús se transformará así en un proceso de configuración con Cristo y su proyecto de vida (el Reino), a partir de la identificación con el carisma dominicano.

La vocación le ha obligado a definir sus vínculos afectivos (de apego, amistad, empatía) a partir de unas determinadas relaciones interpersonales (asimétricas y simétricas), propias de la vida consagrada. Es decir, a partir de unos valores evangélicos libremente elegidos. En la infancia el apego estaba centrado mayormente sobre los padres. A la vez, era muy egocéntrico y hedonista. Con el tiempo, esos vínculos los fue ampliando y manejando desde el amor, en la medida que fue integrando al otro como un valor (desarrollo moral). Los padres, los familiares, etc., fueron perdiendo la exclusividad y con la opción vocacional fue incorporando nuevas figuras de apego como los hermanos/as de congregación, la gente de la pastoral, amigos/as y, especialmente, Dios, quienes a partir de ahora jugarán un papel clave en sus motivaciones afectivas y religiosas.

Para lograr esa ampliación de su mundo de “apegos”, el joven debe de recorrer todo un proceso de “desapego” y “desidentificación” (desidealización) de los vínculos primarios para poderse descubrir y aceptar a sí mismo. A la vez, debe reubicar internamente las figuras paternas a partir de una imagen más realista y positiva de las mismas.

Al definir su estado y proyecto de vida, el joven vincula afectivamente su ser con la congregación. De esta manera los sentimientos de referencia y pertenencia encuentran un espacio de realización y concreción. La pertenencia refleja la capacidad que tiene la persona de generar y despertar vínculos con figuras de autoridad, con los pares o con aquellos con quienes uno se compromete de por vida. Manifiesta la capacidad de contraer vínculos de responsabilidad, de asumir compromisos por amor con aquellos hermanos con quienes se comparte una misma raíz vocacional, los mismos ideales de vida, un idéntico proyecto apostólico. Todo, porque me siento parte de este grupo de personas con las que convivo y porque siento como mía, tanto la comunidad como la misión.

Para trabajar a nivel personal

- ¿Cómo manejamos en la formación los problemas humanos y psicológicos (inmadureces y patologías)?
- ¿Cuál es el “clima afectivo” de nuestros conventos?
- ¿Qué problemáticas detectamos en los/las formandos/as a nivel psicoafectivo que favorecen o dificultan la corresponsabilidad?
- ¿Cómo trabajamos con los/las formandos/as sus conflictos afectivos, su historia personal y familiar, sus inhibiciones en la responsabilidad, sus frustraciones, sus necesidades de autoafirmación, su autoimagen, idealismos, etc.?
- ¿La formación que impartimos, potencia o inhibe las cualidades personales del formando/a?

B. ÁREA MORAL

A nivel de idoneidad, la madurez psico-afectiva reclama la madurez moral. La moral, va a “equipar” la persona para poder asumir la vida dominicana con responsabilidad. Además, las motivaciones morales van a ser, junto con las motivaciones espirituales, las áreas que vamos a tener que prestar especial atención a la hora de acompañar al formando para clarificar las raíces de una verdadera y auténtica vocación religiosa y dominicana. La formación de la conciencia moral va a ser el elemento clave.

Más allá de las diferentes ópticas y lecturas legítimas existentes, con los aportes innovadores del Concilio Vaticano II, se fue abriendo camino dentro del campo católico un nuevo modelo de moral que sitúa en el centro del sistema ética a la persona¹³. El hombre es el “sujeto” de la moral y el hombre es el “objeto” de las valoraciones éticas. La moral cristiana trata ahora de formular los compromisos cristianos desde la autonomía moral y desde la responsabilidad ética de la fe.

Un modelo ético será válido, no sólo cuando me exija poner en ejercicio mi libertad responsablemente acorde a unos valores objetivos, sino además cuando me permita personalizar los valores procesualmente, me ayude a integrar y sanar mi historia personal y experiencias negativas (sea liberador), parta de mis posibilidades reales y las potencie, vaya autoclarificando mis límites y cualidades, posibilite la autenticidad de ser y sentirme yo mismo/a, de expresar mi mundo afectivo y de autoafirmación, me invite a superarme a mí

mismo, me lleve a elaborar existencialmente un nuevo sentido y un nuevo vínculo afectivo desde la fe-esperanza-amor con Dios, mis hermanos/as de comunidad, los hombres y mujeres de la pastoral... dentro del proyecto de vida elegido.

El paso de lo psicológico a lo ético

A nivel constitucional el ser humano es estructuralmente moral. Nuestras tendencias psico-biológicas no pueden responder directamente, en todos los casos, a los estímulos que les provocan. Precisamente porque el estímulo tiene para el sujeto humano una significación polivalente, la respuesta puede ser múltiple. Esto nos hace afirmar que el ser humano a nivel de estructura psico-biológica, nace sin “determinar” o “programar”. Esta condición “inacabada” postula una mediación capaz de cubrir el vacío que deja el “ajustamiento” estímulo-respuesta. Dicha mediación es la tarea moral que tiene el ser humano, como ser racional y libre de responder. La vida humana se nos presenta como un quehacer continuo del que no podemos escapar. Somos responsables de nuestra vida y de cómo usamos la libertad.

Todos nuestros más nobles deseos e ideales fracasarán si no tenemos en cuenta algo fundamental: Nuestras necesidades más profundas, que brotan de dicha estructura bio-psicológica, ya sean sexuales o agresivas, como afectivas de autoafirmación, reconocimiento, valoración o cariño, etc., nacen “ciegas”, sin un rumbo definido y tienden a la irresponsabilidad. Al ser humano le compete darles una orientación definitiva. Ahora bien, la responsabilidad ética no consiste tanto en reprimirlas o negarlas, amoldándose a un orden objetivo que no integre la fuerza interior del mundo de las tendencias, sino más bien en “ajustarlas” o “armonizarlas”, acorde a los valores morales y al proyecto de vida elegido libremente.

A diferencia de la conducta animal, la conducta humana está motivada subjetivamente. Es lo que permite el ajustamiento y la armonización. Las variables motivacionales son (junto con las circunstancias externas) los determinantes más importantes de la conducta humana. Por “motivación” entendemos el conjunto de factores que inician, sostienen y dirigen una conducta. En este sentido, las motivaciones son los procesos impulsores y orientadores que resultan determinantes para la elección y para la intensidad de la actualización de las tendencias de la conducta. Algunos de estos factores serán externos (cuando incentivan y estimulan desde afuera) y otros internos (cuando le encuentra sentido desde adentro). Esto último se alcanza cuando la persona ha incorporado valores en su vida.

La conducta será ética cuando la persona logre resolver el conflicto entre el deseo y el deber. Es decir, entre sus necesidades afectivas y sexuales, por ejemplo, y sus deberes morales y religiosos que entran en contradicción con aquéllas. Como la reconciliación con lo moral no siempre va a ser posible, ha de aprender a posponer, renunciar, a dejar de lado la satisfacción inmediata de las necesidades que le impone el “principio de placer” que dirige su conducta. Esto la persona lo logra (sin represiones ni negaciones) cuando encuentra un

“sentido”, un “motivo” interior que justifique la renuncia a sus necesidades, en sí, positivas. Aparece entonces el aporte que la “moral como contenido” va a hacer a la “moral como estructura”.

La educación moral va a ser clave en todo el proceso de maduración en una libertad responsable. No hay posibilidad de maduración humana, si no existe una correcta conducción de nuestras necesidades. Y no es posible esta correcta conducción si no se da una maduración moral desde las normas a los valores. Estos son los que señalan la dirección de las necesidades al marcar el sentido de la vida.

Cuando la persona ha logrado incorporar el sacrificio, la soledad, el dolor, la enfermedad, la injusticia y la misma muerte como parte del “principio de realidad”, porque ha podido encontrarle un “sentido” nuevo y distinto a partir de los valores adquiridos, ya no podemos hablar de frustración del “principio de placer”, sino más bien de “ajuste”, “armonización” o equilibrio interior. Al dejar de manejarse preferentemente por el “principio de placer”, es capaz de elaborar la frustración, no se mantiene en fantasías infantiles de omnipotencia, no evita la insatisfacción, no está dominado por la necesidad de estímulos constantes...

Para lograrlo la persona ha tenido que aprender a salir de su narcisismo, de la búsqueda constante de la autogratificación, de mirarse a sí mismo como único criterio de valoración y de superar sus necesidades y deseos infantiles. Es imprescindible que haya aprendido a integrar al otro, lo distinto en el modo de ser, de pensar y de sentir. Que tenga resuelto el conflicto que la integración del otro implica para su narcisismo. A la vez que haya podido incorporar contenidos morales, desde las normas, las leyes y los valores que gradualmente se han ido convirtiendo en su fondo motivacional básico.

Etapas claves en la formación de la responsabilidad moral

No podemos olvidar que la moral es algo que se va adquiriendo conjuntamente con el proceso de maduración de las necesidades afectivas, sexuales, cognitivas y espirituales de una persona. Con el curso del tiempo, estas necesidades se van “satisfaciendo”, o por el contrario “controlando”, “inhibiendo” o “reprimiendo”, según el tipo de educación moral que recibimos en la interacción con el medio socio-cultural y familiar. La “frustración” condicionará nuestro mundo moral.

Por su parte, la conciencia moral va evolucionando desde la infancia hasta alcanzar la madurez. No en todas las personas se dará el mismo ritmo y proceso de maduración. Ni todas llegarán a alcanzar la etapa de madurez moral. Son muchos los que quedan detenidos en estadios anteriores. Los motivos y las causas son múltiples._ftn14

Podemos señalar unos cuantos “puntos claves” del desarrollo de la conciencia moral que tienen especial importancia para la formación de la responsabilidad de la persona:

a) La heteronomía

Lo primero que se impone es que el niño salga de la “anomía” y entre en la “heteronomía”. Especialmente en los dos primeros años de vida, el comportamiento del niño/a se maneja desde los impulsos. La motivación de su obrar es: satisfacer el placer y evitar el dolor. No existen conductas morales propiamente dichas, al no existir conciencia moral. Lo único que se logra es que el niño/a renuncie a los propios caprichos en aras de la alegría y aprobación de los padres y que alcance un manejo adecuado de las funciones orgánicas. Para poder superar el egocentrismo (narcisismo), tiene que entrar en la “heteronomía”.

Un objetivo clave a partir de ahora es que el niño/a aprenda que hay límites –ley– (lo permitido y lo prohibido) y “figuras de autoridad” (padres) a las que debe obedecer. A partir del segundo año de vida, el niño/a ya puede decir no a sus deseos o postergarlos, buscar una mejor ocasión para satisfacerlos o renunciar a ellos. Aunque es escasa su capacidad de discernir el bien (puede todavía más la necesidad al valor), con el tiempo va captando conscientemente la diferencia entre lo bueno y lo malo y puede entender las reglas. No entiende aún la importancia de la intencionalidad de los actos, sólo la obligación de la ley en sí y el daño objetivo. Por eso su comportamiento moral ha de estar marcado por el deber y la obligación “heterónomas”. El protagonismo moral recaerá en la responsabilidad de los padres. Unos padres a los que ama y que necesita que se constituyan para él en modelos de autoridad-obediencia: amorosos, coherentes, firmes, comprensivos y no autoritarios, inflexibles, permisivos o ausentes.

Es la etapa estructurante de la personalidad moral, porque obliga al niño/a a salir de la “mismidad” y entrar en la “alteridad”, al romper el vínculo simbiótico con la madre e integrar al “padre”, lo diferente, al otro, dentro de su estructura de personalidad. Además, el niño/a por primera vez entra en contacto con la moral de un modo mediato, a través de los mandatos o prohibiciones paternas. Las figuras de autoridad le obligan a internalizar las normas. El bien y el mal se identifican para el niño/a con lo prohibido y mandado. El obrar moral está acompañado por el miedo y el temor. Aparece la culpa. La conciencia de culpa y el arrepentimiento basados en la fuerza interna de un orden moral, no obran ahora como el motivo de las decisiones del niño, sino tan solo opera el temor al castigo o el deseo de ser querido.

Todos estos elementos son claves para lograr una personalidad madura, psicológica y moralmente hablando, capaz de manejar la vida con libertad y responsabilidad. La conciencia de estar ligado a normas externas que provienen de la autoridad de los demás, representa la condición previa y el supuesto para la sujeción a normas interiores de la propia conciencia. Así se podrá producir el pasaje de una moral heterónoma a una moral autónoma. La obediencia a los padres es el camino para el desarrollo de la conciencia moral. Sin ley no hay responsabilidad y sin responsabilidad no hay autonomía real. La ley y la autoridad le obligan y exigen salir del egocentrismo y a abrirse al bien de los otros. La ética se convierte en una exigencia y el bien del otro en una obligación.

Los formandos que no tengan bien armada dicha estructura moral, difícilmente van a poder asumir el voto de obediencia con madurez. Más aún, es la raíz de donde brotarán toda la fuente de conflictos con las figuras de autoridad, superiores y formadores, cuando ingrese a la Orden, al reactivar la vida religiosa los problemas con la ley y la autoridad no resueltos en su momento. Lo mismo podríamos decir a la hora de asumir compromisos comunitarios y pastorales. Primará el “principio del placer” (sus gustos, intereses, planes personales...) por encima del bien común, como fondo motivacional de su actuar.

b) la sociología:

Otro momento importante de la estructuración de la conciencia moral, es cuando el adolescente se encuentra ante la necesidad interior de definir su identidad. Es una edad en la que quiere ser él, manejarse libremente, encontrarse consigo mismo. Pero será más bien la expectativa social, lo que los demás esperan de él, quien va a jugar un papel importante en la configuración del yo. En esta etapa, el comportamiento moral viene marcado por la necesidad de valoración, estima, reconocimiento y aprobación de los demás, especialmente del grupo y en cierta medida también de la familia. Es bueno lo que el grupo de amigos/as aprueban y malo lo que condenan. El grupo se convertirá para el adolescente en fuente de motivación moral. La aceptación o rechazo que recibe, reforzará o debilitará su comportamiento. Poco a poco va incorporando un rol determinado (personaje), a partir de las expectativas del grupo, de la familia o de la misma sociedad, perdiendo autenticidad. Algo que deberá resolver más adelante.

A la vez que se va integrando afectivamente al grupo, el chico y la chica se van “abriendo” de la familia, ganando independencia. Goza de mayor libertad para salir y decidir. Los límites cambian. El modo de ubicarse los padres frente a él también. Sufre fuertes cambios anatómicos y fisiológicos. Los impulsos biológicos de la sexualidad toman fuerza. Los sentimientos de amor, el deseo de estar con chicos y chicas del mismo y otro sexo es imperioso, busca definirse a nivel de género y de orientación sexual. El manejo de los impulsos sexuales y agresivos no le resulta fácil. Aparece en su vida la posibilidad de relaciones sexuales. Viven confusos, con cambios constantes de humor, enamoramientos, decepciones afectivas, apegos... El conflicto entre necesidades y valores es más fuerte que nunca. La tensión interior crece.

La presión social sobre el adolescente lo “manipulará”. Permanentemente vive sometido a un bombardeo de propaganda, influencias, modas, héroes a imitar, conductas a reproducir, esquemas morales a incorporar... Muchos adolescentes harán suyos acríticamente los valores y antivalores que la sociedad le va proponiendo, sin discernimiento ni reflexión personal, dejándose arrastrar por la “masa” y siendo sus contenidos de conciencia meros reflejos de lo social, sin criterios propios. Introyecta una “pseudomoral” de la que no se podrá liberar fácilmente. La conciencia perfecta sería la que tiene en cuenta la sociedad, pero al mismo tiempo vive su proyecto existencia con responsabilidad personalizada. Integrar grupos parroquiales y

juveniles, donde se le acompañe con una alternativa crítica, va a ser de gran ayuda.

Gradualmente alcanza el pensamiento lógico-formal. Aumenta su capacidad intelectual y volitiva para realizar actos humanos libres. La capacidad de darse cuenta del bien y del mal es mayor. Es la época en que aparecen los grandes ideales de la vida que empieza a vivir dentro del grupo, tales como la corresponsabilidad, la cooperación, el sentido de justicia y reciprocidad. Pero, en muchos casos, el grupo es fuente negativa de moralidad que arrastran al chico/a. La necesidad de reconocimiento y las influencias del ambiente le hacen claudicar de muchos principios aprendidos en la familia. No es extraño conductas en clara contradicción con lo aprendido de pequeño/a. Algunas de alto riesgo (alcohol, drogas, violencia, embarazos no deseados...). No le queda otra alternativa que definirse.

c) La autonomía:

El fin de la adolescencia lo marcará cuando el joven sea capaz de asumir la vida en sus propias manos y tome opciones que definan su identidad personal y su futuro existencial. Para ello ha de salir de la "socionomía y entrar en la "autonomía". No todos lo lograrán. Lo cronológico se separa definitivamente de lo madurativo.

Con el correr del tiempo, el joven ha ido estabilizando su mundo de vinculaciones y necesidades afectivo-sexuales, clarificando el tipo de aptitudes y habilidades personales que tiene, incorporando nuevos conocimientos... En suma, madurando gradualmente. Lo que le permite orientarse cara un proyecto de vida y futuro profesional. Pero queda todo supeditado a poner en ejercicio su libertad. Como individuos, necesitamos años para equiparnos, es decir, para poder tomar la vida en nuestras propias manos. Si bien, en este equipamiento interviene lo biopsíquico y el contexto socio-cultural, lo decisivo ocurre en la conciencia, cuando alguien inicia la búsqueda de su identidad personal intransferible, cuando descubre su unicidad y decide construir su historia. Nos hacemos personas a través de nuestros proyectos libremente asumidos.

Hoy en la sociedad y en la Iglesia se reivindica la autonomía. La autonomía se apoya en la libertad-responsable de los cristianos. El hombre es un ser libre, es decir, capaz de razonar su libertad. Cuando verdaderamente toma conciencia de sí, el sujeto moral descubre al mismo tiempo que es "autónomo", que lleva dentro de sí su propia "ley": la "libertad responsable", que es para sí mismo norma objetiva y verdadera. Es la autoridad en que nos apoyamos para legitimar o no un imperativo o una prohibición moral en concreto. Pero la autonomía del cristiano no está cerrada sobre sí misma, sino abierta a Dios. Es una "autonomía-teónoma". Al considerar al ser humano desde la perspectiva de la creación (orden humano), es posible pensar en Dios como "Alguien" que da sentido y fundamenta su autonomía. La ética cristiana teónoma es la expresión de la relación normativa de Dios con el ser humano, relación que no contradice ni suprime la normatividad autónoma del hombre o de la mujer, sino que más bien la posibilita y le da un fundamento válido.

La estructura teónoma de la ética cristiana no es de carácter voluntarista-nominalista, es decir, "heterónoma", donde Dios es el único protagonista mandando y prescribiendo y el ser humano queda anulado en una pasividad receptiva. Si no más bien de carácter racional-relacional, basado en la autonomía del ser humano que le permite un "diálogo" con Dios, siendo ambos protagonistas y sin quedar nadie anulado. Esta fundamentación teónoma se da además porque el hombre tiene una autonomía tal que le obliga a reconocer que es criatura, creado por Dios. Solamente es verdaderamente autónomo el hombre que reconoce no poder colocarse como absoluto ni en cuanto individuo ni en cuanto sociedad; el hombre que ve y respeta sus límites inmanentes, ya que el hombre no tiene el sentido total de sí mismo.

Pero la autonomía también tiene sus peligros, está sujeta a malas interpretaciones. No podemos olvidar que la autonomía de la persona humana se ejercita, de hecho, pecadoramente, es decir, es radicalmente ambivalente:

- Si autonomía se identifica con autorrealización, el formando se responsabilizará sólo de lo que le interese. Debe salir de sí y olvidarse de sí.
- Si sólo se preocupa de su maduración personal olvidando al otro, termina en un narcisismo.
- Si cae en una autosuficiencia, en la necesidad de tener la última palabra en todo, buscará un control racional de todo.

El verdadero "test" de la autonomía es el amor: si se integró o no al otro (al prójimo y a Dios). La clave está en su capacidad de amar. Al servicio de quién pone su autonomía. La forma suprema de autonomía es la autodonación y ésta se realiza sometiéndose al otro: "Para la libertad habéis sido liberados; pero no la confundáis con el egocentrismo; antes bien, someteos los unos a los otros por amor" (Gal 5,13).

La autonomía permite la autoafirmación. Al autodeterminarse la persona se autoafirma a sí misma. Integra su mundo afectivo en el proceso de configuración de su identidad que se va afianzando a medida que se da el proceso de "separación-individuación". En la vida religiosa y dominicana nos podemos autoafirmar, a través del voto de obediencia, de tres maneras:

- Plegándonos al otro: Renunciando a mis necesidades, puntos de vista... vivir sometido, anulado, sin protagonismo propio, dependiendo de las decisiones de los otros... la obediencia es pasividad y sumisión.
- Enfrentándonos al otro: Reafirmando mis necesidades por encima de la comunidad y la provincia, exigiendo mis "derechos" sin integrar "deberes", desechando otros puntos de vista, imponiéndome al otro, atropellando al otro, haciéndome el centro de todo... la obediencia es rebeldía.
- Integrando al otro: Armonizando mis necesidades, puntos de vista, opiniones, proyectos.. con las de los otros, la comunidad y la provincia, sabiendo poner el bien común por delante del bien particular, renunciando por amor al otro... Ha descubierto valores, incorporado los sentimientos de referencia y pertenencia a la Orden. Entra en comunión. Ha decidido encarar así su vida. La obediencia se vuelve corresponsabilidad.

Elementos para una libertad responsable

a) Tener formada la conciencia moral y religiosa:

Los contenidos de la conciencia nos indicarán si la corresponsabilidad está internalizada o no en la vida del formando. A lo largo de todo el proceso descrito anteriormente, la persona fue internalizando contenidos de conciencia (valores, normas, leyes). Su conducta se fue iluminando cada vez más desde adentro. La conciencia moral surge como la autoclarificación de la conducta en referencia a un determinado canon de perfección. Y este canon está dado por el cuadro de valores morales que posee una persona. Cuando la conciencia moral se abre a lo trascendente, en una comunión de intimidad con Dios, estamos delante de una conciencia religiosa. Las motivaciones vocacionales encontrarán, así, en los contenidos de conciencia, la raíz del comportamiento como religioso/a.

La conciencia no es una norma autónoma. La conciencia no genera la moral en cuanto que ella no crea la realidad (lo bueno y lo malo). Sin embargo ejerce una función de mediación entre la realidad (valor objetivo) y la actuación de la persona (situación personal) pues la conciencia tiene un papel manifestativo y obligante. Al ejercer una función de mediación entre el valor objetivo y la actuación de la persona, se convierte en norma interiorizada de la moralidad (Cf. Gaudium et Spes, 16). La conciencia moral es la necesaria mediación subjetiva de la moralidad. La conciencia es la norma de moralidad por donde pasan todas las valoraciones morales de las acciones humanas. Es quien juzga, se clarifica interiormente y decide en consecuencia. Si no hay conciencia (en cuanto norma próxima de moralidad) no hay moralidad en las acciones del hombre.

En orden a la formación, es importante no olvidar que nadie llega de una manera certera y automática a la posesión de una conciencia moral recta, verdadera y cierta, en la que la corresponsabilidad sea un valor internalizado. Existe un proceso de preparación y de adaptación; un proceso en que hay tentativas, adelantos y hasta retrocesos. Lo que se da es un proceso en la formación de la conciencia. Es lo que hemos intentado explicar en el apartado anterior. Se precisaría observar en cada formando dos cosas, a la hora de analizar las motivaciones de su actuar moral:

- Que tenga “asumida” y “corregida” la subconciencia moral: Los aspectos de la subconciencia son como el proceso de preparación (en el niño y en el adolescente) para la posesión de una conciencia moral madura. La subconciencia moral recoge también los contenidos imperfectos en la génesis de la conciencia y las inmadureces o retrocesos en el desarrollo y vivencia moral de la persona (ya sea en el joven o en el adulto). Muchos de nuestros formandos, de ordinario suelen vivir en alguno de los grados de subconciencia moral. Pero cuando la persona es capaz de asumir críticamente tales influencias, entonces asume la fuerza de una moral madura. La solución está en que la subconciencia se integre armónicamente con la conciencia moral propiamente dicha, para que los dos aspectos del psiquismo humano (inconsciente y consciente) estén al servicio de la conciencia moral. Un mismo

acto puede estar, al mismo tiempo, motivado consciente e inconscientemente. Por eso es importante tener en cuenta que el formando:

* No se guíe desde el voluntarismo moral: Detrás de todo voluntarismo hay autoexigencia, fruto de buscar el perfeccionismo. Su libertad está condicionada por sus necesidades narcisistas (necesita verse a sí mismo sin defecto alguno para poderse aceptar y amar). Queda encerrado en sí mismo. La angustia es porque no es perfecto para sí mismo. En este círculo no hay apertura a la gratuidad del perdón y misericordia de Dios. No puede llegar a la "justificación por la fe". Vive de la "justificación por las obras". Esto le llevará a ajustarse al rol y, consecuentemente, a la observancia regular, como tabla de salvación.

* No se guíe desde instancias heterónomas de dependencia afectiva: Para quedar bien, por el qué dirán, por querer llenar las expectativas e ideales que otros han puesto en nosotros, etc. Detrás hay un vínculo inseguro que necesita la permanente confirmación del otro para sentirse valorado, querido y aceptado. Esto le impedirá una vida de autenticidad y transparencia. Por el contrario, buscará permanentemente compensaciones afectivas.

- Qué tipo de valores o antivalores tienen incorporados. De lo contrario, se manejarán por las necesidades y deseos infantiles o la pseudomoral (escrúpulos, legalismos, autoimagen...). La conciencia moral madura es la que ha ido captando valores y desde estos valores ha ido encontrando sentido a su vida, iniciando todo un proceso de personalización. Es la persona que obra desde la responsabilidad y las posibilidades reales. Que tiene criterios desde los que discierne considerando las necesidades de los demás. Tiene incorporada la ley como un valor y entiende que la misma no agota la moralidad humana (la persona está por encima de la ley). Vive de principios y se autoimpone normas. Es coherente con lo bueno, justo y verdadero aunque no agrade, no lo mande la ley o el grupo no esté de acuerdo. Jesús y el Reino se han ido convirtiendo en su modelo y proyecto de vida.

El drama interior de muchos formandos y de las conciencias en general, se resume en la dificultad de integrar conflicto y amor. Se busca sólo un amor que sea gratificante, quedando apresados por el principio infantil del placer inmediato; un amor que no acepta la ley de la diferencia, por lo que no hay posibilidad de integrar al otro; un amor de Dios sin autoridad, dejando así la experiencia religiosa a merced del narcisismo._ftn15

b) Realizar una opción fundamental:

La persona llega un momento en que tiene que definirse respecto a los ideales y valores que marcarán el futuro de su vida. Debe tomar lo que denominamos una opción fundamental. Por opción fundamental entendemos la decisión por la cual la persona determina libre y radicalmente su relación en orden al último fin, en cuanto dispone de sí mismo totalmente. Esta decisión y esta disposición de sí mismo no suele hacerse con un acto explícito y reflejamente consciente, sino de una manera implicativa en los comportamientos singularizados. Con dicha opción, la persona decide libremente poner su vida en relación con la moral objetiva (valores, normas, leyes), pero sin perder el protagonismo y la

responsabilidad de la misma. Es la puesta en práctica de su autonomía. Expresa la madurez con que asume la responsabilidad de su libertad y la decisión de orientar su vida moralmente.

En una persona creyente, además, la opción fundamental la compromete cristianamente. Es la gran posibilidad (gracia) que Dios otorga al ser humano para que éste pueda encontrar su realización plena, a la vez que expresa el sentido dinámica de la existencia cristiana. Cuando Dios se ofrece al ser humano como verdadero horizonte de su realización, y cuando el ser humano libremente se decide a acogerse a ese ámbito de referencia, entonces tiene lugar la “gracia” de la opción fundamental cristiana (experiencia fundante). Naturalmente, ese ámbito de acogida y de realización del hombre no puede entenderse si no es como acogida que Dios ofrece en Cristo comunicado, a través del Espíritu, en su Iglesia. Por eso, la opción fundamental cristiana se identifica con la existencia cristiana: una existencia en la relación amorosa con Dios, una existencia en la conformación con Cristo, una existencia bajo la fuerza del Espíritu. Al convertirse la opción fundamental cristiana en una experiencia fundante, la persona encontró el “fondo motivacional” de su obrar libre y responsable. Tema que desarrollaremos más adelante, al exponer el área espiritual.

c) Crear actitudes morales:

Pero, la opción fundamental debe concretarse en los diversos campos de la existencia humana y cristiana. Debe traducirla en actitudes morales. Las actitudes morales constituyen aquel conjunto de disposiciones adquiridas que nos llevan a reaccionar positiva o negativamente ante los valores morales. El concepto de actitud moral viene a expresar lo que en la moral de Santo Tomás llamamos hábito, ya sea como virtud o como vicio.

En la formación, es fundamental crear en la persona sensibilidades para que descubra los valores morales y convicciones internas que interiorice dichos valores. La interiorización o subjetivación de los valores se identifica con la creación de actitudes. Para lograrlo, en primer lugar, la actitud cristiana supone como elemento necesario el de la “motivación”. El comportamiento ético cristiano no nace de un “imperativo” seco y frío, sino de un “indicativo” de gracia y de don. La experiencia de la llamada de Dios al seguimiento, va a ser clave en este sentido. En segundo lugar, la actitud debe concretarse en un ámbito de la vida humana. No puede quedar en pura intención ni en puro sentimiento. Por último, es propio de la moral cristiana el sentido dinámico. Una ética legalista se circunscribe al mínimo prescrito por la ley. Una ética de responsabilidad, que se apoya sobre el indicativo de un don total, aspira a más, a la autosuperación, a entender la vida como proceso. Actuar coherentemente.

d) Saber armonizar la obligación con la autenticidad:

Sin obligaciones no hay responsabilidad. Obligación significa vinculación, estar ligado a... Lo mismo que las normas, la obligación produce una reacción espontánea de rechazo. Se percibe como imposición externa, como amenaza a la propia libertad. No es raro escuchar: “los jóvenes de ahora quieren derechos

sin obligaciones". Se quiere decir que son proclives al capricho, que no tienen sentido de responsabilidad, que son inestables... Algo pasa con los vínculos primarios.

Una educación permisiva, sin leyes sancionadas por la autoridad, que se impone a la conciencia como obligaciones, no sólo debilita el sentido de responsabilidad, sino que propicia la debilidad del yo, a merced de la gratificación inmediata. Pero reducir la incondicionalidad ética al cumplimiento de unas normas hace de la conducta humana, igualmente, un sistema opresor que termina ahogando lo mejor de la persona.

En una cultura de la subjetividad, las obligaciones son sustituidas por el principio de autenticidad. Al respecto hay que aclarar que:

Una cosa es la autenticidad moral: Hace referencia a la coherencia de una conducta orientada por exigencias y valores objetivos. Uno es responsable cuando logra integrar pensamiento y acción, exigencias y formas de vida. Pero el problema surge cuando la coherencia es más importante que el corazón y cuando, inconscientemente, oculta mecanismos de defensa la persona se vuelve rígida, intransigente, autoexigente y voluntarista. Necesita verse perfecta para aceptarse. A la larga se quiebra.

Otra la autenticidad existencial: es un camino de libertad interior, en el que la persona asume la responsabilidad de llegar a ser verdaderamente fiel a sí misma. Esta fidelidad a sí mismo no se debe confundir con espontaneidad afectiva (hacer lo que me apetece), sino con la decisión de tomar la vida en las propias manos. Es la persona que maduró su conciencia y se mueve no por dependencia afectiva o por el deber por el deber. Encontró las motivaciones últimas de su actuar en la profundidad de su ser y en el amor a Dios. Prefiere la fidelidad a sus propias obligaciones aunque no siempre se lo aprueben. Ha logrado integrar las obligaciones como parte de la responsabilidad de su libertad. No depende del afuera para hacer las cosas.

Para lograr la madurez moral, la persona ha tenido que trascender sus necesidades y deseos infantiles, ser auténtica, tomar una opción fundamental, adherirse a valores éticos y religiosos que para ella tengan sentido y crear actitudes coherentes, integrándolo todo en un proyecto de vida (consagrada, sacerdotal o matrimonial). El área espiritual vendrá a cerrar el círculo, al iluminar desde la experiencia fundante de la fe, el camino del ser humano en su proceso de maduración en la libertad responsable (corresponsabilidad).

Para trabajar a nivel personal

- ¿Qué valores manejan hoy los/las formandos/as? ¿Cuáles favorecen una vida dominicana en corresponsabilidad y cuáles la dificultan?

- ¿Qué actitudes humano-cristianas favorecemos con el tipo de formación que impartimos: de transparencia, autenticidad, coherencia, compromiso, sumisión, miedo, inhibición, doblez...?
- ¿Qué problemáticas presentan hoy los/las formandos/as en la incorporación de la ley y la responsabilidad frente a las obligaciones contraídas? ¿Qué favorecería una actitud y disponibilidad más positiva al respecto? ¿Cómo lo podemos introducir en la formación?
- ¿En qué medida el “otro” y las “mediaciones” están integradas en los/as formandos/as?
- ¿Qué problemáticas detectamos mayormente en la relación con las figuras de autoridad? ¿Qué favorecería una relación madura al respecto? ¿Cómo es nuestra relación con los/as formandos/as?

C. ÁREA ESPIRITUAL

Las motivaciones: Fundamento de la libertad responsable

Las motivaciones vocacionales son las que fundamentan y dan sentido a la vida consagrada y dominicana. Decíamos en el apartado anterior, que todo comportamiento humano es un comportamiento motivado. Mientras lo psicoafectivo y lo moral nos daban el equipamiento humano básico, el área espiritual nos pone delante de las motivaciones últimas de una vida consagrada. Los valores morales internalizados, en el caso del religioso/a no son suficientes. La vocación es don y gracia de Dios. Exige personalizar los valores del Evangelio, fruto del encuentro interpersonal con Dios, desde el carisma dominicano y la vinculación afectiva a la Orden. Sólo así la corresponsabilidad se convertirá en un valor constitutivo de las motivaciones vocacionales.

Las motivaciones vocacionales hunden sus raíces en la experiencia fundante de la vocación. En la experiencia de la llamada se da el encuentro entre “deseo” y “valor”. Integra el mundo afectivo con el moral. Unifica el ser. La llamada reclama una respuesta. Dios tiñe la libertad del ser humano de una gran responsabilidad. Por dignidad humana no le permite la indiferencia moral. Al Dios que se revela, el ser humano le debe la obediencia de la fe. Una auténtica vocación, debe llevar a la responsabilidad de la fe, en un compromiso por la propia consagración, las tareas comunitarias y la realización de la misión. Pero, a la vez, al responder a la vocación, el joven necesita sentir que no van a quedar truncados los dinamismos propios de la personalidad, como son, por ejemplo, su mundo afectivo, cognitivo y profesional.

Cuando un joven o una joven piden el ingreso a la Orden, se les exige, entre otros requisitos, madurez psicológica, aptitud, capacidad para vivir en comunidad, libre voluntad de consagrarse a Dios y “rectitud de intención” (Cf. LCO 155). Es lo mismo que autenticidad en las motivaciones e idoneidad para responder a la gracia. Ambos elementos están ínitamente trabados en el discernimiento vocacional.

La primera tarea y principal, como formadores, es verificar el hecho evidente de la llamada. La iniciativa divina es el fundamento en que se apoya todo lo demás (Jn 15,16). Esto se clarifica en el contexto de la fe vivida por el candidato. El formador realiza en este campo, en nombre de la Iglesia, un trabajo de clarificación espiritual (discernimiento espiritual) y confirma al candidato en la certeza moral de la presencia de los signos claros de la llamada. Pero al mismo tiempo, debe acompañar este discernimiento clarificando y potenciando las condiciones humanas del candidato para una vida consagrada. La gracia supone la naturaleza.

Los signos de la elección divina se manifiestan a través de una intensa vida espiritual, nutrida de oración, de un claro espíritu de servicio, de una inequívoca ansia de identificación plena con Cristo y de que se conozca su liberación... Signos de una fe responsable y adulta. Estos signos constituyen el requisito básico de una auténtica vocación. Con el formando habrá que ir trabajando gradualmente las “raíces religiosas” de su historia personal: Primeras experiencias de encuentro con Dios, formación religiosa que ha recibido en la familia, imágenes de Dios internalizadas, crisis de fe... para llegar al momento en que la experiencia fundante de la fe despertó su vocación.

En el proceso de clarificación vocacional, debemos distinguir siempre de forma cuidadosa las “mediaciones” que Dios se vale para el despertar vocacional e iniciar el interés por la vida consagrada, de las “motivaciones” que dan sentido y sobre las que hay que fundamentar la vida consagrada. Las mediaciones despiertan, concretizan y sitúan la vocación. No hay un método concreto y limitado de mediación. Sí hay unas claras mediaciones humanas. Desde las internas, como la conciencia moral y la conciencia religiosa; a las externas, como los pobres, el grupo juvenil, un retiro, un curso, un folleto... Dios se sirve de mil recursos para hacer escuchar su voz. Estas mediaciones tienen una función transitoria que termina cuando la persona tomó conciencia de su verdadera motivación.

Las motivaciones subjetivas son sin duda el punto más difícil, pero también clave, en el proceso de clarificación vocacional. Para lograrlo debemos introducir elementos humanos que nos indiquen hasta dónde es libre (madura) una persona en sus decisiones y accionar diarios. Un buen acompañamiento requiere un trabajo integrado de la teología con las ciencias humanas. Nos indicará hasta dónde la responsabilidad está internalizada y se personalizó, es decir, si la responsabilidad brota de las motivaciones vocacionales, o por el contrario, es pura “apariencia” en función de agradar a los demás y ser bien visto, para satisfacer necesidades afectivas infantiles. Para clarificar una “auténtica motivación”, los criterios religiosos deben ser completados con criterios psicológicos.

Para comprobar la autenticidad humano-evangélica de una vocación, no basta con que el joven manifieste adhesión a valores religiosos, a ideales evangélicos y muestre una vida de oración plena, incluso tenga gestos de compromiso por los demás, sino que debemos “desenmascarar” qué hay “detrás” de sus verdaderas motivaciones vocacionales. Hay que llegar a las motivaciones últimas, a la raíz de donde brota el comportamiento humano y se toman las opciones fundamentales: las necesidades del mundo afectivo y sexual, de autorrealización, de promoción humana, etc.

Las razones que puede llegar a tener una persona para querer ser dominico o dominica, pueden ser muy diversas y variadas:

- Motivaciones insuficientes e imperfectas: Por un determinado trabajo pastoral; por un deseo de mayor santidad; para vivir una vida de mayor silencio, recogimiento y “huida” del mundo...
- Motivaciones incorrectas e inapropiadas: por que me gusta el hábito, para vivir en comunidad...; por interés, utilidad y conveniencia (poder estudiar, promocionarme, viajar, conocer mundo...); por un fracaso emocional y afectivo; por expiar un pecado propio o ajeno; por una promesa que hice en una situación difícil...
- Motivaciones correctas y auténticas: Por Dios, Jesús, el Evangelio, el Reino... Es decir, para consagrarse más plenamente a Dios, siguiendo a Jesús en pobreza, castidad y obediencia, junto con unos hermanos/as, para implantar la voluntad de Dios en el mundo: el Reino.

Detrás de toda vocación hay motivos inconscientes inaceptables que deben ser clarificados, por cuanto condicionan la recta intención y el modo de asumir responsabilidades dentro de la vida consagrada. No es raro encontrar jóvenes que presentan motivos válidos, pero esconden en el fondo otros inaceptables. Por ejemplo, se habla de servir al prójimo, pero en realidad lo que busca es que lo estimen, admiren, etc.; afirma que busca una vida independiente y de entrega, pero en realidad busca satisfacer necesidades de dependencia y protección. O se maneja desde la fuga defensiva, cuando: se anhela la seguridad de la obediencia ante las dificultades o las responsabilidades; se busca refugio en el celibato o en la comunidad ante el miedo al sexo, al matrimonio o a la soledad; o cuando se busca la opción vocacional como expiación de los propios pecados o de una persona querida, y se hace ansiosamente, con un ascetismo austero e intransigente con los demás.

Esto no significa que no tenga vocación para la vida religiosa. Simplemente indica que las motivaciones deben ser “purificadas”. Y las motivaciones se purifican cuando las contrastamos con el “yo real”. Ahora bien, el objetivo de la formación no es tanto facilitar un proceso de “autoperfeccionamiento”, sino ayudar al formando a que madure integralmente como persona para poder responder a su vocación. Al trabajar los procesos de personalización, se ponen en ejercicio los dinamismos humanos que le permitirán adquirir una identidad religioso-carismática concreta. La vocación implica crecer en los valores

evangélicos de la entrega y renuncia por los hermanos y por el Reino. Una vida en corresponsabilidad.

No ignoramos que las motivaciones religiosas están supeditadas a los dinamismos humanos de la gradualidad y el cambio. Ajustadas también a los “ciclos vitales”. Es esperable que a lo largo de los años las motivaciones sufran una transformación, se prioricen unas sobre otras, aparezcan nuevas... Obliga a resignificación. Pero siempre debe permanecer como fondo vital la experiencia fundante de la llamada, la relación interpersonal con Dios que sustenta y da sentido a la vocación. Más aún, se espera que haya llegado a vincular el ser a la Orden, con la vida y misión de los hermanos/as con los que se comparte un mismo carisma y vocación.

Para una libertad responsable, las motivaciones vocacionales deberían estar arraigadas en el vínculo profundo con Dios - que se sustenta en la experiencia fundante de la fe (vocación)- y en los sentimientos de referencia y pertenencia a la vida y misión de la Orden - en los que uno siente vinculado el ser- .

La vocación como experiencia fundante

Cuando aparece en el horizonte de realización la experiencia vocacional del encuentro interpersonal del joven con Dios, la experiencia de la llamada permite al joven buscar los parámetros de su identidad en Jesús y el Reino, tal como son encarnados en el carisma dominicano. La “experiencia fundante” corresponde al primer viraje cualitativo en el planteamiento global de la vida (“opción fundamental”). No hay que confundirla con la “segunda conversión” o las experiencias místicas propias de la madurez espiritual. Es la experiencia inicial que gradualmente se convierte en “experiencia configuradora”.

La experiencia fundante es la que da la identidad creyente, si bien en el caso de los religiosos/as se identifica con la experiencia vocacional (identidad carismática), ya que normalmente se dan a la vez, por cuanto han sido vividas simultáneamente, en un proceso de búsqueda de identidad personal y de proyecto de vida. Es la que posibilita fundamentar conscientemente la vida en la fe. Fruto de haber experimentado que Dios es el fundamento y sentido de mi vida, del encuentro con el Amor Personal Absoluto, de saberse a “Quien perteneces”.

La experiencia fundante, en cuanto experiencia determinante de la personalización, pertenece al misterio inobjetivable del encuentro entre Dios y el hombre, la gracia y la libertad. La iniciativa parte de Dios (es don y gracia) que se hace el enconradizo en un momento de crisis y desorientación en la que el joven busca definir el futuro de su vida (e identidad). Dios entra en comunicación con él, se establece una relación interpersonal de diálogo-escucha y autoclarificación, a la vez que se va gestando un vínculo afectivo profundo de amor (Alianza). La vida empieza a ser compartida en los estratos más profundos del ser. El “agraciado” se siente auténtico, él mismo, libre y

corresponsable de esta experiencia. Pero a la vez “se sabe” en las manos de Dios.

La experiencia fundante desencadena la obediencia de la fe, como una forma de vivir y ejercer la libertad como dominicos y dominicas:

- Está en la base de la consagración religiosa. La experiencia fundante le hace tomar conciencia al formando de que él es el primer responsable de su vida y vocación (Cf. LCO 156). Le exige una obediencia activa, dinámica, emprendedora y responsable en el seguimiento de Jesús. Le lleva a consagrarse a buscar la voluntad salvífica de Dios en su vida y a convertirla en proyecto de vida. La voluntad de Dios, manifestada en Cristo, se transforma en la fuente de sentido y poder de libertad.

- Exige una libertad vivida en corresponsabilidad con los hermanos/as de la comunidad y de la provincia. Dios no nos llama a buscar su voluntad de una manera aislada y solitaria, sino en comunión con aquellos/as que Él también llamó y que formamos una misma familia religiosa. Más que la vocación lo que existe es una “convocación”, en la que nadie puede ser indiferente a los demás y a las responsabilidades comunes. Una corresponsabilidad desde funciones y servicios distintos, pero integrados, donde las mediaciones del prior, la comunidad, los proyectos comunes... están integradas. Una auténtica experiencia fundante refuerza los vínculos de referencia y pertenencia a la Orden, la provincia, la comunidad...

- Exige un compromiso por el Reino. La obediencia que brota de la fe exige compromiso por implantar la voluntad de Dios en el mundo, el Reino. La finalidad última de la experiencia fundante, es hacernos corresponsables de la predicación de la Palabra, del anuncio de la Buena Nueva, del compromiso con los pobres, de los proyectos pastorales de la provincia. No se puede separar el momento misional del momento espiritual. Encuentro con Dios y encuentro con los hombres y mujeres, donde se revela la voluntad de Dios. Pasión por Cristo y pasión por la humanidad, mística y profecía. Una auténtica experiencia de Dios jamás puede dar la espalda a la realidad. Nos debe comprometer hasta el final.

En suma, la experiencia fundante al darnos la identidad como dominicos y dominicas, nos introduce en un proceso de configuración con Cristo, reactualizando en nosotros la misma experiencia fundante de Domingo, de la que brota su compromiso por la predicación del Evangelio. Nos conduce a vivir la radicalidad de la fe, la vinculación profunda con los hermanos/as de comunidad, la provincia y la Orden, la corresponsabilidad en la entrega comunitaria y por el Reino. A ella habrá que recurrir en los momentos de crisis y dificultad como fondo motivacional que dinamiza la vida y vocación.

Para una espiritualidad de la corresponsabilidad

El formando debe ir logrando a lo largo de todo el proceso formativo una “síntesis integrativa”, entre las diversas dimensiones y experiencias de su vida. Para ello necesita un “eje” que se lo posibilite: la experiencia de Dios vivida

como contemplación. Afirma el Capítulo General de Providence: “La contemplación de un Dios Trino y del Verbo Encarnado, tiene el efecto de integrar los diferentes y aparentes elementos dispares de nuestra vida y por lo tanto de la persona humana. La oración y el estudio, el apostolado y la comunidad, la observancia y la dispensa, forman parte de una vocación única, pluriforme y unificada” (Actas nº 353).

Dicha “síntesis integrativa”, como contemplación dominicana, supone haber personalizado un proyecto coherente de vida: obrar desde un centro personal; leer los acontecimientos tristes y positivos de la vida con los ojos interiores de la fe, encontrar una unidad de sentido a todo lo vivido, desde la infancia hasta ahora y experimentarlo como historia de salvación; tener equilibrado el corazón y la cabeza, la afectividad y la razón; haber elaborado personalmente una cosmovisión, no aprendida en los libros, sino fruto de las grandes experiencias y decisiones de la vida...

Pero la contemplación dominicana no sólo tiene una función integrativa, sino que además debe motivar todo un proceso de santificación desde la autosuperación, la entrega, la misericordia y la compasión por los demás, en síntesis, incentivar la corresponsabilidad en la esfera personal, comunitaria y pastoral.¹⁶ Lo podríamos sintetizar en los siguientes rasgos de lo que llamamos una “espiritualidad de la corresponsabilidad”:

a) Autonomía y autenticidad: Libertad y gracia

La espiritualidad dominicana, ha ejemplo de Santo Domingo, ha sido calificada de contemplación libre, flexible y abierta¹⁷. Apela a una autonomía y autenticidad, como las dos actitudes humanas básicas que posibilitan, no sólo la madurez humana, sino además la relación profunda con Dios. Para que a experiencia teologal adquiriera predominio en el joven hice falta que éste haga una “desapropiación del yo” bajo la iniciativa del Amor Absoluto, revelado en Jesús y actuado por el Espíritu Santo. Es decir, la persona tiene que “trascenderse”. Ir más allá de sus necesidades y deseos. Descubrir que su verdadera realización está “más allá de sí mismo”, en Dios, pero sin olvidarse de sí mismo, de lo que uno es y siente.

Esta nueva libertad del Espíritu significa, en primer lugar, que la persona va a vivir guiada “desde adentro” por el Espíritu, y no guiada “desde afuera” por la Ley. Esta es la verdadera autonomía: la que se fundamenta en la Alianza de Amor. Es fruto de un don. Es gracia (iniciativa de Dios). Pero a la vez, es respuesta libre (responsabilidad del hombre). Es autonomía referenciada y responsable.

El religioso debe aprender a “vivir de adentro afuera”. Una persona es auténtica cuando busca vivir no de instancias de fuera (para quedar bien, el qué dirán) o proyecciones (según lo que otro desea), sino siendo fiel a sí mismo y a Dios. Descubre la fe como una experiencia liberadora.

De ahí que sea importante entender la vida como historia de salvación. Dios salva “desde dentro” de nuestros dinamismos humanos, en el respeto de las

condiciones normales de la existencia finita (es el ejemplo de todos los personajes bíblicos). Hay que leer la propia historia en clave de salvación. Pero a la vez, Dios salva “desde fuera”, por eso el hombre experimenta su propia historia como si no dispusiera de ella, abierto a la Palabra de Dios que ilumina, a la promesa de Dios que desborda, al amor de Dios que transforma, al reinado de Dios que resucita a los muertos...

En síntesis, la autenticidad imprime un talante teologal al proceso de personalización cuando no renuncia a la autonomía ni al carácter trascendente de su realización. A través de todo este proceso, es la Gracia quien hace de hilo conductor y permite no confundir la personalización con la autoposesión. Por el contrario, le presenta a la persona la Vida Trinitaria y el Misterio Pascual como horizonte de realización, la voluntad de Dios.

b) Autoconocimiento e integración de lo real:

La espiritualidad no se centra en lo “espiritual”, sino en el seguimiento de Jesús como acción del Espíritu en la historia, según la voluntad del Padre, que es el Reino. Su dinámica es la de las Bienaventuranzas, eje vertebrador de la experiencia interior (ser pobres de espíritu) y exterior (optar por los pobres).

Para que la experiencia de lo trascendente sea verdadera, ha de incorporar la realidad. La contemplación no puede hacernos cerrar los ojos ante nuestra realidad personal y la del mundo que nos rodea, especialmente de los pobres y cuantos sufren. Ser hombre o mujer “espiritual” es tener capacidad para percibir la realidad misma, en sus dinamismos y procesos, tanto en el plano individual como social, como dinámica del Reino. La auténtica espiritualidad implica recuperar la verdad de mí mismo y del mundo. Un autoconocimiento real comienza cuando uno se pregunta ¿qué hay detrás? y se descubre el “yo real” para empezar todo un proceso liberador.

La espiritualidad debe llevarnos a “desenmascarar” la verdad de nosotros mismos. Tenemos que preguntarnos, no tanto acerca de nuestras ideas, sino acerca de nuestros sentimientos e intenciones más escondidas. Conocer cómo realmente somos, pensamos y sentimos y aceptarnos como somos. Debemos encontrarnos con nuestra verdad (hechos dolorosos de la infancia, impulsos que no puedo manejar, complejos que me hacen sufrir, miedos, dependencias, irresponsabilidades, egoísmos...). Más aún, debemos tomar conciencia de las expectativas de los demás sobre nosotros mismos, de nuestras propias proyecciones sobre los demás, los deseos íntimos inconscientes de lo que nos gustaría ser y creemos ser... Todo cuanto configura la autoimagen.

Es importante porque nos comportamos con los demás y nos presentamos ante ellos según el concepto que tenemos de nosotros mismos. El autoconocimiento me obliga a clarificar la autoimagen. La propia estima y la propia imagen condicionan nuestras vidas. Decía San Agustín: “Nada puede ser redimido, si primero no es asumido”. La personalización de la fe sólo se entiende cuando conlleva la transformación de la persona, a la conversión. Por

eso implica asumir la condición humana y purificar aspectos personales que se infiltran en la espiritualidad:

- Romper la imagen infantil de Dios ligada a nuestros deseos imaginarios, sin conflictos (evitar espiritualismos gratificantes).
- La experiencia de que el camino del Reino no responde a nuestras expectativas y deseos (superar la crisis de autoimagen).
- El encuentro con la densidad del mal y del sufrimiento en todas sus formas.
- Las contradicciones insalvables de la condición humana que ponen al descubierto nuestra condición de pecadores.

Quien posibilita introducir la condición humana en el proceso de personalización es la crisis: La “crisis de decepción” y la “crisis de autoimagen”. Esto hace que la persona no huya de lo real y se vea obligada a enfrentarlo. Es especialmente duro para los “idealistas”. Los/as formandos/as lo vivencian especialmente cuando se sienten desbordados por la realidad de sí mismos/as, al experimentar el desfase entre lo que se imaginaron y encontraron en la vida comunitaria y religiosa, por las resistencias de la gente en el campo pastoral... Cuando se confundió proyecto personal con proyecto del Reino, voluntad personal con voluntad de Dios. Cuando la vida se armaba sobre las defensas.

La crisis invita a la persona a recuperar la auténtica experiencia de Dios. Le obliga a la maduración humana y espiritual. Ha reencontrase con sus verdaderas motivaciones vocacionales. La humildad es la base de toda experiencia espiritual. Es aceptarme como soy, para no quedarme en lo que soy. Es hacer lectura de la realidad desde la historia de salvación. La crisis le obliga a resituar el “ideal” dentro de lo “real”. Tiene que considerar los dos polos de la existencia. Así, el ideal aparece como meta, como utopía a alcanzar. Pero obliga a la persona a realizarlo en su vida cotidiana, a confrontarlo con sus limitaciones, a respetar el tiempo, es decir, a ser humilde para no bloquear el proceso de crecimiento espiritual.

Al mismo tiempo, le obliga a fundamentar su existencia en la fe, esperanza y caridad. A ser consciente de que en el fondo toda transformación y cambio profundos, implica aceptarlos como gracia y don, como obra del Espíritu en uno. Se inicia en la experiencia de ser amado incondicionalmente por Dios. Un Dios ante el cual no necesito defenderme. A Él puedo expresarle mis fondos más oscuros, con la seguridad de que no seré censurado, juzgado, recriminado, rechazado... Experiencia de “justificación por la fe”. Redención y liberación.

c) De la experiencia de “importar” para Alguien, a amar a Dios por sí mismo:

El amor toma consistencia en nosotros cuando sentimos que “importamos” para alguien. Que alguien nos ama total e incondicionalmente. La espiritualidad debe llevarnos a establecer un vínculo afectivo-teológico con Dios, a ejemplo de Domingo que toda su vida se fundamentaba en el amor a Dios y al prójimo. Este vínculo es quien motiva interiormente el proceso de crecer en

corresponsabilidad. Esto se constata cuando experimento interiormente que Dios me interesa más allá de la gratificación inmediata, cuando Dios polariza mis energías vitales en su conjunto, cuando le busco con constancia, a pesar de todo. Esta espiritualidad que “descoloca la libertad” sólo puede construirse cuando hay una historia de relación y, por tanto, cuando Dios en persona me importa como proyecto y sentido de mi vida.

El amor es regalo de Dios, porque él nos ha amado primero (1Jn 4,7-21). Y al hacerlo nos ha hecho capaces de amar, en respuesta a su amor. Lo primero no es tanto el hacer algo a partir de nosotros mismos, sino más bien el hacer espacio al amor de Dios para que se despliegue plenamente en nosotros. Experimentarnos vitalmente amados, acogidos, perdonados por Dios, es lo que hace posible nuestra respuesta de amor al otro, a no excluir a nadie del ámbito de nuestro amor, a darle un sentido a nuestra entrega, a tener el coraje para perdonar. Sólo el que ama vive de verdad.

Hay que superar encontrar a Dios como “horizonte de sentido” y llegar a “amar a Dios por sí mismo”. En el proceso teologal del amor a Dios, no basta con que Dios se constituya en “horizonte de sentido” para el formandito (encontró un ideal de vida). Como si todo se limitara a integrar sus distintas dimensiones, encontrando un sentido último en lo que hace. No deja de ser utilitarista este amor, o interesado, para dar “sentido a la finitud” humana. Hay que dar un paso más y “amar a Dios por sí mismo”. La fe reclama relación interpersonal.

El autoconocimiento y la fe como “horizonte de sentido” (como ideales de vida) no son suficientes. No es raro encontrar formandos/as que se consideran adultos/as porque han logrado integrar la experiencia religiosa y su autonomía humana, la fe y la autorrealización. En realidad no están convertidos a Dios, sino a sí mismos. Alcanzaron la autorrealización porque su vida tiene un “sentido” (ideal por el que luchar). Todo está en orden racionalmente, pero falta llenar el corazón. Es altamente positivo que no se confunda la voluntad de Dios con la obligación de estar en orden con Él o el miedo a su no aprobación; pero, si no deseamos por encima de todo hacer su voluntad, si no subordinamos nuestros intereses a los suyos, no tenemos en nosotros el amor de Dios.

La experiencia teologal es la que permite que la voluntad de Dios no se confunda con el propio proyecto de vida, justificado desde la fidelidad a sí mismo y desde los valores evangélicos que la fundamentan. Lamentablemente, no todos en la vida consagrada se lanzan a la aventura del amor absoluto. La pretensión de Dios de ser amado fiel, exclusiva y totalizadamente, sigue siendo tan conflictiva como cuando el Deuteronomio formuló sus exigencias radicales: “Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (Dt 6,4-5). Dios permanece como fondo afectivo, o como horizonte de sentido. Pero se renuncia a lo más propio del amor, a construir desde la consagración una historia de amor con Él.

Amar a Dios por sí mismo, obliga a integrar el conflicto que trae consigo el amor auténtico y sincero dentro de la relación interpersonal con Dios. El Dios

revelado en Jesús nos coloca delante de una definición profunda. Ante su mirada, su exigencia, su donación, su amor... nos invita a hacer nuestro su proyecto, sus palabras, su mismo amor. Nos invita a responder, como Pedro, a la pregunta de Jesús: "¿Me quieres más que a estos?" (Jn 21,15), con todo lo que ello trae consigo, dudas, luchas y renunciaciones. No podemos eludir la dramática conflictiva que implica el encuentro interpersonal con Él.

La certeza para saber si mi relación interpersonal con Dios es auténtica y no pura proyección personal, nos lo ofrece la motivación última de mi relación con Dios. Si se busca lo religioso en función de la satisfacción de necesidades elementales, para lograr la armonía interior y superar los conflictos que genera la realidad externa, Dios se convertirá en el seno materno indiferenciado y lo religioso en una técnica de meditación trascendental de talante psicológico (como puede ser el Zen o el yoga). Si nos quedamos en el deseo de la autotranscendencia, Dios se reducirá a una proyección de nuestro mundo imaginario reprimido. La fe es encuentro con el Otro, distinto de mí. ¿Respetamos la alteridad de Dios? ¿Podemos "morir" por Él? ¿"Confiamos" en el Amigo? ¿Nos "fiamos" de su palabra? ¿Dialogamos con Él?. El amor a Dios no deja de ser un amor conflictivo y exigente, como lo es todo amor interpersonal.

d) Capaz de morir por los demás: Integra el conflicto Pascual:

El primado absoluto del amor a Dios es entendido en la Biblia y en Santo Domingo unido a la ética, al amor al prójimo. Nadie puede decir que ama a Dios si odia a su hermano (1Jn 4,20). El prójimo es el lugar ético del amor a Dios, como nos enseña Jesús en la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37). Dios es la fuente del amor teologal, pues si Dios no es amado por sí mismo y en sí mismo, no es Dios. Pero el amor al prójimo es el "test" que autentifica la verdad del amor a Dios. El amor teologal es real y perceptible, pero sólo es objetivable indirectamente, en su mediación: el prójimo.

Un fraile o una hermana que no sea capaz de sacrificarse por Dios y por los demás, está lejos de vivir su contemplación (y la misma consagración) en clave de Misterio Pascual. Si no hay una madurez afectiva y moral de base, no se podrá dar respuesta vital a la pregunta teologal: "¿Merece la pena sacrificarse por Dios?" "¿Y por los hermanos y los pobres?". Sólo va a poder responder aquel y aquella que hayan "descubierto" a Dios desde su corazón y lo vive desde una fe capaz de amarlo hasta el extremo de "dar la vida por los amigos" (Jn 15; Jn 12; Rom 5; 2Cor 4).

La experiencia teologal no es ajena al conflicto de deseos y expectativas (Lc 24,13-35). El conflicto se genera cuando nuestros intereses más íntimos (afectivos, de autoafirmación, de éxito pastoral, etc.) chocan con el proyecto Pascual de Dios (Mt 26,36-46) manifestado a través de los hermanos, los superiores, la realidad. El conflicto se resuelve en clave de fe, cuando la persona puede encontrar un nuevo sentido y despertar una nueva vivencia, como acción del Espíritu en su interior.

Una auténtica experiencia de Dios es la que puede darle un sentido teologal a la frustración. No se puede apoyar la fe, la vocación y los compromisos que se asumen en la realización de los deseos personales de éxito, valoración, compensación afectiva, realización del propio proyecto personal o profesional... Si las motivaciones últimas de nuestros actos y la interioridad de la relación con Dios, están configuradas por el deseo de felicidad inmediata y controlable, serán percibidas como mala cualquier frustración. Si por el contrario, la interioridad ha logrado ser teologal, el creyente percibirá el sentido de la frustración desde la fe oscura, más allá de todo saber; desde la esperanza desnuda, más allá de los resultados; desde la obediencia de amor, más allá de toda autorrealización. En síntesis, una fe que no sea capaz de incorporar la realidad finita termina alienándose en un mundo ideal o refugiándose en espiritualismos sensibles.

No podemos fundamentar la espiritualidad en una imagen de Dios amor, felicidad, gratificación inmediata... en la que está excluida cualquier relación con el sacrificio, el sufrimiento, la renuncia por los demás, la decepción y la dureza de la vida. Es una imagen de Dios sin conflicto, sin lo "desagradable". Al hacerlo desvirtuamos lo central del mensaje de Jesús: la entrega y la cruz como algo a asumir en el seguimiento de Jesús (Mc 8,34-35; Mt 10,34-39). Disociamos el amor de la realidad, donde el conflicto y el sufrimiento son normales.

Otros incluso en un afán de una moral sin conflicto, llegan a replantear el tema de la "culpa", el "juicio" y el "pecado" desde coordenadas que quitan toda responsabilidad a la persona. Lo cual, no deja de ser un mecanismo infantil para evitar el cara a cara con Dios, y evitar las consecuencias del desamor en la relación interpersonal con Él y el prójimo. La fe nos invita a reconocer como adultos la culpa, la responsabilidad en la ruptura de la alianza y asumirla como propia. Esto suscita en nosotros la necesidad de reparar el amor herido y de buscar el perdón de Dios.

Al no resolver el conflicto en clave Pascual, la obligación, la responsabilidad, la fidelidad, el morir por el hermano, el sacrificarse por la gente... dejaron de tener sentido para muchos religiosos y religiosas.

La Orden, como experiencia de referencia y pertenencia

La espiritualidad debe llevarnos a una vinculación afectiva con la Orden. El sentido de identidad y el de pertenencia representan los elementos estructurales y constitutivos del yo; como los dos polos que configuran la fisionomía de un individuo. Toda persona se define a partir de aquello que es y en lo que se reconoce, así como por aquello a lo que pertenece y a lo que se entrega. Clave para evaluar las motivaciones vocacionales.

La identidad personal como dominicos/as se define al identificarse el formando con la persona de Jesús y con el carisma dominicano. De esta identificación se deriva el sentido de pertenencia, que es precisamente el reflejo, en el plano relacional-social, del sentido de identidad. Cuanto más fuerte sea éste, tanto

más lo será aquél. Es decir, cuanto más se reconoce uno en el carisma dominicano, tanto más natural e inevitable será la opción de entregarse a él y a los hermanos que comparten el mismo don carismático. Pero sólo logrará estabilizar los sentimientos de referencia y pertenencia a la vida y misión de la Orden, siempre y cuando arme su identidad como consagrado y dominico integrando y no rechazando la realidad de la vida comunitaria y provincial tal cual es.

La pertenencia arranca del primer compromiso de vinculación jurídica a la Orden, pero no se puede quedar en el acto formal, sino que ha de vincular afectivamente el ser con la Orden. La pertenencia refleja la capacidad de generar y despertar vínculos afectivos, de responsabilidad y de compromiso a fondo con la comunidad, la provincia y la misión de la Orden. La decisión de pertenecer a la Orden, debe contar con la consiguiente fundamentación subjetiva. El formar parte de la Orden, sólo se hace plena y efectiva cuando se da una comunión real de vida que abarca todos los ámbitos de la existencia del individuo; de lo contrario, en esa pretendida pertenencia hay algo que es menos auténtico, cuando no sutilmente falso: una especie de ficción jurídica.

Definimos el “sentido de pertenencia”, como la capacidad de sentirse parte de un grupo de personas con las que se comparte la misma raíz, los mismos valores, el idéntico proyecto del Padre, gracias al cual esas personas se convierten en hermanos y ese grupo en la propia familia.

Por eso es tan importante que desde el inicio de la formación cada formando vaya “identificándose”, o dicho en otras palabras, vaya “personalizando” cada aspecto constitutivo del carisma dominicano. Que lo pueda sentir como propio, reconocerse a sí mismo en esa misma historia, figuras, comunidades y proyectos... porque van teniendo para él un sentido y significado especiales. Es así cómo la pertenencia va construyendo progresivamente el sentido de identidad dominicana:

- La historia de la Orden sentida como algo que es y refiere su propia historia vital.
- La comunidad y la Provincia sentida como su propia y nueva familia, cuyos vínculos elegidos son más temáticos y resistentes que los originales, fruto de la carne y la sangre.
- Las Constituciones como la expresión del proyecto que Dios tiene sobre su propia vida; por eso se llama “regla de vida”.
- La tradición dominicana sentida no como una mera serie de costumbres recibidas de los antiguos padres, sino garantía de fidelidad y criterio de lectura para descifrar en el presente la propia misión.

Pero además, es clave que el formando incorpore en su vida que Dios lo llama a seguir a Jesús no aisladamente de los demás, sino en comunión con otros. Lo fundamental de la pertenencia es la convocación. Todos los llamados a la vida consagrada no lo hemos sido individualmente, sino juntamente con otros, es decir, hemos sido “convocados”. Expresión de la dimensión eclesial de la vocación.

Y la consecuencia de esta convocación se traduce en una palabra fuerte: vinculación. Tenemos la tendencia a entender la fidelidad en términos de vinculación personal con el Señor, pero descuidamos la vinculación grupal que es tan esencial como la primera. Dios nos llama no sólo a vincularnos del todo y para siempre con Él, sino también, con cada uno de los hermanos/as de la Provincia y de la Orden, con sus vidas y con la misión común. Ser fieles a nuestra consagración pasa necesariamente por esta vinculación.

En síntesis, los siguientes elementos nos indicarían que el formando incorporó los sentimientos de referencia y pertenencia a la Orden, como parte de sus motivaciones vocacionales de seguir a Jesús como dominico:

- Cuando siente un compromiso afectivo que vincula su existencia con la del resto de los hermanos/as de la provincia o de la comunidad. La pertenencia va más allá del conocimiento y comprensión del carisma. Supone asumir la realidad institucional y sentirla responsablemente como propia.
- Cuando tiene la conciencia de que no se pertenece a sí mismo, sino a Dios y a los hermanos/as. “Todo lo que soy y lo que tengo me lo ha dado Dios y me invita a ponerlo al servicio del Reino en un grupo apostólico con un proyecto determinado, al que me he vinculado total y definitivamente”.
- Cuando la comunidad, la provincia y la Orden se han constituido para él en referentes de toda su actuación. Esta referencia está constituida por unas figuras de autoridad, proyectos comunitarios o pastorales, concretos.
- Por último, cuando la pertenencia le exige convertirse en constructor de la comunidad y de la misión y lo involucra cada día más. “Yo me siento corresponsable de la vida de los hermanos y del proyecto pastoral”. “Los siento como algo mío”.

Para trabajar a nivel personal

- ¿Cómo enfrentamos las crisis vocacionales en los procesos formativos?
- ¿Cómo repercuten en los formandos?
- ¿Qué “tipo de espiritualidad” presentan nuestros formandos?
- ¿Cómo es el “tipo de vinculación” que hacen con la provincia, la comunidad y la misión?
- ¿Cómo formamos en una libertad responsable? ¿Qué mediaciones utilizamos?
- ¿Qué logros esperamos que alcancen los/las formandos/as en cada una de las etapas formativas? ¿Buscamos una formación personalizada, adaptada a cada situación, edad, etapa y proceso personal? ¿Cómo lo armonizamos con las obligaciones y objetivos comunes?

TEMA II: APORTES PARA LA FORMACIÓN

I. PARA UBICAR EL TEMA

A modo recordatorio

De la Constitución Fundamental: “En virtud de la misma misión de la Orden, son afirmadas y promovidas de modo singular la responsabilidad y la gracia personal de los frailes. Cada uno, después de terminada la formación, es considerado como hombre maduro, puesto que enseña a otro hombre y asume múltiples funciones en la Orden. Por igual razón la orden quiere que sus propias leyes no obliguen a culpa, para que los frailes las reciban sabiamente, “no como esclavos bajo la ley, sino como hombres libres bajo la gracia” (LCO, VI)

La obediencia: “Al principio de la Orden, Santo Domingo pedía a sus frailes que le prometiesen comunidad y obediencia. El mismo se sometía humildemente a las disposiciones y, sobre todo, a las leyes, que con plena deliberación, promulgaba el capítulo general de los frailes. Pero fuera del capítulo general

exigía a todos la obediencia voluntaria, con benignidad ciertamente, pero también con firmeza en las cosas que él mismo, gobernando la Orden, ordenaba después de una conveniente deliberación. En verdad, una comunidad para permanecer fiel a su espíritu y a su misión, necesita el principio de unidad que se obtiene por la obediencia” (LCO 17.I)

Formación de los frailes: “La formación debe ir encaminada a que los alumnos sean conducidos a la plenitud de la vida y del apostolado propios de la Orden conforme a lo que se dice en nuestras leyes y también en el plan general de la formación” (LCO 154)

“Para recibir una formación fructuosa, se requiere, por parte del candidato, salud física, madurez psicológica proporcionada a su edad, idoneidad para la vida social, adecuada firmeza en la vida cristiana, aptitud, recta intención y libre voluntad de consagrarse a Dios y a la Iglesia en la vida dominicana” (LCO 155)

“Incumbe al mismo candidato, bajo la dirección de sus maestros y demás formadores, la primera responsabilidad de su propia formación, cooperando libremente con la gracia de la vocación divina” (LCO 156)

La obediencia en la vida consagrada y dominicana

La obediencia es una forma de vivir y ejercer la libertad que nace de la llamada de Dios a seguir a Jesús en la vida religiosa y dominicana¹⁸. La libertad me hace tomar conciencia de que yo soy el primer responsable de mi vida y vocación. A través de la obediencia consagrada, el religioso o la religiosa reproduce el diálogo teológico “libertad-gracia” en las distintas instancias de su vida (personal, comunitaria y apostólica).

La obediencia religiosa se concreta en una triple dimensión. Fruto de la llamada/vocación por parte de Dios, el dominico y la dominica:

1º Se consagra a buscar la voluntad salvífica de Dios en su vida y la convierte en proyecto de vida: La obediencia arranca del descubrimiento y aceptación de la voluntad de Dios que se revela en Cristo, como fuente de sentido y poder de libertad para el religioso/a. Así, el creyente se sitúa en la línea de Jesús: el Hijo de Dios, el primero de aquellos que obedecen, el hombre primordial que nos indica que vale la pena aceptar la voluntad del Padre. Movidos por el Espíritu, el dominico/a decide asumir como propia esta voluntad de Dios a ejemplo de Santo Domingo y la transforma en proyecto de vida.

2º No de una manera aislada y solitaria, sino en comunión con sus hermanos/as: Obediencia significa, en segundo lugar, búsqueda y cultivo común de la voluntad de Dios en un contexto de fraternidad y corresponsabilidad comunitaria. Dentro de un diálogo fraterno, animados por alguien que asume la función de superior, los religiosos/as se comprometen a mantenerse unidos/as, buscando en comunión la voluntad de Dios.

3º Con la finalidad de implantar la voluntad de Dios en el mundo: Esa obediencia se concreta, finalmente, en la misión por el Reino, para así cumplirla a favor de los hermanos más necesitados de la tierra. La “predicación y la salvación de las almas” (LCO I) definen el fin último de la consagración y de la vida común.

Un triple compromiso

De las dimensiones que caracterizan la obediencia en la vida consagrada y dominicana se deduce un triple compromiso personal:

1º Madurar en el don de la libertad responsable: Lejos queda entender la obediencia como sumisión y pasividad a la autoridad absoluta del superior y sin posibilidad de iniciativa por parte del súbdito. Por el contrario, colocándose en la debida perspectiva teológica, la obediencia es activa, dinámica, emprendedora, responsable. Es una forma de vivir y ejercer la libertad. Para el dominico/a la obediencia es corresponsabilidad en la búsqueda y ejecución común de la voluntad de Dios. Exigido por su misma forma de gobierno. Sin una adecuado madurez humana, ética y espiritual va a ser imposible vivirla dentro del binomio teologal “libertad-gracia”. La irresponsabilidad y el individualismo se constituirán en los ejes desde los que armará su consagración a Dios.

2º Integrar los sentimientos de referencia y pertenencia: La obediencia exige asumir las “mediaciones” de la voluntad de Dios que nos invita al seguimiento integrándose una familia religiosa. El sentido de pertenencia es la capacidad de sentirse parte de un grupo de personas con las que se comparte la misma raíz, los mismos valores, el idéntico proyecto del Padre, gracias al cual esas personas se convierten en hermanos/as y ese grupo en la propia familia. Es lo que dará fundamento afectivo a la corresponsabilidad dentro de la vida comunitaria y pastoral. Ello permitirá al formando sumarse corresponsablemente a los esfuerzos por el bien común de la comunidad y de la provincia; estar abierto al diálogo sincero y a la escucha atenta con los superiores y los hermanos de comunidad, con espíritu de disponibilidad y entrega; autoimponerse lo que es correcto, verdadero y bueno aunque los demás no lo hagan o no lo mande la ley...

3º Comprometerse en una misión creativa: Nuestra identidad como consagrados/as no es algo abstracto y desencarnado de la realidad ni se encierra en un ghetto comunitario o eclesial, sino que se abre a la dimensión social históricamente situada. Lleva al compromiso por el otro, por transformar el mundo acorde al proyecto salvador de Dios. La historia y el hermano,

especialmente pobre y marginado, interpelan nuestra búsqueda personal y comunitaria de la voluntad de Dios. La Orden es creativa en su misión. Invita a asumir prioridades e ir a las fronteras de la evangelización. Dentro de un trabajo planificado y eficiente. La misión no puede quedar supeditada a que el fraile o la hermana dependan para su perseverancia y presencia apostólica de las compensaciones, gratificaciones, que la gente les colabore, se lo agradezca, no implique sacrificios ni renunciaciones... Donde primen estos sentimientos el Evangelio quedará desplazado.

II. PARA ESTIMULAR LA CORRESPONSABILIDAD

Responsabilidad viene de re y spondere, y expresa la acción recíproca de “comprometerse”. Es la capacidad y la urgencia de “responder” de algo y ante alguien: ante la propia conciencia, ante los otros y, en definitiva, ante Dios. La vocación de Dios, con el don de la gracia que lleva consigo, capacita a la persona para “responder” y la urge por dentro a “responder”, es decir, la hace literalmente “responsable”.

En este sentido, la corresponsabilidad es inherente a la consagración. “La obediencia no es para nosotros huír de las responsabilidades, sino estructurar los diferentes modos en los que las compartimos”_ftn19. Una vida compartida, desde una vocación y desde un carisma común a todos, debe regirse por el criterio de corresponsabilidad. Cada uno, desde su puesto y desde el cargo que ocupa, es responsable y, por lo tanto, puede y debe responder de lo encomendado, en comunión y en relación profunda con los demás hermanos, como parte de su consagración a Dios.

A modo de ejemplo, es importante considerar una serie de presupuestos humanos y religiosos que faciliten las condiciones apropiadas para crecer en corresponsabilidad:

a) No olvidar que formamos a personas adultas: Hay que tratar siempre a cada formando/a como a personas adultas, con todo el respeto que se merecen. Ciertamente, no podemos olvidar la condición humana débil y frágil que precisa de un estímulo permanente para proseguir en el camino arduo de la perfección. Pero cuantas veces tratamos a los formandos/as como “niños/as”, desde una actitud o sobre protectora o anuladora del otro, que nos lleva a querer controlar todo y a todos. Cabe preguntarse como formadores:

- ¿En la práctica el voto de obediencia ha permitido a nuestros hermanos/as desarrollar sus potencialidades, autoafirmarse en las tareas asumidas, lograr mayor disponibilidad para los compromisos pastorales, sentirse responsables últimos de su vida y vocación? ¿O han quedado anclados en una actitud

infantil, inmadura, irresponsable, pasiva, sumisa y auto anuladora de su desarrollo humano y espiritual? ¿La obediencia ha sido un medio para crecer en fe y realizarse como personas consagradas? ¿Ha sido activa o pasiva?

- No se puede confundir el sentido de responsabilidad con la “preocupación excesiva”: revela nuestra falta de equilibrio y de madurez. Ahogamos y anulamos a los demás.

b) Reconocer la libertad de cada hermano/a: Para que asuma un protagonismo activo en la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios en su vida. Y debe ser el formador el primero en favorecer esa libertad. La autoridad no debe dar libertad a nadie, sino reconocer la libertad que en cada uno hay, y acrecentarla aún más. Porque cuanto más libre sea, más hijo de Dios será. “Donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad” (2Cor 3,17). Libertad para pensar, opinar y sentir. Lejos de toda uniformidad. Hay que potenciar las cualidades de cada hermano:

- Respetar la libertad de conciencia: “por tanto, déjenles la debida libertad por lo que se refiere al sacramento de la penitencia y a la dirección de conciencia” (PC 14).

- Nadie puede creerse ni pretender ser “intérprete legítima” de la conciencia de sus hermanos, por una responsabilidad mal entendida. Cada hermano es libre en su modo de pensar y sentir y no todos coincidiremos. La conciencia se pregunta no se supone. Somos adultos no niños.

- La libertad exige que la obediencia que presta el religioso no sea fruto del miedo, de la amenaza ni de la coacción. Y no cabe duda de que un formador/a puede tener muchos modos y maneras de coaccionar la libertad, sino de todos, por lo menos de los más débiles.

c) Fomentar la participación El deber y el derecho de participar en la vida y misión de la Orden proviene del carisma común recibido por todos y cada uno. La misma Iglesia ha recordado que “la vida religiosa requiere, por su misma naturaleza -suapte natura- la coparticipación de los religiosos” y por eso “los superiores deben favorecerla” (PC 4; Cf. LCO 17.I). Todas las formas de participación: consulta, información, sugerencia, diálogo, revisión, trabajo en equipo, corresponsabilidad... arrancan de este “don común” que cada uno ha recibido para vivirlo en comunión y en relación fraterna con los demás. Nadie puede desentenderse ni inhibirse de este compromiso vocacional.

- Evidentemente, esta corresponsabilidad no se puede limitar a una participación activa en los actos litúrgicos, en las reuniones y consejos... sino que alude a una manera concreta de vivir como consagrados, es una actitud vital.

- La conciencia y la libertad exigen que la obediencia no sea meramente mecánica, sino que sea activa y responsable. El formador ha de favorecer una obediencia así, sin contentarse con que sus disposiciones vengán ejecutadas sin más.

- Respetar cada individualidad: Hay que fomentar que cada hermano desarrolle sus propias potencialidades, cualidades y talentos.

d) Preparar para la subsidiariedad: Todo gobierno, y especialmente el dominicano, es ejercicio de “responsabilidad compartida” en pro de la vida y misión de la Orden_ftn20. Para Santo Tomás la obediencia para por la subsidiariedad (De Veritate, q.17, a.5). El principio de subsidiariedad, implica y supone una jerarquización de facultades y competencias; y el reconocimiento teórico y práctico de la relativa autonomía que tiene cada persona en el desempeño de su cargo y cada comunidad en el ámbito respectivo de su vida y misión. En la práctica implica:

- Dar autonomía a los demás: Ni los formadores ni los superiores pueden “hacerlo todo” y ni siquiera pretenderlo. Deben “dejar hacer” y promover que los subalternos “hagan” y “actúen” –siempre dentro del ámbito de sus respectivas competencias– con verdadera autonomía. La autoridad que no respeta esta autonomía e interviene innecesariamente, se convierte en autoritaria: Ni “independencia”, ni “absorción”, sino “comunidad” en el gobierno.

- Delimitar bien las “competencias”: En muchas comunidades y casas de formación existe una “confusión de competencias”. No están suficientemente definidos, ni en la teoría ni en la práctica, los límites y el alcance de los diferentes cargos, con sus respectivas tareas. Así, no es extraño que los superiores o formadores invadan el campo de otro, con lo que se generan tensiones y conflictos innecesarios.

- Respetar el ámbito de otro: En principio, ningún superior debería ejercer el derecho de intervenir en el ámbito propio de un subalterno, sea o no formando, mientras éste cumpla responsablemente con su deber. De otro modo, la desautorizaría de hecho y se desautorizaría a sí misma.

e) Manejarse desde la confianza: La libertad y la corresponsabilidad se apoyan en la confianza que debemos tenernos unos a otros. Un formador que se basa en la desconfianza termina siendo un formador autoritario o sobre protector. Hay que creer en los hermanos. Esto nos invita a preguntarnos como formadores:

- ¿Hasta que punto el miedo nos impide confiar en el hermano y nos vuelve personas controladoras de los otros? ¿En las tareas comunitarias, acaparamos o distribuimos responsabilidades?. Podemos aplicar a la formación la frase de Timothy: “El miedo destruye todo buen gobierno” (Timothy Radcliffe: Libertad y responsabilidad dominicanas. Hacia una espiritualidad del Gobierno, Roma, IDI, nº 353,1997, pág. 144).

- Queremos vocaciones, pero ¿realmente confiamos en los jóvenes, los elegimos para puestos de responsabilidad, o los consideramos siempre como “niños” inexpertos? ¿No es una auto justificación para tapar nuestro afán de control?

f) Comprometerse con el hermano: ¿No nos escudamos en la mutua confianza para desentendernos del hermano? Más allá de que yo pueda confiar en un hermano, no por eso, puede dejar que haga lo que quiera. Como formador, comparto con él la responsabilidad de su vocación, de su felicidad, de su proceso espiritual... De hecho, la vocación de un hermano nos concierne a todos, formador y formando. ¿Luchamos siempre para salvar la vocación de nuestro hermano? ¿Miramos hacia otro lado cuando un hermano está atravesando un período de crisis? ¿Pensamos que el hecho de respetar su intimidad puede justificar nuestra negligencia? ¿Nos asusta oír las dudas que puede confiarnos en un diálogo con nosotros?... (Timothy, *Ibíd.*, pág. 145). Un hermano que no se ha sentido querido difícilmente se hará corresponsable.

g) Ni autoritarismo ni permisividad: El autoritarismo en la formación adquiere distintos rostros: control, atropello, falta de escucha, imposición... La permisividad implica abdicar de la propia responsabilidad y “dejar hacer” a cada uno lo que quiera, plegarse cobardemente a las exigencias de las personas impositivas... o con el ausentismo, porque no se está en comunidad, porque se está sobrecargado de trabajo, porque nunca tiene tiempo para escuchar un formando...

h) Saber ser exigentes: La vida religiosa que presentamos a los jóvenes debe tener “garra”, ha de ser exigente. Formar en la libertad no significa indolencia o comodidad. Un peligro es que terminemos “desclasando” a los jóvenes, muchos de ellos provenientes de hogares humildes. Hay que formarse y vivir con austeridad, lo más cercano a nuestros hermanos pobres con los que compartimos la pastoral.

III. PARA FORMAR EN LA LIBERTAD RESPONSABLE

Formar desde la libertad

Sin duda, las Constituciones reconocen la adultez de los hermanos (cf. LCO, VI) y que la obediencia no es sumisión. Pero en la práctica constatamos todo lo contrario. No faltan ejemplos entre los hermanos jóvenes y no tan jóvenes de las irresponsabilidades con que se asumen los trabajos encomendados. Nuestras comunidades no están exentas de ciertos infantilismos e inmadureces que repercuten en la marcha general de la misma y en el cumplimiento de la misión.

En la formación no hay que dar nada por supuesto. Ante todo hay que asegurar que los jóvenes formandos tengan un cierto grado de madurez humana, de equilibrio, de capacidad de vivir en libertad (Cf. LCO 155). Sin esa base humana sería inútil todo lo demás. La formación en la libertad supone una mayor selección de candidatos, no poniendo tanto el criterio decisivo en la capacidad intelectual o de estudios, sino más bien en la base humana y cristiana como punto de partida de una educación liberadora.

El gran dilema entre la autonomía y la heteronimia que se debate en el campo social y eclesial, se ha trasladado también a la vida religiosa. Son dos formas de encarar la vida y la fe, y consiguientemente, la formación.

Formar desde la autonomía: Si en el ser humano existe una tensión conflictiva que llega a minar y reducir su libertad, un proyecto formativo a la medida de la persona, y de la persona redimida por Cristo, tendrá que tender a reducir la tensión misma para un crecimiento en libertad. No una libertad cualquiera, sin objetivos ni valores, o incluso contradictoria e ilusoria, sino una libertad que lleve al individuo a trascenderse y ser capaz de asumir responsabilidades en su vida. Que encuentre un fondo motivacional que le invite interiormente a superarse a sí mismo. Se reducirá la tensión y se posibilitará el proceso madurativo acorde a la opción de vida dominicana elegida.

Formar la libertad exige un clima de discernimiento, responsabilidad, creatividad y confianza. Hay que acompañar a los jóvenes para ayudarles a adquirir actitudes y convicciones interiores de acuerdo con los criterios del Evangelio, que aseguren la respuesta voluntaria a los requerimientos del Espíritu. Se busca que asuma el protagonismo de su vida y vocación. El término de la formación se dará cuando haya conseguido el joven espontáneamente, libremente, por convicción personal, por decisión voluntaria la actitud habitual de buscar en todo agrandar al Señor viviendo y trabajando sólo por los intereses del Reino.

El formador se convierte en acompañante, consejero, que ayuda al crecimiento personal del formando. Es sobre todo, un guía espiritual. Se busca es una formación personalizada, que respete los procesos y potencie las cualidades de cada formando.

En la formación en la libertad, el esfuerzo no se pone en la sumisión a las normas y leyes, sino en formar criterios, convicciones y actitudes personales, que den una garantía de fidelidad en situaciones abiertas. Para ello se requiere dar a los formandos la posibilidad de opción, de asumir responsabilidades, de buscar y crear caminos. No se trata de fomentar el libertinaje, sino de ayudar al desarrollo integral de las personas. Y esto exige la integración de la libertad con la responsabilidad.

Formar desde la heteronomía, por el contrario, supone poner todo el empeño en la observancia rigurosa de lo “establecido”. Se confía que las normas rígidas producirán religiosos perfectos, disciplinados, voluntariosos, fieles. Se busca la uniformidad en el modo de vivir. El único espacio de libertad es aceptar voluntariamente lo que prescriben las normas. Se privilegia una vida ordenada y tranquila. Aparentemente es más exitosa, pero a la larga infantiliza. Se les prepara para vivir en “invernadero”, pero no para vivir a la intemperie.

El formador pone toda su confianza en las estructuras, no tanto en las personas, en la sujeción a una organización minuciosa. Se maneja la formación desde “fórmulas prefabricadas” y se “forma en serie”. Pero hoy, este tipo de religioso/a no resistiría el impacto de la realidad en la que tiene que vivir y

trabajar. El joven no ha de ser “objeto” de la formación, sino “sujeto” activo, protagonista de la misma.

Al centrar la formación sobre lo externo, se busca el sometimiento a normas y reglas, costumbres y hábitos para liberarse de la inseguridad y soledad producida por el uso de la libertad. Las cosas de formación y las comunidades fortalecen la inmadurez de las personas cuando establecen una estructura rígida y el formando no tiene necesidad de pensar ni de decidir por sí mismo, ni tiene el riesgo de desviarse del recto camino. El camino de la libertad se ha restringido a decir “sí” a lo que se le manda. Se ha suprimido la posibilidad de elegir y de equivocarse y de ser creativo y de asumir la responsabilidad sobre la determinación tomada. Es el camino más cómodo; pero nos se desarrollan las propias capacidades que se van atrofiando por falta de uso. Falta el Espíritu. Y sí falta el Espíritu, falta la vida y la libertad (2Cor 3,3-6.17)

El formando: sujeto del proceso formativo

Tenemos que tener en cuenta que hoy en la vida consagrada hemos pasado de un modelo reduccionista de entender la formación, como un simple:

- Aprender contenidos doctrinales: Lo importante es estudiar. Incorporar ideas y conceptos. Lo que se evalúa es el rendimiento intelectual y la idoneidad académica y profesional. Se exige capacidad intelectual.

- Adquirir un rol determinado: Lo importante es asimilar un rol y actuar (reproducir) unas conductas propias del estado religioso. El acento se pone en cumplir estrictamente normas, horarios, leyes: lo establecido. Se exige voluntad y docilidad a la observancia regular.

- Vivir unas prácticas de piedad: Lo importante es que la persona sea piadosa y rece. Se acentúan las prácticas de piedad: Oficio, rosario, novenas, retiros, lecturas espirituales, eucaristía, confesión... Se exige religiosidad.

- Entregarse y comprometerse con la gente: Lo importante es la pastoral, dedicar todo el tiempo, esfuerzos y capacidades a los demás, a la misión, los pobres, los jóvenes, la catequesis... Se exige entrega y generosidad.

A un modelo personalista de acompañar un proceso de configuración con Cristo: Ayudar a que el formando adquiera una identidad religioso-carismática concreta^{ftn21}. Se trata de que llegue a configurar su identidad personal tomando como modelo de identificación la persona de Cristo y de Santo Domingo, según lo entiende y lo vive el carisma dominicano.

Los aspectos anteriores no quedan anulados, por el contrario, deben integrarse como parte indispensable de las “mediaciones formativas”. Pero el centro de la formación lo debe ocupar la persona del formando, no sólo en cuanto responsable primero de su vocación (Cf. LCO 156), sino además en cuanto

sujeto de atención y promoción de todas las cualidades y gracias que Dios le ha dado (Cf. LCO VI, 154 y 155).

La integración a la vida comunitaria y apostólica le ofrecerán la posibilidad de experimentar la vida dominicana y se convertirán para él en “instancias de formación”. Por nuestra parte, como formadores/as, debemos facilitarle, en primer lugar, una dinámica de personalización humana, cristiana y dominicana:

- Que acoja y “descubra” unos valores humanos, religiosos y dominicanos. Acorde al proyecto de vida elegido. Hay que presentárselos y experimentarlos.
- Que los incorpore o “internalice”: Encontrarles un “sentido”, “hacerlos suyos”. Que logre identificarse con ellos y se constituyan en el fondo motivacional.
- Que los concrete en actitudes evangélicas y dominicanas. Ponerse normas de vida que reflejen la “síntesis vital” lograda.

Es la parte constructiva de la formación: Los valores a integrar, el estilo de vida a vivir, los contenidos doctrinales... En síntesis, la identidad religiosa y dominicana a adquirir: “La formación debería realmente darnos un fuerte sentido de identidad dominicana, y enseñarnos nuestra historia y nuestra tradición”_ftn22. Lo elegido vocacionalmente. Ahí el formador y la comunidad tienen mucho que aportar al joven. Los mismos estudios le ayudarán, la pastoral que realiza, las experiencias que descubre... Pero todo quedará en la nada si el formando no pone en ejercicio su “fuerza yoica” y espiritual. Nadie le puede reemplazar en esta tarea. “Ser hermano es mucho más que pertenecer a una comunidad y llevar un hábito. Implica una profunda transformación de mi ser”_ftn23.

Y en segundo lugar, debemos “trabajar la persona” del formando. La formación hoy no puede limitarse a esta parte constructiva. Debe incluir imprescindiblemente una acción educativa. En el sentido de “e-ducere”, de “extraer” del joven lo que tiene dentro, lo que es su verdad, para que se realice al máximo de su capacidad y se libere de todo cuanto se opone a la realización de lo que está llamado a ser. Es un trabajo centrado especialmente en el “yo real”. Va a ser de gran ayuda las ciencias humanas. A ejemplo del icono de Dios-Padre-Creador, que saca del caos de la nada una creación hermosa y ordenada.

Hay que ayudar al joven a que descubra lo que tiene en su corazón, las raíces de determinado modo de sentir y de hacer, las motivaciones de ciertos estados de ánimo, el verdadero significado de algunos deseos, sueños y expectativas. La causa última de sus irresponsabilidades. No basta con decir, por ejemplo, “hoy estoy nervioso, dejadme en paz”. Es preciso esforzarse en comprender de dónde viene este nerviosismo, qué lo ha causado, porqué todo me fastidia... Y descubrir que tal vez estoy nervioso porque no he conseguido una determinada gratificación afectiva o porque no me he sentido centro de atención, etc. Más aún, es importante poder contrastar con él las incoherencias entre los deseos e intenciones que proclama (yo ideal) y cómo se muestra en lo concreto de su vida (yo real). Hasta que no termine la tarea educativa de “desenmascarar” la verdad del “yo real”, no surgirá efecto la tarea formativa propiamente dicha. Tampoco podrá entender lo distante que está del ideal que dice querer realizar.

Es un trabajo sobre las “consistencias-inconsistencias” vocacionales a nivel de equipamiento.

Acompañamiento personal: Esta operación de “desenmascaramiento” de la verdad personal sólo puede y debe ser conducida dentro de una relación absolutamente individual entre el formador y el o la joven, no en grupo, porque el grupo no puede garantizar las condiciones de secreto y confidencialidad que son indispensables para este tipo de trabajo. El encuentro interpersonal maestro-formando es la condición indispensable, el instrumento irrenunciable para una auténtica educación. Sólo si contamos con él, puede ser útil la animación en grupo, que por sí misma no puede sustituir al acompañamiento personal. Hay que educar y formar para la vida en grupo, qué duda cabe, pero trabajando con cada uno y no sólo con el grupo.

Criterios para fundamentar la libertad en la corresponsabilidad

El formando al poner en ejercicio su libertad se hace corresponsable de su vocación, asume un rol activo y dinámico, acepta el discipulado con disponibilidad, transparencia y veracidad... Todo en orden a ir logrando una “síntesis vital integrativa” entre lo que uno es y lo que elige ser. Síntesis que tiene como centro la experiencia de Dios que se va convirtiendo progresivamente en el fondo motivacional de toda su vida y accionar.

Se trata de que el proceso formativo se vaya orientando en orden a:

a) Autoconocimiento y no “negación de sí mismo”: Los desos y aspiraciones que recogen los ideales evangélicos del seguimiento de Jesús, invitan a “aceptarse a sí mismo” y no tanto a “negarse a sí mismo”. Todo carisma y vocación deben llevar a un autoconocimiento, a un descubrimiento del yo escondido con Cristo en Dios que hay en cada uno de nosotros (Cf. Col 3,3). El formando se “superará a sí mismo” en la medida que parta de lo que él es, no negando su realidad por dolorosa y limitada que sea. La gracia supone la naturaleza. Hay que llevarlo a que redescubra progresivamente su propia identidad y lo que está llamado a ser, sintiéndose cada vez más unido a una familia religiosa y a una comunidad de personas con las cuales comparte no sólo algunos intereses y convicciones, sino sobre todo un proyecto de vida pensado por Dios para el bien de muchos.

b) Autenticidad y no “perfeccionismo”: Clásicamente se entendía la vida consagrada como un camino de “perfección”. La búsqueda de la perfección máxima absorbía todo el itinerario formativo. El formando se debía “amoldar” a un proyecto elaborado racionalmente a base de normas concretas de comportamiento. En el cual, no entraban en consideración las necesidades básicas del individuo que debía por encima de todo dominar y controlar (“morir a sí mismo”). En esto consistía el ideal cristiano y religioso de perfección. Pero no por ello, las fuerzas pulsionales y afectivas dejaban de actuar y conflictuar al religioso que no encontraba el modo de encauzarlas. En ningún momento se le invitaba a tomar el protagonismo de su vida y formación en orden a conocerse y aceptarse, para integrar sus necesidades en el valor trascendente de la

experiencia de Dios, lo que le hacía poco libre consigo mismo y con los demás, sobre quienes tendía a proyectar todo lo problemático no resuelto de sí mismo. La dialéctica de base: la contradicción entre su yo ideal y su yo real no se abordaba.

c) Síntesis personal y no “espiritualismos”: El formando debe ir logrando a lo largo de todo el proceso formativo una “síntesis integrativa”. ¿Cómo articular e integrar armoniosamente las diversas dimensiones de su vida: oración, estudio, comunidad, apostolado con su mundo afectivo, de autoafirmación, de compromiso ético y espiritual? Tiene que vérselas con la reorganización de su identidad personal y vocacional. Es necesario que logre armonizar lo dado (estudiar, participar en la comunidad, asumir determinado destino, trabajo, etc.) con lo elegido libremente (amigos, actividades pastorales, empleo del tiempo libre, ciertas opciones, etc.). Para lograrlo es básico:

* Una implicación mayor en la vida y misión diarias: Hay que buscar una implicación cada vez mayor en la vida cotidiana. Vivir con intensidad no es “picotear en muchas cosas”, sino “tirarse de lleno en la piscina”, comprometerse de lleno en la vida comunitaria y en la misión. La implicación con lo real desmonta ilusiones y fantasías sobre mí, los demás y Dios. Y si las cosas no se hacen muy mal, descubro progresivamente al otro, sus límites y sus valores.

* Honestidad con la verdad y proceso: Lograr detectar la crisis, percibirla y, una vez descubierta, dejarla estar sin pretender solucionarla de inmediato. Hay que dar tiempo a la persona, no presionarla, ni sobreprotegerla, ni relativizarle lo que está viviendo (¡Ya le pasará, como a todas nos pasó!). Dejarle vivir sus luchas, incoherencias, retrocesos y avances hasta que se estabilice. Pero hay que abordar las “cuentas pendientes de la historia pasada”, ya sea en el terreno sexual, afectivo, moral, familiar... Resolver espiritual y humanamente los conflictos y dramas. No se pueden postergar los problemas indefinidamente.

* Recuperar la fuerza del ideal purificado: La dificultad estriba en que tal recuperación ha de hacerse, inevitablemente, en otras claves a las aprendidas en el noviciado. El joven debe aprender que el ideal sólo puede vivirse en la realidad y con lo que ésta da de sí. Será preciso estudiar la realidad explorando sus posibilidades de encarnar el ideal, que llevará consigo, inevitablemente, desmontar unas cosas y purificar otras.

* Fomentar la evolución de las motivación a la vida religiosa: Las motivaciones son dinámicas. Las que fundamentaban el ingreso y la primera profesión, hoy son insuficientes, hay que reencontrar nuevas motivaciones. No hay maduración sin alejamiento de los orígenes (dejando lo “infantil”) y sin el contacto contaminante con la realidad, sin la experiencia de los límites y de las decisiones a las que ha conducido la libertad. Sin esta evolución de las motivaciones no se consolida ni define la vocación.

* Impulsar la experiencia fundante: La experiencia que brota de la fe y que tiene en la llamada / vocación su momento fuerte debe convertirse en el motor

de toda la vida consagrada. La interiorización es más que reflexionar, es abrir las puertas de la propia interioridad al otro y a Dios, en un espacio de diálogo confiado, profundo y sincero. El conocimiento de Jesús no se consigue sólo con un conocimiento intelectual y teológico, sino que exige mirarlo a Él en su persona y en su modo de relación con la vida. Hay que potenciar un seguimiento al Jesús real, muerto y resucitado. Dejarse guiar por el maestro interior, Cristo, por el misterio de la Pascua. Esto le permitirá al formando procesar el conflicto de las frustraciones que acompañan la vida, descubrir valores, cambiar actitudes... Todo en orden a una síntesis integrativa, en la que se logre la identidad consagrada desde la configuración con Cristo y Domingo.

TEMA III: LA ENTREVISTA PERSONAL

Naturaleza de la entrevista

Es un encuentro interpersonal entre el acompañante y el acompañado en orden a dar y recibir ayuda espiritual. La entrevista es la mediación más importante del acompañamiento personal. Podríamos describirla con las siguientes características:

- Un encuentro interpersonal: Encuentro humano y cordial. Encuentro de comunicación y diálogo. Lo que se comunica y revela, no son cosas, sino el misterio de las personas. Como toda relación humana debe darse en un clima de respeto, libertad y amor.
- Un encuentro interpersonal de ayuda: Donde una persona se confía a otra para ser ayudada en su camino de maduración y crecimiento personal cristiano. Y se confía por su madurez y experiencia para que le brinde ayuda. La relación tiene una base: la madurez e idoneidad del acompañante. Y una finalidad: recibir ayuda en el camino del crecimiento personal.
- Encuentro de ayuda espiritual cristiana: La perspectiva y el enfoque que da sentido a la ayuda es su orientación espiritual cristiana. La relación es vista desde el Espíritu de Dios, que es quien guía y orienta el sentido de la ayuda. En la relación interpersonal se da la presencia de un tercero: El Espíritu Santo. Ambos formador y formando son guiados y orientados por Él. Y ambos caminan a su luz.

No estamos frente a un “encuentro” improvisado. Por el contrario, exige por parte del formador/a:

Preparación: Experiencia, formación espiritual, teológica, moral y psicológica, además de habilidades pedagógicas.

Cierta idoneidad humana y espiritual: Haber alcanzado cierta autonomía afectiva, libertad interior, amplitud de corazón, transparencia y confiabilidad... Estar apasionados por Cristo, abiertos al Misterio, comprometidos con el Reino...

Cómo manejar el “encuadre” en la entrevista

Actualmente el principio donde gira la entrevista de acompañamiento formativo es el “autoproceso”. El centro de interés lo debe ocupar el formando. No podemos anular su protagonismo, sino incentivarlo. De ahí que va a ser fundamental cómo manejamos el “encuadre” en nuestras entrevistas con los formandos.

Podríamos señalar, los siguientes criterios:

1º Ubicarse en el “lugar” del otro, sin “confundirse” con el otro: Supone:

- No manejar la relación desde el “rol de autoridad”: La relación se convertiría en “unidireccional” y “externa”. Hay que evitar anular al otro con nuestras actitudes autoritarias, dirigistas, censuradoras, enjuiciadoras, impositivas y esperar, en consecuencia, un acatamiento y sumisión pasivas por parte del formando/a. Se imponen los propios criterios y voluntad aprovechando el rol de formador/a. Genera personas dependientes e infantiles, o por el contrario, rebeldes e incomprendidas (amargadas). Manejarse desde lo “jurídico” o lo “moral”, termina relegando la caridad en las relaciones interpersonales y anteponiendo la ley a la consideración de las personas.

- No manejarse desde “paternalismos”, acepción de personas o “permisivismos”: Serían actitudes tan negativas como las anteriores, que tampoco facilitan el proceso por parte del formando. Más bien, invita a un autoanálisis por parte del formador/a, trabajar aspectos de su mundo afectivo no integrado del todo. De lo contrario, nuestra fragilidad afectiva romperá permanentemente el “encuadre”.

- Manejarse como un “hermano entre hermanos”: No estamos hablando de confundir la relación y convertirla en una amistad simétrica; menos aún poner distancia afectiva evitando implicarse en la problemática (evitar temas para no complicarse) y no enfrentarlas. Un “encuadre” adecuado significa manejar la relación en la entrevista desde una “vinculación empática”. Por empatía se entiende la capacidad de ponerse en el lugar del otro, sin confundirse con el otro. Sentir lo mismo que el otro, sin identificarse con la carga emocional del otro. La empatía permite “comprender” al otro, a la vez que crea un clima de confianza y seguridad en la relación.

2º La relación debe ser asimétrica. No confundir los roles ni funciones, es básico para no generar falsas expectativas y compromisos mútuos. Esto permite mantener una distancia afectiva adecuada y no dañar al otro. Una relación asimétrica implica:

- Ofrecer una atención personalizada: El formador/a debe dedicar tiempo a cada herman/a en formación. No basta con tener encuentros comunitarios con los formandos/as, dar clases y atender en “los pasillos” una consulta. Debe estar atento a cómo está cada formando/a y encontrarse regularmente con él,

de una forma flexible, pero agendado para que pueda exponer su realidad personal, compartir la vida y la búsqueda de la voluntad de Dios, seguro/a de que será escuchado/a con tiempo y sin prisas. Vincularse es “comprometerse” con el otro.

- No confundir el sujeto de interés: Lo primero que debe evitar el acompañante es hablar de él, convirtiéndose en el centro de los diálogos e intereses. Quien viene a hablar y a ser escuchado es el formando/a que acompañamos.

- Establecer límites, una relación clara y diferenciada en la que ninguna de las dos partes –acompañante y acompañado- viva con la expectativa de que el otro va a cubrir necesidades tuyas encubiertas. Lo cual implica, por parte del acompañado, no generar expectativas y pedir, implícita o explícitamente, al acompañante que asuma roles que no le pertenecen. O la inversa, buscar en el acompañado satisfacer necesidades afectivas no integradas.

- Transparencia y confiabilidad: El formador/a debe ser una persona en quien poder confiar, abrirse y creer. Que sea auténtica, no perfecta. Cuando pedimos a los hermanos/as que acompañamos sinceridad, transparencia, veracidad, comunicación..., los dejamos a la “intemperie”, muy expuestos en su vida personal más íntima. Desvelan su conciencia. No situarnos bien, lo dañaremos. Por eso la persona se cierra en “corazas”, se bloquea y vive protegiéndose tras “máscaras”. Los hermanos no nos quieren perfectos, sino auténticos. No tenemos por qué saberlo todo. No hay que tener miedo a mostrar nuestra fragilidad e ignorancia, como tampoco a reconocer nuestros errores. Lo que los hermanos esperan de nosotros es que lo acojamos y acompañemos desde “el corazón” y no desde la “ley” o el “deber ser”.

- Tener “ordenada” la propia vida: Para poder intervenir en la vida del otro, sin caer en manipulaciones ni dañarlo, hace falta cierta autonomía afectiva, haber entrado previamente en uno mismo y tener clara conciencia de los propios límites y habilidades. Tener ordenados los afectos, los miedos, las rabias, las impulsividades... Tener integrada la historia vital, la corporeidad, las necesidades y deseos.

3º Con una actitud llena de “respeto”: Considerar la “dignidad” de cada hermano/a que acompañamos. Con una actitud interior donde cuente la persona en sí misma, más allá de todo juicio de valor. No hay condenas ni ironías. Sí “honestidad con la verdad”. No significar justificarle, por el contrario, el acompañante expresa lo que siente y piensa. No le oculta la verdad, pero le deja ser ella misma. Se maneja desde el diálogo y la escucha, es clara y sincera en lo que comparten, marca límites y objetivos. Una actitud llena de “respeto” hacia nuestros hermanos/as en formación implica:

- Que el formando/a tome el protagonismo activo de su propia vida y proceso. Un buen acompañamiento requiere tolerar la libertad del otro. El principio determinante de la conversación es que el hermano/a descubra lo latente por sí misma (tome conciencia), aunque ayudada, y no acepte pasivamente el juicio que viene de la “autoridad”. El respeto implica “confiar” en el otro, permitirle que

tome la vida en sus propias manos y sea dueña de sus propias decisiones. Busca incentivar al hermano/a para que se haga responsable de su propia vida y vocación, ilumina, genera confianza e invita a la revisión y al cambio.

- Cuidar los “modos”: cómo se dicen las cosas, con respeto y educación. Nunca humillando. Evitar que los otros paguen nuestro mal humor y cansancio. Cuidando la “calidad de la relación”. Considerando la parte humana que podemos herir. Que la persona se sienta valorada y aceptada.

- Cada formando/a tiene sus tiempos y ritmos: Los procesos humanos son complejos. Para intervenir hay que buscar el momento psicológico más oportuno. Mantener en los diálogos una actitud de apertura para escuchar al hermano/a, ofrecer preguntas abiertas que ayuden a expresarse, reflejos oportunos que ayuden a profundizar. La mediación, además, pide lucidez para descubrir el momento de ofrecer tareas y pautas para la vida y la oración, siempre con finalidad de ayuda, según el momento en el que el formando/a esté. Evitar corregir con exceso o desentenderse. Ambos son negativos.

Cómo manejar los “vínculos” en la entrevista

La vinculación se hace presente a lo largo de todo el acompañamiento formativo, pero toma especial fuerza en la intimidad de la entrevista formativa.

No podemos confundir la vinculación con la relación afectiva dependiente. Para ello, no debemos olvidar que están presentes y actúan en la entrevista de acompañamiento formativo todos los fenómenos que se dan en una relación interpersonal: Con todos los mecanismos conscientes e inconscientes que se juegan entre dos personas, la presencia de los mecanismos de defensa, las resistencias, la transferencia y contratransferencia, etc.. En todo acompañamiento hay que contar de forma lúcida con que aparecerán todos estos fenómenos y que debo manejarlos conscientemente, so pena de fomentar una relación ambigua o inmadura.

Algunos criterios a considerar:

1º No actuar la transferencia: El acompañamiento implica saber manejar la transferencia. En toda relación de ayuda pueden hacerse presentes vivencias y sentimientos pertenecientes a etapas y relaciones vividas anteriormente por la persona. Se reactiva la “dramática familiar”:

- Para el formando/a el formador/a (autoridad) actúa como una “figura paterna”, lo cual hace que se convierta para él en el objeto ideal: De la identificación (idealización); de la transferencia (rivalidades, rebeldías, dependencias); de los sentimientos de sumisión (obediencia). De ahí que genere también culpa si se le desobedece. Como también ambivalencia en los afectos (amor y odio).

- Emergen demandas infantiles: Detrás de la búsqueda de ayuda en una entrevista puede existir una tendencia a buscar sus soluciones fuera de sí

mismo, a depender de alguien que le de seguridad o que le entienda, a esperar que el acompañante le diga qué debe hacer o le quite el dolor y el esfuerzo propio. Especialmente en esta etapa de la vida aparece el deseo de “ser tomada en cuidado por otro”, en este caso por el acompañante, satisfaciendo así la necesidad de cuidados infantiles. Este sentimiento de dependencia se expresa pasando al acompañante la responsabilidad de tomar él las decisiones, que se “encargue” de la dirección del ayudado, o también transfiriendo sentimientos de “interés amistoso” o de “amor erótico”. La emergencia de estas demandas surgen desde una vivencia más consciente del pasado, de una actitud de inseguridad y baja autoestima, desde experiencias de decepción afectiva, desde experiencias frecuentes de pérdidas, desde una posible sensación de soledad... muy frecuentes en estos años de formación.

2º Escuchar la contratransferencia: Estar atento a todos los sentimientos y actitudes que se despiertan en uno, fruto de acompañar a una persona. Analizar qué sentimientos despierta de nuestra propia historia, qué puntos fuertes, débiles, madures e inmadures, saca a relucir la relación. Estar en contactos con los propios sentimientos. Lo que siento y lo que experimento mientras acompaño o fuera de la sesión, es una señal, apunta a algo que merece ser descifrado. Esto quiere decir que no se llega lejos ayudando solamente con la cabeza y no desde la hondura de uno mismo. Los formandos/as sacan a relucir nuestras madures e inmadures.

3º Tolerar la frustración con espíritu de gratuidad: Quien acompaña está invitado a desarrollar una tolerancia a la frustración y a estar preparado a experimentar alguna vez miedo, inseguridad, envidia, celos, pena, desconcierto, gozo, satisfacción... ante reacciones de la persona acompañada; esto durante la misma entrevista o fuera de ella, lo cual pide gratuidad en la ayuda, una actitud que evita crear dependencias y reaccionar a la defensiva.

4º Acoger desde lo hondo: Acoger desde lo hondo a la persona acompañada y de tal forma que esta lo note. Se trata de acoger incondicionalmente, sin enjuiciar ni moralizar. Tener amplitud de corazón. La acogida mediatizada permite a la otra persona ser ella misma delante de mí y en mi compañía, lo que resulta ser para ella una experiencia liberadora. El acompañamiento formativo se realiza por la calidad de la relación, por el tipo de vínculo empático y maduro, más que por las palabras que se puedan decir.

5º Ofrecer a la otra persona vínculos consistentes que estimulen a continuar el proceso, especialmente en momentos de especial dificultad. Esta experiencia vincular se logra con la mera presencia atenta y consistente. Lo propio del acompañamiento es la comunicación de lo sentido y vivido por el formando/a. Por eso, las emociones y sentimientos son muy importantes en la entrevista, tanto para ver lo que pasa realmente, como para entender el lenguaje con el que Dios habla y para detectar las resistencias al cambio.

6º Ser uno mismo: Desempeñar roles en el acompañamiento formativo no resulta. Esconderse detrás de un rol aleja a la persona acompañada. Lo que acerca y ayuda es el testimonio honesto. Ser auténtico y coherente – esforzándose conscientemente y con humilde fe- es la tarea.

7º Confiar en las intuiciones y tomarlas en serio: Más que recetas hechas, frases aprendidas o argumentos de autoridad, enriquecerá mucho el trabajo de acompañamiento el dejarse llevar por las propias intuiciones. La intuición surge como don del ser. Hay que tomarlas en serio con sentido común, discernimiento y sentido de fe.

8º Tantear la forma oportuna cómo autorregularse al lado del acompañado. Cuándo aparecer, cuándo desaparecer; empujar o frenar; animar, apretar, acercarse, retirarse. La experiencia es quien enseña este “arte” que ha de ejercerse con sobriedad, serenidad y discreción. Se trata de ser uno mismo al lado del otro.

9º Ofrecer nexos que den coherencia, unidad, significación y perspectiva a todo el proceso. Ayudar a releer el proceso. Así se construye y sana la memoria. Así la mera cotidianidad se descubre como realidad habitada por el Espíritu.

10º Estar abierto: Alimentar la capacidad de asombro y la mirada contemplativa. Banalizar lo que la persona acompañada comparte, daña la relación y oscurece el camino a seguir. Tener la capacidad de autocorregirse uno mismo, no etiquetar la persona, confiar en la capacidad de cambio, en la fuerza del Espíritu.

11º No apropiarse nunca de la experiencia de acompañar: No hay que caer en la trampa de querer (conscientemente o no) apropiarse ni de la persona del formando/a, ni del proceso mismo de acompañamiento. Esto supone un acompañamiento libre, desinteresado, capaz de tomar o soltar opciones, solamente buscando el bien del otro.

12º No olvidar que las personas sólo maduran en libertad: Hay que formar y acompañar a los hermanos en libertad. Ayudar al hermano a adquirir actitudes y convicciones interiores de acuerdo con los criterios del Evangelio, que asuma el protagonismo de su vida y vocación con responsabilidad. Es saber exigir desde la firmeza y la comprensión para que desarrolle todo su potencial dado por Dios y lo ponga al servicio de la misión de la Orden y la vida de la comunidad.

Cómo trabajar la entrevista

En síntesis se trata de un quehacer clarificador. Clarificar tiene mucho que ver con el “ayudar a nacer”, poner palabra y dejar que la palabra –con minúscula y con mayúscula– sea pronunciada y escuchada. Se hace ayudando a los formandos/as a hacerse las preguntas adecuadas, a conectar los sentimientos con la razón, a simbolizar con la palabra la experiencia, aproximándonos, casi sin darnos cuenta, a lo que es la interioridad.

Recursos que ayudan en este quehacer clarificador:

1º Centrarse en un tema: de entre el mucho material que presenta mediante la escucha activa en espejo y el subrayado adecuado y oportuno de ese tema. La clarificación pide de los acompañantes aprender a centrar en cada conversación aquello que verdaderamente afecta, impresiona, inquieta, entristece, alegra, interesa. Se puede hablar de muchas cosas, pero cada encuentro tiene su tema específico. No es sencillo acertar en el núcleo que hacerse material de conversación. Ayuda cuando aprendemos a escuchar con empatía inteligible y comprensiva.

2º Abordar las motivaciones profundas: Las motivaciones son la base de la vida humana y el impulso para la acción. Es decisivo que cada persona conozca lo que realmente le mueve en la vida para poder ver qué hay que purificar e integrar adecuadamente en el conjunto de la personalidad.

Si los valores no se entroncan con los deseos y los potencian, terminan siendo ideología moralizante; y si los intereses vitales no tienen la motivación de los valores pueden terminar en comportamientos egoístas y deshumanizadores. Para lograrlo, la persona habrá de armonizar polaridades (“contrarios”) que al principio parecen irreconciliables.

3º Corregir los “esquemas mentales”: Cada persona a lo largo de su vida ha ido construyendo un esquema mental o un marco de referencia que colorea su existencia en los diversos niveles de su existencia. Estos marcos de referencia hunden sus raíces en el fenómeno de la cultura e implican muchas afirmaciones, valoraciones, prejuicios, ideas irracionales, etc., que pocas veces tenemos ocasión de examinar. La importancia de estos esquemas en la vida se traduce en su capacidad de facilitar el crecimiento o de dificultarlo. Estos esquemas mentales terminan convirtiéndose en “guiones” que las personas “siguen” durante su vida. Estos guiones pueden ser de carácter triunfador, perdedor, etc. Evangelizar estos escondidos guiones e ideas, estos marcos de referencia, requiere adquirir una clara conciencia de cómo ellos están instalados en nuestra existencia y cómo determinan nuestros comportamientos. El acompañante debe ayudar a desenmascarar responsablemente las distorsiones, discrepancias, juegos y cortinas de humo que la persona usa para esconderse tanto de la “autocomprensión dinámica”, como de los necesarios cambios conductuales que su seguimiento del Señor parecen indicar.

4º Acrecentar el contacto con las “zonas profundas”: El ser humano posee la maravillosa capacidad de imaginar, de re-hacer o hacer el mundo “dentro de sí”. Estas imágenes son la puerta a nuestra realidad interior, son el lenguaje de la interioridad. El trabajo a través de las imágenes es una buena forma de “tomar contacto” con nuestra interioridad, y específicamente con aspectos menos conscientes o con nuestras “sombras”, que pueden convertirse en un medio decisivo para introducir cambios en nuestra vida.

5º No apartarse en todo momento de nuestro papel de “mediación”. Por lo tanto, en la clarificación no cabe interpretar como si lo nuestro fuera la última palabra, tampoco “sermonear”, hablar y hablar con intención de “convencer”, “hacerle ver que...”. Estas son trampas frecuentes que debemos superar. Lejos

de clarificar contribuyen a confundir. Lo nuestro es identificar aquello que se le está señalando para contemplar y profundizar.

6º Hacer lectura y contemplación creyente de experiencias vividas suele ser un sencillo recurso que también ayuda mucho a clarificar e interiorizar hasta descubrir la bondad interna y externa que encierra cada realidad. Preguntarse: ¿Qué he vivido en esta situación? ¿Qué he sentido a partir de lo que vivía? ¿Qué significado tiene para mí? ¿Qué descubro como bueno en eso que he vivido? ¿Cómo se me muestra el Señor en esta situación? ¿A qué me empuja y anima? Estas preguntas propician un progresivo cambio de actitud ante la vida.

7º La toma de decisiones: La clarificación también se realiza cuando ayudamos al acompañado a tomar decisiones. La clarificación será más auténticamente espiritual si ponemos al acompañado en situación de decidir a la luz de Dios. No hacerlo por él. Ayudarlo a que defina bien la situación a decidir; a partir de ahí ahondar en las ventajas e inconvenientes que se derivan de decidir una cosa u otra, así como identificar y profundizar en todos los sentimientos que acompañan. El formando/a deberá procesarlo a la luz de la oración. Caer en la cuenta de los sentimientos que se producen en la presencia de Dios.

8º Aporte de información oportuna o sugerencias de contraste del formador/a con alguna otra persona (por ejemplo, el Consejo Local de Formación), según la situación que el formando/a viva. Hay situaciones que precisan la ayuda de un tercero. Poderlo contrastar con alguien permite ganar objetividad y clarificar la problemática y encontrar vías de solución más acertadas. No formamos aisladamente del resto de los hermanos/as de comunidad o provincia. Recoger sus puntos de vista son importantes.

Cómo preguntar

Forma parte de la técnica de conversación. Se inspira en las teorías de K. Rogers. Se busca ser “espejo” del otro a través de:

1. Preguntas abiertas: Facilitan una relación de confianza. Facilita que el acompañado lleve la iniciativa y se convierta en el centro de la relación. Evita las suspicacias o enjuiciamiento que puede sentir detrás de una pregunta cerrada y directiva. Se pueden hacer preguntas abiertas para que clarifique lo confuso.

2. Alargarle la comunicación (hacer paráfrasis): A partir de lo que nos dice, repetírselo pero prolongando la comunicación, yendo más lejos. Por ejemplo, “esto que me dices que te pasaba con tu padre, quizás te ha ocurrido lo mismo con personas que han significado autoridad”.

3. Carga frontal: Cuando la persona está con mucha ansiedad, se le facilita el desahogo (descarga o catarsis), pero una vez se serenó, se le invita a analizar el sentimiento: “¿Te das cuenta que este tema siempre te pone mal?”. Incluso se le invita a que viva más fuertemente el estado emocional: “Déjate sentir tu propio odio”.

4. Confrontarle: Consiste en hacer ver la disociación entre lo que el acompañado dice y la realidad. Evitar juzgar: “No es verdad, lo que me dices es mentira, buscas engañarme”. Evita que el joven caiga en el autoengaño.

5. Anticiparse: Anticiparle un pensamiento, un hecho, narrado o descubierto anteriormente: “¿No te das cuenta cómo aparece el mismo problema?”. Ayuda a la integración del pasado con el presente, de lo humano con lo espiritual. Por ejemplo, al hablar de sus conflictos con el padre se le puede hacer notar su repercusión en la relación con Dios.

6. Resumirle: Significa que después de una conversación en la que han salido distintos datos, recuerdos, experiencias, se intenta captar el núcleo de la cuestión. Ayuda a la integración y al discernimiento.

Proceso en la entrevista

Sintéticamente podríamos describir el proceso que se sigue en una entrevista, con los siguientes pasos que nos presenta el P. Evelio J. Ferreras:_ftn24

1º Recibir y acoger a la persona:

Este primer momento es muy importante. La persona se va a situar y reaccionar con relación a como se sienta recibida y acogida. La actitud del acompañante ante ella, condiciona su actitud ante el acompañante.

En la acogida intervienen factores externos: lugar, ambientación etc. y factores internos: saludo, interés, gestos de recibimiento, etc.

2º Ver: escuchar-entender-comprender:

Es el primer objetivo. Se trata de escuchar a la persona para poder comprenderla en su situación a fin de que se pueda comprender y aceptar ella misma.

- Escuchar en orden a comprender: Comprender a alguien no es fácil. No se trata solo de entender lo que la persona dice, sino también de comprender la situación que la persona vive a nivel emocional y afectivo

Llegar a esta comprensión implica un largo proceso:

oír--escuchar--entender--comprender empáticamente aceptar en orden a devolver a la persona nuestra comprensión y aceptación personal Este proceso no es posible sino se dan ciertas condiciones:

- Escuchar con interés y sin emitir juicios.
- No interrumpir ni intervenir, mientras el otro tenga algo que decir.
- No tratar de adivinar ni adelantarse a lo que la otra persona pensamos que quiere decir.

La persona no podrá escucharnos hasta que no haya podido expresarse en plenitud. La expresión le va a permitir distensionarse para mejor entenderse y escucharnos.

La interrupción del acompañante no debe darse a no ser que:

- La persona no pueda continuar por confusión mental o emocional.
- La persona necesita una pausa y escucharnos en orden a reestructurar su exposición para seguir hablando.
- La persona necesita ayuda para profundizar y clarificar aspectos de lo expuesto.
- Cuando no hemos entendido bien su exposición.
- Ante preguntas que hace.

- Responder a la persona: En orden a proseguir en la exploración de su situación o a una mayor profundización de la misma. Se trata de no salirse de este primer objetivo o momento, para no crear confusiones con otros planos o niveles. Esta exploración es aconsejable, cuando hay situaciones confusas o no suficientemente profundizadas.

La respuesta puede ser también en orden a brindar a la persona nuestra comprensión de su situación y realidad personal, a fin de ser confirmados en nuestra visión y llegar a una conformidad en la visión común de su realidad. Las modalidades de respuesta pueden ser diversas:

- De Orden: Decirle lo que debe hacer.
- De Consejo: Se sugiere lo que convendría que hiciera.
- De Evaluación: Se emite un juicio de valor.
- De Apoyo: Se dan ánimos y consuelos.
- De Interpretación: se ofrece la propia visión.
- De Exploración: Se busca más información.
- De Reflejo: Se reformula de otra manera lo expuesto.

3º Responsabilizar, concientizar moralmente:

Es el segundo objetivo, o el segundo momento importante. Una vez que estamos de acuerdo en la comprensión de su realidad se trata de tomar conciencia moral de su situación. Es decir, cual es su responsabilidad personal en la realidad que vive. Cual es la parte que le corresponde a él, cual al Señor, y cual a otras personas. Responsabilidad tanto del pasado como del presente y del futuro.

No se trata de juzgar, ni de acusar ni menos de culpar. Sino de ayudar a que tome conciencia de su ubicación moral-responsable en la situación. De que pueda discernir y juzgar bien de cual es su tarea, función o responsabilidad.

Se trata de una tarea y función importante como es la de formar su conciencia moral, corrigiendo posibles deformaciones que hayan ido adquiriendo a lo largo de su vida:

- Buscando descargar su fustigación o amargura sobre un culpable, que puede ser él y otra persona.
- Aplicar mal, los criterios de valoración moral creando falsos sentimientos de culpabilidad cuando no hay culpa moral.
- Ayudar a distinguir entre límite, debilidad, imperfección, pecado y culpa.
- Confrontarlo con sus posibles incoherencias sin humillarlo, ni ridiculizarlo, ni menos culparlo.
- Ayudarlo a tomar conciencia de donde están las verdaderas causas morales, o no de su situación.
- La educación moral es fundamental en el proceso de acompañamiento. En ella no se trata de ofrecer explicaciones teóricas, sino de ayudar a tomar conciencia donde se dan los fallos de discernimiento moral que ha ido incorporando a lo largo de su vida, y que en él se ha convertido ya una manera de ser y juzgar moralmente. Se han estructurado en su personalidad moral. Y ver la forma de subsanarlos.
- Se trata de ayudarlo a tomar conciencia de la necesidad de cambio en el orden personal y moral. Sin cambio se vuelven a cometer los mismos errores y fallas. Sin revisión y cambio no hay proceso de maduración personal cristiana.
- Es muy importante que la persona pueda llegar a poder situarse bien moralmente, a manejar bien su sentido de responsabilidad y culpa.
- La maduración moral pide también el buen uso de la libertad. Y por otra parte debe también asumir las consecuencias de su mal uso.

4º Cambios y compromisos de futuros:

Es el tercer objetivo y momento de la entrevista. Si no se llega a tomar conciencia de la necesidad de cambio y en consecuencia de la necesidad de asumir nuevas opciones y compromisos consecuencias de estos cambios, no hay proceso de crecimiento. Se seguirá repitiendo la misma historia y dando vueltas alrededor de la misma situación enredado en ella.

En este compromiso de cambio es necesario:

- Ver la parte que corresponde a él, y la que ha de pedir a Dios o a los demás que colaboran con él,
- Asumir un nuevo plan o proyecto de vida o revisar el que ya tiene asumido.
- Señalar los objetivos, criterios, tareas y pasos concretos que implica la nueva situación que va a originar las nuevas consecuencias.
- Los obstáculos que conviene remover para que los nuevos propósitos y proyectos sean realistas y eficaces.

La función del acompañante es proponer, sugerir, indicar, o confirmar. La función del acompañado es buscar, encontrar y asumir. Pero por convicción personal y no por otros motivos o intereses. Si él no está convencido de los nuevos planes o propósitos servirán de poco.

5º Finalización de la entrevista:

Antes de concluir la entrevista, conviene una breve evaluación de la misma, sobre todo desde su vivencia personal y afectiva. Es importante que podamos evaluar tres puntos:

- ¿En qué situación afectiva venía y qué expectativas tenía al venir?
- ¿Cómo se ha sentido en y a lo largo de la entrevista, especialmente a nivel afectivo?
- ¿Qué ha significado para él/ella y cómo se va de la entrevista?

La despedida, debe ser cordial y fraterna.

6º Dificultades posibles en la entrevista:

- Por parte del acompañante:
 - Autoritarismo o dirigismo. No asumir el rol de acompañante, sino el de autoridad y protagonista.
 - Impaciencia, no aceptar el ritmo del acompañado.
 - Moralismo: centrarse en la dimensión moral.
 - Quemar etapas en el proceso de la entrevista, y crear confusión y desorientación.
 - Actuar en forma inmadura, no controlando su mundo emocional o su sentido de la responsabilidad y culpabilidad.
- Por parte del acompañado:
 - Miedos, temores, a ser juzgado y no aceptado.
 - Timidez, inseguridad, desvalorización personal.
 - Dificultad en la expresión y comunicación de su situación personal, por no conocerse bien o por no saber expresarse.
 - Rol pasivo y no protagonista en su vida y en la entrevista.
 - Dificultad de relación y encuentro personal con el acompañante.

Fr. Rafael Colomé Angelats OP

BIBLIOGRAFÍA TEMA I

- Timothy Radcliffe. Carta a nuestros frailes y hermanos en formación inicial, Roma, IDI, nº 373, 1999;
- Timothy Radcliffe. La identidad del religioso hoy, en “El manantial de la esperanza”, Edi. San Esteban, 1998, págs. 47-68
- Timothy Radcliffe. Entregados a la misión, Roma, 1994;
- Amedeo Cencini. Los sentimientos del hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada, Edi. Sígueme, Salamanca, 2000;
- Amedeo Cencini. Fraternidad en camino. Hacia la alteridad, Edi. Sal Terrae, Santander, 2000;
- Jesune Arregui. Identidad consagrada en una sociedad laical, en “Frontera Hegian, Vitoria/Gasteiz (29) 2000;
- Benito Goya. Psicología y vida consagrada, Edi. San Pablo, Madrid, 1997, pág. 59-75;

- Felicísimo Martínez Díez. Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética, Edi. San Pablo, Madrid, 1994;
- Me sedujiste, Señor ... Mística y Profecía, en "Testimonio", Santiago de Chile, (204) Julio-Agosto 2004.
- Unión de Superiores y Superiores Generales. Congreso Internacional sobre Vida Consagrada: Pasión por Cristo, pasión por la humanidad, Roma, noviembre, 2004.
- Javier Garrido. Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Edi. Sal Terrae, Santander, 1996, págs. 19-623;
- Javier Garrido. El conflicto con Dios hoy. Reflexiones pastorales, Edi. Sal Terrae, Santander, 2000, págs. 9-277;
- Eduardo López Azpitarte. El nuevo rostro de la moral, Edi. San Benito, Buenos Aires, 2003, págs. 7-60 y ss.;
- Marciano Vidal. Moral de Actitudes. Tomo I: Moral Fundamental, Edi. Perpetuo Socorro, Madrid, 19906;
- Lawrence Kohlberg. Psicología del desarrollo moral, Edi. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1992 (Una síntesis de la obra nos la ofrece Tony Mifsud. Los diversos estadios del desarrollo moral, en "Desarrollo moral y educación afectiva", Edi. San Benito, Buenos Aires, 2002, págs. 43-104).
- Jean-Claude Filloux. La personalidad. 25ª Ed., Buenos Aires, Eudeba, 1994;
- Erik H. Erikson. Identidad, juventud y crisis, Edi. Taurus, Madrid, 1980 (E.H. Erikson. Identity. Youth and crisis, W.W. Norton, New York, 1968);
- Erik H. Erikson. Infancia y sociedad, Edi. Lumen-Hormé, Buenos Aires, 199312, págs. 222-247
- León Grinberg y Rebeca Grinberg. Identidad y cambio, Edi. Paidós, Buenos Aires, 1980;
- Laura E. Berk. Desarrollo del niño y del adolescente. Cuarta Edición, Prentice Hall, Madrid, 1999 (L.E.Berk. Child Development. Fourt Edition, Allyn Bacon, 1997);
- J. Bowlby. Attachment and loss: Vol. 1. Attachment, Basic Books, New York, 1969;
- Margaret Mahler. Estudios 2. Separación-individuación, Edi. Paidós, Buenos Aires, 1990 (The Selected Papers of Margaret S. Mahler. Vo. 2. Separation-Individuation, Jason Aronson, New York-London)

BIBLIOGRAFÍA TEMA II

- Timothy Radcliffe. Entregados a la misión, Roma, 1994;
- Timothy Radcliffe. Carta a nuestros frailes y hermanos en formación inicial, Roma, IDI, nº 373, 1999;
- Timothy Radcliffe. Libertad y responsabilidad dominicanas. Hacia una espiritualidad del Gobierno, Roma, IDI, nº 353,1997;
- Carlos A. Azpiroz Costa. Dominicos, un paisaje interior para tiempos democráticos, Asamblea CIDALC, Santiago de Chile, 2 febrero 2004 (Manuscrito);
- Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Orientaciones sobre la Formación en los Institutos Religiosos, Roma, 1990;

- Amedeo Cencini. Vida consagrada. Itinerario formativo, Edi. San Pablo, Madrid, 1994, págs. 11-54 y 115-156;
- Xavier Pikaza. Tratado de Vida Religiosa. Consagración, Comunión, Misión, Edi. Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990, págs. 223-309;
- Javier Garrido. Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Edi. Sal Terrae, Santander, 1996.
- Felicísimo Martínez OP. Situación actual y desafíos de la vida religiosa, en "Frontera Hegian", Gasteiz/Vitoria, (44) 2004, págs. 7-99.
- Carlos Palmes. Formación en libertad para la libertad, en "Testimonio", Santiago de Chile, (105-106) Enero-Abril 1998, págs. 62-76;
- AA.VV. Se les unió en el camino. Acompañamiento espiritual, en "Testimonio", Santiago de Chile, (Número extraordinario 197-198) Mayo-Agosto 2003;
- Consuelo Junquera. Niveles de madurez en la obediencia consagrada, en "Vida Religiosa", Madrid, Cuaderno 6/vol. 94 (noviembre-diciembre 2003), págs. 11-21;

BIBLIOGRAFÍA TEMA III

- P. Evelio José Ferreras, OP. El acompañamiento personal, Editado por el Centro de Estudios Santo Tomás de Aquino, Buenos Aires, 2002,
- AA VV: Se les unió en el camino. Acompañamiento espiritual, en "Testimonio", Santiago de Chile, (Número extraordinario 197-198), Mayo-Agosto 2003. Especialmente: Lola Arrieta. Acompañar en la vida cotidiana. Cómo entender y realizar el acompañamiento desde una perspectiva integral, págs. 51-64; Eddi Mercieca. Relación acompañante-acompañado: Actitudes de ambos como auténticos sujetos de la relación, págs. 65-74; Mercedes Navarro Puerto. Acompañamiento adulto compartido. Una perspectiva psicológica y bíblica, págs. 81-86.
- Javier Garrido. Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Edi. Sal Terrae, Santander, 1996, págs. 486-564;
- Javier Garrido. Discernimiento y Acompañamiento, Apuntes del Instituto Teológico de Vida Religiosa Vitoria-Gasteiz.

NOTAS

- [1] Timothy Radcliffe. Carta a nuestros frailes y hermanos en formación inicial, Roma, IDI, nº 373, 1999, pág. 116
- [2] Cf. Felicísimo Martínez Díez. Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética, Edi. San Pablo, Madrid, 1994.
- [3] Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos, Roma, 1990, nº 6.
- [4] Timothy Radcliffe. La identidad del religioso hoy, en "El manantial de la esperanza", Edi. San Esteban, Salamanca, 1998, págs. 47-68.
- [5] Timothy Radcliffe. Libertad y responsabilidad dominicanas. Hacia una

espiritualidad del Gobierno, Roma, IDI, nº 353,1997, pág. 136.

[6] Jean-Claude Filloux. La personalidad. 25ª Ed., Buenos Aires, Eudeba, 1994, pág. 24 .

[7] Erik H. Erikson. Identidad, juventud y crisis, Edi. Taurus, Madrid, 1980 (E.H. Erikson. Identity. Youth and crisis, W.W. Norton, New York, 1968); León Grinberg y Rebeca Grinberg. Identidad y cambio, Edi. Paidós, Buenos Aires, 1980.

[8] Erik H. Erikson. Infancia y sociedad, Edi. Lumen-Hormé, Buenos Aires, 1993, págs. 222-247.

[9] J. Bowlby. Attachment and Loss: Vol. 1. Attachment, Basic Books, New York, 1969

[10] Amedeo Cencini. Fraternidad en camino. Hacia la alteridad, Edi. Sal Terrae, Santander, 2000, pág. 49.

[11] Margaret Mahler. Estudios 2. Separación-individuación, Edi. Paidós, Buenos Aires, 1990 (The Selected Papers of Margaret S. Mahler. Vo. 2. Separation-Individuation, Jason Aronson, New York-London)

[12] Javier Garrido. Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Edi. Sal Terrae, Santander, 1996, págs. 284-316.

[13] Cf. Eduardo López Azpitarte. El nuevo rostro de la moral, Edi. San Benito, Buenos Aires, 2003, págs. 7-60 y ss.

[14] Remitimos a dos estudios muy iluminadores: Marciano Vidal. Moral de Actitudes. Tomo I. Moral Fundamental, Edi, Perpetuo Socorro, Madrid, 1990, págs. 537-551; Lawrence Kohlberg. Psicología del desarrollo moral, Edi. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1992 (Una síntesis de su pensamiento nos la ofrece: Tony Mifsud. Los diversos estadios del desarrollo moral, en "Desarrollo moral y educación afectiva", Edi. San Benito, Buenos Aires, 2002, págs. 43-104).

[15] Javier Garrido. El conflicto con Dios hoy. Reflexiones pastorales, Edi. Sal Terrae, Santander, 2000, págs. 23 y ss.

[16] Cf. Actas Capítulo General de Providence nº 201-246 y 353-367; Me sedujiste, Señor ... Mística y Profecía, en "Testimonio", Santiago de Chile, (204) Julio-Agosto 2004; Unión de Superiores y Superiores Generales. Congreso Internacional sobre Vida Consagrada: Pasión por Cristo, pasión por la humanidad, Roma, noviembre, 2004.

[17] Actas del Capítulo General de Providence nº 225.

[18] Timothy Radcliffe. Entregados a la misión (Obediencia: La libertad de los hijos de Dios), Roma, 1994, pág. 5;

[19] Timothy Radcliffe, *Ibid.*, pág. 7

[20] Cf. Carlos A. Azpiroz Costa. Dominicos, un paisaje interior para tiempos democráticos, Asamblea CIDALC, Santiago de Chile, 2 febrero

2004

(Manuscrito)

[21] Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Orientaciones sobre la Formación en los Institutos Religiosos, Roma, 1990, nº 6; Perfectae Caritatis 2.

[22] Timothy Radcliffe. Carta a nuestros frailes y hermanos en formación inicial, Roma, IDI, nº 373, 1999, pág. 111.

[23] *Ibid.*, pág. 108.

[24] P. Evelio José Ferreras, OP. El acompañamiento personal, Editado

por el Centro de Estudios Santo Tomás de Aquino, Buenos Aires, 2002,
Págs. 42-45